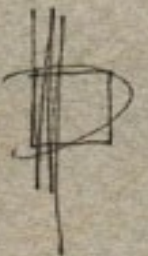




# Fantasma de luz

Agustín Fernández Paz



Desde hace treinta y cinco años, Damián trabaja como operador de cabina en el mejor cine de la ciudad. Cuando recibe la noticia de que la sala va a desaparecer y todos los empleados serán despedidos, su vida experimenta un cambio extraordinario que también afecta a Marga, su mujer. De manera progresiva, sus cuerpos empiezan a volverse transparentes, invisibles a los ojos de las personas que viven a su alrededor.

Utilizando recursos de la novela fantástica y combinando el suspense con una delicada melancolía, *Fantasmas de luz* nos habla de uno de los grandes dramas contemporáneos: el de la exclusión social y la invisibilidad a la que se ve sometida una parte de la sociedad. *Fantasmas de luz* también quiere ser un homenaje al cine, tanto a las viejas salas que han ido desapareciendo como a las grandes películas que, sin ser la vida misma, «ayudan a entenderla y llenan de esperanza el corazón».

Agustín Fernández Paz



# **Fantasmas de luz**



Título original: *Fantasma de luz*  
Agustín Fernández Paz, 2011  
Traducción: Isabel Soto, 2011  
Ilustrador: Miguelanxo Prado, 2011

---



Vins

---

Revisión: 1.0  
Fecha: 16/03/2020

A Marina y a Inma, por los días felices.

A Martín Pawley, por tanto cine.

No hay nada más. Solo nosotros, las cámaras, y  
toda esa gente maravillosa en la oscuridad.

*El crepúsculo de los dioses* (1950), de BILLY WILDER

El cine, si se hace bien, revela pequeños  
fragmentos de vida que nunca olvidarás.

*Amarcord* (1973), de FEDERICO FELLINI

Las películas acaban,  
pero el cine no termina nunca.

*Después de medianoche* (2004), de DAVIDE FERRARIO

# 1

El día que Damián recibió la carta que habría de cambiarle la vida, nada hacía presagiar que su rutina diaria quedaría rota para siempre. Como cada mañana, cerró con cuidado la puerta de su casa y bajó de puntillas las escaleras de los tres pisos que lo separaban del portal. Marga todavía se quedaba en cama, le gustaba dormir hasta más tarde; desde que la habían prejubilado no tenía ninguna necesidad de levantarse tan temprano. Tampoco la tenía él, por fortuna contaba con un empleo que le dejaba las mañanas libres. Pero comenzar el día con una larga caminata, una práctica que al principio se había tomado como una irritante obligación, era una costumbre que ya se había asentado con firmeza en su vida.

Antes solía quedarse en cama hasta el mediodía. Se despertaba temprano, toda la vida había sido de poco dormir, y le gustaba seguir acostado, entretenido con alguna novela de ciencia ficción, un género que lo apasionaba desde su juventud y que había acabado por convertirse en su única lectura. Después se levantaba y, como Marga no regresaba hasta las tres, aún tenía tiempo de sobra para hacer la compra y preparar la comida que su mujer había dejado organizada la noche anterior. Pero hacía unos meses, en una revisión rutinaria, el médico le había encontrado la tensión alta y el colesterol por las nubes, y le había reprendido por la vida sedentaria que llevaba.

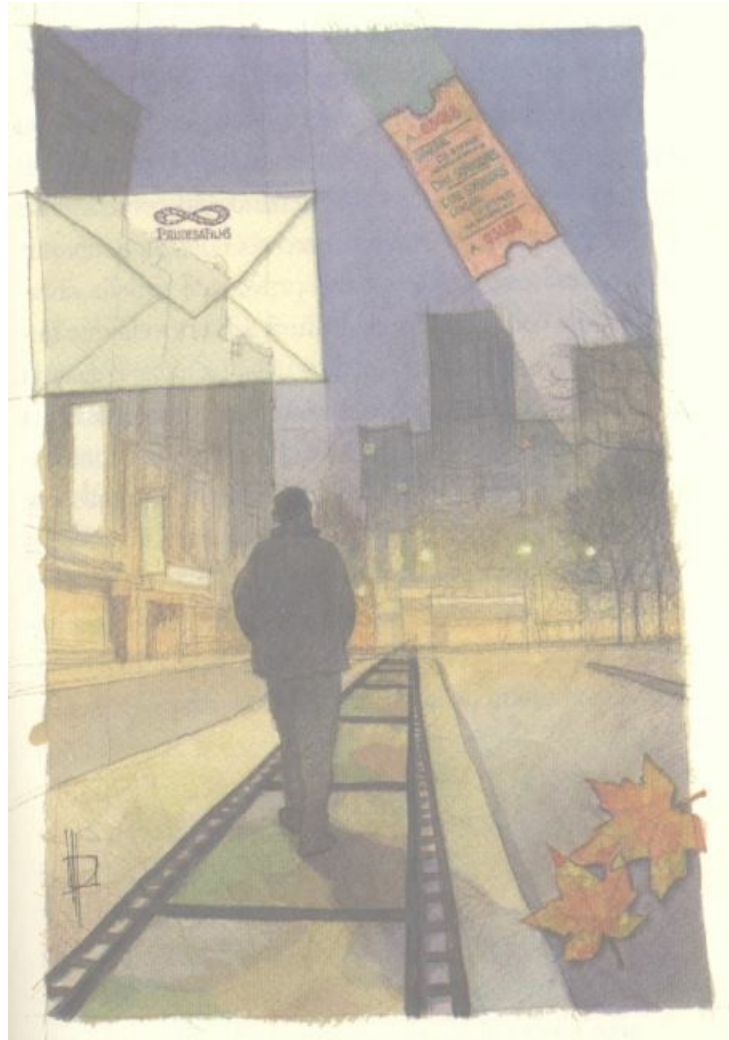
—Tiene que caminar todos los días —le había dicho con expresión severa—. Y a buen ritmo, nada de ir como si estuviera de paseo. Debe esforzarse y ser perseverante, si no quiere figurar entre los firmes candidatos a sufrir un infarto. Así que usted verá lo que hace con su vida.

A aquel aviso se le había venido a unir la obsesión de Marga, que no paró de insistir hasta convencerlo de lo bien que le vendría salir a caminar todas las mañanas por el paseo marítimo. Los primeros días le costó romper con las viejas rutinas, aquel ejercicio le parecía absurdo, una inútil pérdida de tiempo y de energía, pero no tardó en encontrar las facetas positivas de la nueva situación. La cabeza dejó de dolerle, recuperó la agilidad perdida y, sobre todo, se sentía inusualmente optimista. Además, fue una sorpresa descubrir que otras personas practicaban a diario la misma actividad. No tardaron en presentársele ocasiones de compartir con algunas de ellas las fatigas del trayecto; un hecho que valoraba especialmente, porque el suyo era un trabajo solitario que no le proporcionaba ocasiones de charlar, más allá de conversaciones rutinarias.

Aquella mañana, al volver de su caminata diaria, Damián abrió el buzón y encontró en el interior una carta a su nombre. Estaba perdida entre el montón de folletos publicitarios que inundaban el buzón cada día y que siempre le hacían pensar en la existencia de un complot mundial para acabar en pocos años con todos los bosques del planeta.

La examinó con una mezcla de recelo y curiosidad. No se trataba de uno de los habituales envíos del banco o del ayuntamiento, de esos que solo contienen notificaciones y facturas, sino de una carta de verdad. El sobre era de los caros, de un papel de color crema que poseía una textura

especial. Su nombre y la dirección aparecían escritos a mano con una caligrafía ampulosa. En la parte de atrás, el espacio reservado al remite estaba ocupado por el logotipo de Prudesa Films S. L., la empresa propietaria del cine en el que llevaba trabajando desde que era joven. Un logotipo que, a fuerza de verlo durante tantos años, ya le resultaba tan familiar como su rostro o el de Marga: un trozo de cinta cinematográfica sin principio ni fin, pues adoptaba la forma de la conocida banda de Moebius, que parecía flotar como una nube sobre el nombre de la compañía.



Cuando rasgó el sobre, comprobó que se trataba de una carta extremadamente breve; tan solo contenía unas cuantas líneas mecanografiadas, a las que seguía la firma de don Carlos, su jefe, realizada con un rotulador de tinta azul. En ella lo citaba para una entrevista, dentro de dos días, en las oficinas que la empresa poseía en el centro de la ciudad.

Damián leyó la carta varias veces. Desde que trabajaba en la empresa, era la primera vez que su jefe se dirigía a él por escrito. ¡Una única carta en treinta y cinco años! Hasta entonces, cada vez que don Carlos (o antes don Prudencio, que había fallecido de un ataque al corazón hacía un lustro) necesitaba hablar con cualquiera de los empleados, se acercaba al local y le comunicaba personalmente lo que le tuviera que decir. Acostumbrado a este trato familiar, recibir una cita tan



formal en las oficinas de la empresa le causaba desconcierto e inquietud.

Al llegar a casa lo comentó con Marga, que ya había preparado la mesa y estaba esperándolo para desayunar. También a ella le sorprendió aquella carta, para la que no encontraba ninguna explicación.

—No puede ser nada malo, para las malas noticias siempre se envía un telegrama —razonó Marga—. Pasado mañana te presentas en las oficinas y ya te dirán de qué se trata. Mientras, estate tranquilo y no te rompas la cabeza sin necesidad.

Damián intentó seguir los razonables consejos de su mujer; bajó a comprar el periódico, colocó bien los libros en las estanterías, continuó ordenando su colección de DVD por orden alfabético... pero no conseguía apartar de sí el desasosiego que le había provocado aquella carta.

Probó a continuar con la lectura de la novela que devoraba con entusiasmo aquellos días, *La mano izquierda de la oscuridad*, de Úrsula K. Le Guin, pero no conseguía concentrarse. Como alternativa más fácil, decidió distraerse echándole un vistazo al periódico. Igual que otras personas abren la prensa por las esquelas o por las páginas de deportes, lo primero que Damián miraba era siempre la cartelera cinematográfica, una rutina que llevaba a cabo sin pensar. Una vez localizada la página, buscó el anuncio de la sala donde trabajaba:

## **CINE SOÑADORES**

(*Avenida de la República*, 126. Tfno. 295194762).

### ***SOY LEYENDA***

Protagonizada por Will Smith y Alice Braga

Dirigida por Francis Lawrence

Funciones: 18.15 - 20.30 - 22.45

Era consciente de que se trataba de una rutina ridícula; el anuncio se publicaba día tras día en el mismo lugar y con idéntico contenido, era casi imposible que se produjera alguna confusión en los datos. Y, sin embargo, leer aquellas escasas líneas siempre le suscitaba un extraño bienestar, como si fueran las únicas del periódico que realmente tenían algo que ver con su vida.

Tras una breve cabezada después de comer, a las cuatro y media se marchó al trabajo. No precisaba apresurarse, todavía faltaba más de una hora para que la sala abriera sus puertas. Sin embargo, esta vez apuró el paso; deseaba comentar la carta con sus compañeros, tal vez también

ellos habrían recibido otra igual. Pero ni Marisa, la taquillera, ni Manolo, el acomodador, habían recibido ninguna carta, lo cual acrecentó todavía más la inquietud de Damián.

La jornada de trabajo transcurrió de manera rutinaria. Excepto en la función de las 20.30, fue muy escasa la gente que se acercó al cine. Habían estrenado la película el fin de semana anterior, y tanto el sábado como el domingo se habían agotado las entradas de todas las funciones. Pero, transcurridos esos días, los espectadores habían ido disminuyendo en cada nuevo pase.

A Damián no le extrañaba en absoluto, y no solo porque en los últimos años hubiera bajado considerablemente la asistencia al cine. Lo sentía por Will Smith, que le caía simpático, pero aquella película era como una caja muy adornada por fuera y que no contenía nada en su interior. Muchos efectos especiales, mucho ruido, mucho dinero gastado... todo para que el director lograra estropear una historia magnífica. Había leído hacía más de veinte años la novela en la que se basaba, aún conservaba el libro, en la vieja edición de Minotauro. La había vuelto a leer unos días antes del estreno y había confirmado que se trataba de un texto extraordinario, quizá lo mejor que había escrito Richard Matheson. ¿Cómo se podía banalizar así una historia tan profunda?

Pasaba de la una de la madrugada cuando salió del cine. En los primeros años de matrimonio, Marga solía acudir a la última función, sobre todo durante los fines de semana; después tomaban un café en alguno de los locales que permanecían abiertos, antes de regresar juntos a casa. Ahora siempre hacía en solitario el trayecto de vuelta. Le agradaba caminar por las calles vacías a unas horas en que la mayor parte de la ciudad ya estaría durmiendo, era otro de los pequeños placeres que le permitía su trabajo. Después de tantos años, ya se había acostumbrado a vivir con un horario que lo obligaba a acostarse de madrugada y a pasar la tarde recluso en una cabina reducida, casi siempre demasiado calurosa. El corazón del cine, como la llamaba en secreto; el lugar solitario donde se sentía más feliz.

Una vez en casa, se desnudó y se metió en cama sin hacer ningún ruido, no quería despertar a Marga. A la mañana siguiente, cuando regresó de la caminata de todos los días, su mujer ya lo esperaba con la mesa preparada, como solía hacer desde que la habían obligado a prejubilarse. Mientras desayunaban, Marga volvió a referirse a la carta:

—Creo que ya he descubierto por qué te ha citado don Carlos. Ayer estuve pensando en ello hasta que me acosté —le dijo—. Y si ahora me confirmas que has sido el único en recibirla, estoy segura de acertar.

—Pues menuda imaginación, porque ayer ni Marisa ni Manolo tenían la menor idea —respondió Damián, en un tono escéptico.

—¿Te digo lo que me parece? —Marga hizo una pausa prolongada, para atraer la atención de su marido. Luego, añadió con un aire cómplice—: Pues que la empresa te quiere hacer un homenaje, así de sencillo. Supongo que lo mantienen en secreto, por eso tus compañeros aseguran no saber nada.

—¡Un homenaje! ¿A mí? ¿Y a santo de qué?

—Piensa un poco, anda. ¿Cuándo empezaste a trabajar en la empresa?

—A los diecisiete años, aún me faltaba más de un mes para cumplir los dieciocho. En casa hacía falta el dinero, tuve que dejar los estudios y ponerme a trabajar.

—Esa historia ya me la has contado muchas veces. Pero ¿en qué año fue?

—Fue en el año 1973. El 22 de octubre, no se me olvida. Aquel día estrenaban en el cine *El exorcista*; la sala se encontraba tan llena que no cabía ni un alfiler. ¡Cómo no lo voy a recordar!

Por aquel entonces el operador era el señor Alfredo, yo entré como ayudante suyo. «Auxiliar de operador cinematográfico», ponía en mi primer contrato; qué orgulloso me sentía aquellos días. El señor Alfredo ya era mayor, pero conocía la profesión como nadie. Y tenía toda la paciencia del mundo; fue quien me enseñó el oficio, se lo agradeceré toda la vida.

—Y si hablamos de 1973, ¿cuántos años hace de eso? —insistió Marga.

—Pues este otoño se cumplirán treinta y cinco años. Toda una vida, como quien dice. ¡Mira que no han pasado películas por mis manos!

—¡Treinta y cinco años! Se dice pronto, pero cualquiera se da cuenta de que es mucho tiempo. ¡Debes de ser el empleado más antiguo de la empresa! Te lo mereces de sobra, no sé por qué te extrañas de que te organicen un homenaje.

—Pues puede que lleves razón. ¡No sé cómo no se me ha ocurrido antes! —reconoció Damián—. Seguro que Marisa y Manolo están al tanto de todo, por eso me miraban raro cuando les pregunté; han debido de avisarlos para que no descubrieran nada.

—Tú hazme caso, ya sabes que suelo acertar. Mañana, cuando hables con don Carlos, finge que no tienes ni idea y pon cara de sorpresa. A lo mejor, además del homenaje, ¡también te ofrece un aumento de sueldo!

Aquella tarde, mientras dejaba pasar los minutos en la cabina de proyección, Damián no podía quitarse de la cabeza el tiempo transcurrido desde aquel lejano 1973. ¡Treinta y cinco años ya! Cuando comenzó a trabajar, era poco más que un niño; había entrado en el cine por casualidad, porque un amigo de su padre conocía a don Prudencio y este le comentó que necesitaban un aprendiz. Por aquel entonces sabía muy poco de la vida, había tenido que ir aprendiendo a base de golpes. Además, habían sido años de enormes cambios sociales, una transformación acelerada a la que costaba adaptarse.

¡Cómo había evolucionado el mundo en tres décadas! Y el cine, ni te cuento. Al principio todavía se proyectaba con la vieja máquina, que había que vigilar sin quitarle ojo: ajustar todo el rato las barras de grafito, cuidar que no se desenfocasen las lentes, atender a las posibles roturas del celuloide... Alfredo le había enseñado todos los trucos, el viejo siempre había sido generoso con él. Se había muerto en el setenta y cinco, lo recordaba bien, porque dos meses después se había producido la muerte de Franco. Entonces él pasó a encargarse oficialmente de la cabina de proyección, aunque, en la práctica, llevaba más de un año haciéndolo, porque la salud de Alfredo se encontraba muy deteriorada. Eran los tiempos en que aún estaban obligados a proyectar el NO-DO antes de las películas, aquella visión mentirosa de la realidad que el gobierno difundía y que ya no engañaba a nadie.

A principios de los ochenta habían substituido el viejo proyector por otro mucho más moderno que apenas daba trabajo, pues solo había que preocuparse de ponerlo en marcha, calibrar bien las lentes y colocar las bobinas en el orden adecuado. Un trabajo mucho más tranquilo, que le permitía concentrarse en la película o, si no le apetecía verla, salir de la cabina y sentarse en las últimas filas del anfiteatro, como si fuera un espectador furtivo de todo lo que ocurría en la sala.

¡Cuántas películas había visto! La mayoría las visionaba una única vez y después se olvidaba de ellas, porque no les encontraba ningún interés. Otras, al contrario, no dejaba de seguirlas en cada uno de los pases, aunque durasen más de diez días en la cartelera, algo muy raro, porque lo

habitual era que no permaneciesen más de una semana.

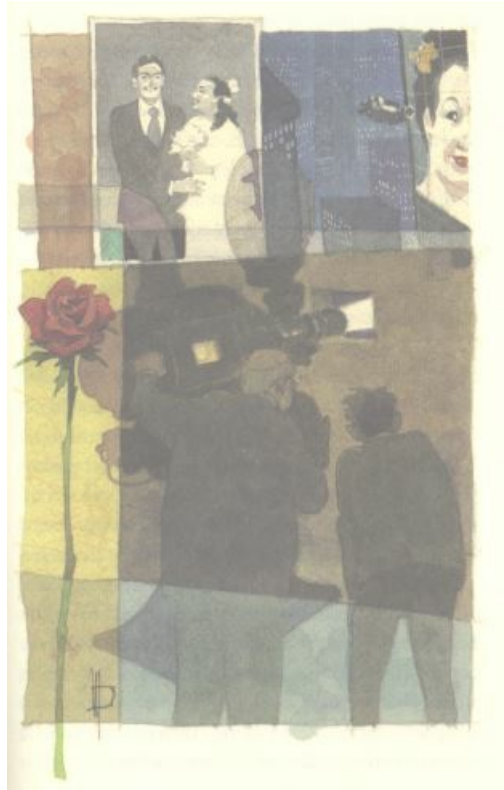
De las películas que le habían dejado huella, recordaba secuencias enteras, frases memorables, actores y actrices que habían acabado por resultarle más próximos que los amigos o los familiares que solo veía de vez en cuando. La mayoría de las personas guardan el recuerdo de las experiencias que la vida les va ofreciendo; él, tras pasarse media existencia en la oscuridad del cine, recordaba con la misma o mayor nitidez los cientos de historias de ficción, que se mezclaban en su cabeza con los episodios de la vida real y después no resultaban nada fáciles de separar. Las imágenes de *Alien*, *el octavo pasajero*, *El espíritu de la colmena*, *Centauros del desierto*, *Los cuatrocientos golpes*, *París, Texas*, *Días de radio* y tantas otras se entrelazaban con los retazos de vida que guardaba en la memoria. «Todos son mis recuerdos —pensaba a veces—, procedan de la vida o procedan de las películas».

## 2

El día amaneció soleado, y Damián decidió ir caminando hasta las oficinas de la empresa. Podría tomar el autobús, que lo dejaba en el centro, a muy poca distancia; pero prefería andar y sentir en el rostro el aire alegre de la mañana. La cita era a las doce, nada le impedía disfrutar del paseo.

Mientras atravesaba calles y plazas, mientras se cruzaba con la variedad de personas que inundaban las aceras a aquella hora del día, pensaba en todo lo que había vivido en aquellos treinta y cinco años, una etapa de cambios sociales que ni habían soñado los novelistas de ciencia ficción que tanto admiraba. A su memoria acudían los hechos más relevantes de su vida personal —el noviazgo con Marga, la boda, el nacimiento de Ismael, el traslado a un piso más grande, el viaje a Italia, las ilusiones de su mujer mientras tuvo la floristería, los sacrificios para pagar los estudios del hijo en la universidad y su marcha a Berlín para hacer la tesis, el accidente que causó la muerte de sus padres...— y, a la vez, entrecruzándose con ellos, las intensas y variadas experiencias que el cine le había permitido vivir a través de las películas.

Igual que para otras personas los acontecimientos de la vida, pequeños o grandes, sirven para ir cartografiando el paso de los años, para Damián esa función la cumplían mucho mejor las películas. Sí, sabía perfectamente que 1975 era el año de la muerte de Franco y del final de la dictadura, pero en su memoria lo asociaba con el estreno de *El hombre que pudo reinar*, la película de aventuras más fascinante de todas cuantas había visto en su vida, la misma que lo seguía dejando con la boca abierta cada vez que ponía en casa el DVD. Y lo mismo le ocurría con 1982, el año en que se había casado con Marga, pero también el de la memorable *Blade Runner*; cómo borrar de la memoria la inquietante visión de las ciudades del futuro y, sobre todo, aquellos androides que ansiaban con desesperación alcanzar la condición humana. O con 1988, asociado al estreno de *Cinema Paradiso*, un film que lo inundaba de emoción en cada nuevo pase, tan próximos sentía los avatares de aquel joven de un pequeño pueblo italiano, operador de cabina como él, que también amaba el cine con una pasión irrefrenable. Y qué decir del año 2000, tan difícil de olvidar, pues el primer estreno del año había sido *El sexto sentido*, una película perfecta, hipnótica, que lo dejaba clavado en el asiento cada vez que la contemplaba.



Así había ido acumulando en su cabeza un montón de títulos inolvidables, con personajes mucho más reales que los vecinos de su barrio. Las películas habían ido conformando su segunda vida, una vida paralela que le había permitido ampliar los estrechos límites de su existencia cotidiana.

Desde los primeros días, le había fascinado aquel insólito milagro que entre el señor Alfredo y él creaban cada tarde. Cuando se apagaban las luces de la sala y el proyector se ponía en marcha, en la cabina nacía el poderoso río de luz que se abría paso a través del espacio oscuro del cine y acababa por derramarse en el rectángulo de la pantalla. Una pantalla que entonces cobraba vida y mostraba un mundo que nunca, en todos aquellos años, lo había dejado de asombrar. Había películas fugaces, que apenas se mantenían en cartel dos o tres días, y que no le daba tiempo a grabar en su memoria. Las veía, claro, pero no le ocurría lo mismo que con las que duraban más de una semana, de las que acababa por aprenderse diálogos enteros, conversaciones que lo dejaban impresionado cuando las escuchaba.

Incluso había desarrollado la habilidad de utilizar, mezclándolas con las suyas, bastante más pobres y vulgares, las frases que había oído una y otra vez en boca de sus actores favoritos. «Hay tres maneras de hacer las cosas: la correcta, la incorrecta y la mía», había repetido en alguna conversación, mientras recordaba a un cruel y ambicioso Robert de Niro en *Casino*. «El hombre que no vive con su familia no puede ser un hombre», solía afirmar cuando venía a cuento, reproduciendo las palabras de Marión Brando en la primera parte de *El Padrino*. «Si la cabeza te dice una cosa, y tu vida te dice otra, la cabeza siempre pierde», había sentenciado en determinadas ocasiones, robando la máxima que Humphrey Bogart pronunciaba en *Cayo Largo...* Docenas y docenas de frases que ya formaban parte de sí mismo y que le servían para expresar de

modo cabal sus sentimientos. Y, de paso, para conseguir una reputación de hombre culto entre las personas que desconocían el origen de palabras tan apropiadas.

En ocasiones, mientras rebobinaba alguna película que lo había cautivado especialmente para después guardarla de nuevo en las latas, se había parado a examinar aquella cinta con miles de fotogramas que parecían idénticos. Sabía que no se trataba más que de un rollo de celuloide repleto de imágenes fijas, conocía muy bien cuál era el principio físico que originaba la ilusión de que las figuras se movían. Pero nada de eso le importaba durante la proyección; los detalles técnicos desaparecían, derrotados por la irresistible magia que emanaba de aquel torrente de luz que él se encargaba de poner en marcha.

«El material con el que se fabrican los sueños», había dicho alguien para describir el cine. Sí, se reconocía también en aquellas palabras. Para Damián, las películas constituían siempre una lección de vida, como debían de ser para otros las clases de la universidad, a las que nunca pudo asistir. El cine era su universidad íntima, el lugar donde las grandes pasiones de la vida y los amores arrebatados podían existir. Reír, llorar, emocionarse o dejarse inundar por la rabia; ningún sentimiento humano dejaba de mostrarse en la pantalla, ninguno de ellos le era ajeno. En cierto modo, pensaba, más que aceptar el homenaje, lo que tendría que hacer era dar las gracias; agradecer haber podido pasar lo mejor de su vida en compañía de aquellos hombres y mujeres, de aquellos fantasmas de luz que, día tras día, cobraban vida en la oscuridad de la sala.

### 3

Absorto en sus obsesiones cinematográficas, Damián llegó por fin a las oficinas. Eran las doce menos diez, todavía le había sobrado algo de tiempo. Pensó que tendría que esperar, pero no fue así: no llevaba ni cinco minutos sentado en la sala cuando la secretaria de don Carlos se le acercó y lo invitó a pasar.

Al entrar en el despacho, le llamó la atención su amplitud y luminosidad. La pared de la derecha la ocupaban entera dos grandes ventanales que dejaban pasar la clara luz de la calle, mientras que en la situada frente a la puerta se abrían dos amplios balcones, con unas finas cortinas blancas que mitigaban el paso de la luz. El mobiliario era de madera clara, excepto la mesa tras la que estaba parapetado don Carlos, barnizada de marrón oscuro, que se veía bastante más antigua que los otros muebles. Damián se sentó en la silla dispuesta delante de la mesa y esperó en silencio, mientras su jefe, tras estrecharle la mano de manera fugaz, acababa de ordenar los abundantes papeles que tenía ante sí.

Don Carlos era mucho más joven que Damián, rondaría los cuarenta. Se había puesto al frente del negocio hacía cinco años, tras la muerte de don Prudencio, el fundador de la principal cadena de cines de la ciudad. Por aquel entonces, Damián y los otros empleados creían que quizá modernizaría las salas y los sistemas de proyección, tan necesitados de una puesta al día. Pero todo había seguido como siempre, y el hijo se había limitado a continuar el camino que había marcado su padre.

El jefe abrió una de las carpetas que había sobre la mesa y hojeó desganado los papeles que contenía. Después levantó la mirada y dijo:

—Damián, ¿verdad? Damián Ramos Piñeiro. —Lo miró con ojos afables, como si lo viera por primera vez—. ¿Sabía que, de los cuarenta y cinco empleados de la empresa, usted es el más antiguo?

—¿El más antiguo? —Damián exteriorizó una sorpresa que en su interior no sentía. Era como actuar en una película, todo se desarrollaba tal como Marga había vaticinado—. Pues seguramente tiene razón, no le digo que no. Llevo muchos años como operador, desde 1973.

—Desde 1973, sí, señor. Exactamente, desde el 22 de septiembre, según consta en el primer contrato que usted firmó. ¿Y qué edad tiene ahora, Damián?

—Tengo cincuenta y tres años, recién cumplidos. Empecé a trabajar muy joven, tuve que abandonar los estudios; eran otros tiempos, y en mi familia no sobraba el dinero.

El jefe se desentendió de la conversación y volvió a revisar los papeles de la carpeta. Damián permanecía en silencio, mientras esperaba a que, de un momento a otro, se le comunicase la noticia del homenaje. Entonces él pondría cara de no esperárselo, tal como su mujer le había recomendado; no le resultaría difícil fingir sorpresa y pronunciar las palabras de agradecimiento



que llevaba preparadas.

—Bien, Damián. Vayamos al motivo de esta entrevista. —El jefe dudaba; parecía tener dificultades para encontrar las palabras adecuadas—. Lo que le tengo que decir podría habérselo comunicado por carta, para mí sería menos incómodo y violento. Pero me pareció que, tratándose del empleado más antiguo, debía informarle personalmente.

Como Damián permanecía en silencio, ocupado en repetir mentalmente las palabras memorizadas en casa, don Carlos continuó:

—Verá. Prudesa Films tiene los días contados, cerraremos todas las salas a finales de este año. Es una lástima que acabe así el sueño de mi padre, por fortuna él no está entre nosotros para verlo. Los nuestros fueron los cines más importantes de la ciudad, hubo un tiempo en que cada estreno era un acontecimiento social con amplia repercusión en la prensa. Pero hace tiempo que perdieron esa categoría, usted conoce mejor que yo la decadencia que sufrimos. Ya no hay futuro para ellos.

El jefe estudió el rostro de Damián, que permanecía impasible, como si no fuera consciente de la carga de profundidad que encerraban las palabras que acababa de oír, y añadió:

—Los años dorados de cines como los nuestros ya son solo un recuerdo. Poco a poco van desapareciendo del centro de las ciudades, es como una epidemia imposible de detener. No crea que sucede solo aquí, está ocurriendo en muchos otros lugares del mundo. Ahora triunfan las salas de menor tamaño, con proyectores modernos que apenas requieren mantenimiento. Fíjese en los tres grandes centros comerciales que se han instalado en los dos últimos años en nuestra ciudad. Cada uno de ellos tiene, como mínimo, ocho salas de cine. Y siempre están llenas, porque allí es donde ahora la gente se reúne y hace su vida. Las calles pueden aparecer vacías, pero no lo dude, los centros comerciales estarán siempre abarrotados. ¡Así son las cosas!

«¿Pero de qué me habla este hombre? ¿Y mi homenaje?», pensó Damián, desconcertado, mientras de su memoria se desvanecían las frases que en aquel instante se revelaban inútiles. Ajeno a lo que le ocurría, don Carlos continuó con sus explicaciones:

—Yo había previsto resistir algún tiempo más, incluso consideré la posibilidad de modernizar las salas y dar la batalla para que recuperásemos el esplendor perdido. Pero un grupo inmobiliario acaba de hacerme una oferta económica irresistible, y he decidido aceptarla. La próxima semana firmaremos el contrato de venta.

Damián no acababa de asimilar lo que había oído. Había entendido todo, sí, pero le parecía que aquello no podía ser verdad. Tal vez solo se trataba de una broma de su jefe, que se echaría a reír en cualquier momento y por fin le hablaría del homenaje.

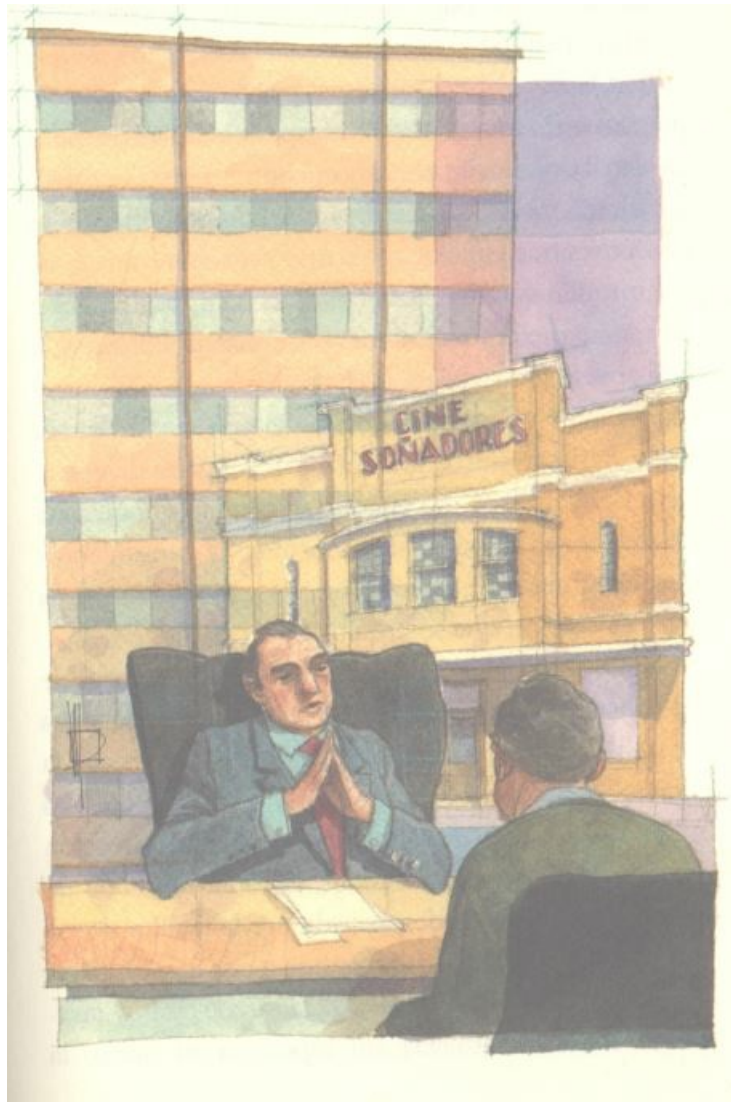
—Entonces, ¿qué va a pasar con el Cine Soñadores? —acertó a preguntar.

—Se derribará, será el primero en desaparecer. El Ayuntamiento pronto nos concederá los permisos, ya está todo solucionado. En ese solar se prevé construir una torre de nueve plantas; treinta y seis viviendas en total, será un buen negocio para todos. Y eso sin contarlos bajos comerciales; en una zona tan céntrica, se puede pedir por ellos cuanto se quiera.

Damián permanecía sentado, sin saber qué decir. A medida que don Carlos relataba sus planes, todo lo que lo rodeaba se había ido desvaneciendo, como si lo único real fueran las palabras del jefe, unas palabras que seguían danzando en su cabeza y no lograban asentarse. ¡Había visto tantas veces en la pantalla una escena semejante! En aquel instante no era capaz de detallar los títulos, pero recordaba con claridad la sensación de desconcierto que experimentaban

los personajes, esa certeza de que todo el edificio de una vida se desmoronaba, la misma que ahora sentía él.

—Quería que se enterase por mí, es lo menos que podía hacer en atención a su entrega a la empresa. ¡Qué hubiera sido de Prudesa Films sin hombres como usted! —concluyó don Carlos—. Como es natural, se le pagarán a cada empleado las indemnizaciones que marca la ley. Es el acuerdo más ventajoso para todos, también para usted. Todavía se encuentra en lo mejor de la vida, con su experiencia no le será difícil encontrar un nuevo empleo.



Damián se levantó cuando vio que lo hacía don Carlos y estrechó la mano que le tendía desde el otro lado de la mesa. Después escuchó algunas instrucciones que le transmitió la secretaria, con la sensación de que lo que le sucedía era tan irreal y arbitrario como solo pueden serlo los sueños. No empezó a tomar conciencia cabal de la realidad hasta encontrarse otra vez solo, parado en medio de la acera, aturdido por el ruido de los coches que circulaban en uno y otro sentido.

Lo único que deseaba era volver a su casa y hablar con Marga, ella lo ayudaría a asimilar la noticia que acababa de recibir. Caminó hasta la parada más próxima y esperó un autobús que lo dejase en su calle. No tardó en pasar uno de la línea 17. Iba repleto de gente, pero Damián ni se dio cuenta; su cerebro era incapaz de detener el torrente de emociones y sentimientos que lo inundaban, dominado por el vértigo ante la nueva situación que se presentaba en su vida.

Ahora entendía cómo se sentían los protagonistas de las películas que su memoria iba recuperando. Historias de trabajadores que pierden el empleo y sienten que la vida se les desmorona en un abrir y cerrar de ojos. Los obreros de *Los lunes al sol*, impotentes ante una situación que les ciega todos los caminos; el padre fracasado de *Muerte de un viajante*, despreciado por la familia al perder el empleo que otorgaba sentido a su vida; los parados británicos de *Full Monty* o de *Lloviendo piedras*, atrapados en una existencia sin esperanza ni salida; la inolvidable familia Joad de *Las uvas de la ira*, peregrinando por los campos de California en busca de trabajo en los años de la Gran Depresión, sometidos al abuso y a la explotación de los poderosos... Y, por supuesto, el Charlot que en *Tiempos Modernos* deambulaba por las calles en busca de algo que llevarse a la boca. Todos sin empleo, con los días vacíos por delante, como ahora se encontraba él. Como decía Frodo en la última parte de *El Señor de los Anillos*, «hay cosas que el tiempo no puede enmendar, aquellas que nos hieren muy dentro y dejan cicatriz».

Al llegar a casa, le contó lo ocurrido a su mujer. Marga recibió las noticias con sorpresa y disgusto. ¿Cómo era posible, después de tantos años de trabajo? ¡Estaba visto, la codicia y el egoísmo podían más que la dignidad! Don Carlos se había arrodillado ante el altar del Dinero, el nuevo dios omnipotente. ¿Acaso no tenía alma ese hombre malvado? ¿Cómo se podía tratar así a un empleado tan cumplidor como él?

Las palabras indignadas de su mujer sirvieron para que Damián asimilase por fin la nueva situación. Dentro de tres meses estaría en el paro, pronto le tocaría a él vivir las experiencias que tantas veces había contemplado en la pantalla. Siempre había tenido el mismo empleo, una buena parte de su vida había transcurrido en la cabina del Cine Soñadores. Había sido algo más que un lugar de trabajo, también había sido un refugio que le había ayudado a soportar las dificultades de la vida. ¿Qué sería de él en el futuro? No sabía hacer otra cosa y, tal vez, ya era demasiado viejo para aprender. Tenía que aceptar la realidad, no podía vivir permanentemente de ilusiones. Le vino a la cabeza una sentencia que había escuchado en *Con la muerte en los talones*, «La verdad es a veces tan amarga que parece hiel». ¡Cuánta sabiduría había en ella!

—¡Y nosotros pensando en un homenaje! ¡Mira que somos tontos! —comentó Marga, mientras comían con escasas ganas—. ¡A algunos les pierde el dinero! ¡Menudo listillo está hecho don Carlos!

—¡Ni que lo digas! ¡No te imaginas lo mal que lo he pasado en el despacho! De este día no me olvidaré en la vida, te lo aseguro.

—Pues ha debido de ser como cuando a mí me comunicaron la prejubilación. Claro que nosotros ya lo sabíamos desde meses antes, nos dio tiempo a asimilar los hechos. Aunque no sé qué será mejor.

Damián no respondió. Había vivido con su mujer la desazón de aquellos meses en que la empresa había sido absorbida por los Grandes Almacenes y se había deshecho de buena parte de los empleados, pero no había sido consciente hasta aquel momento de la semejanza de ambas situaciones.

—¿Y qué piensas hacer ahora? —preguntó Marga.

—No lo sé —respondió Damián—. Primero me tiene que llegar la carta de despido, para que sea oficial. Y eso tardará algo más de tres meses, todavía tenemos que trabajar hasta enero.

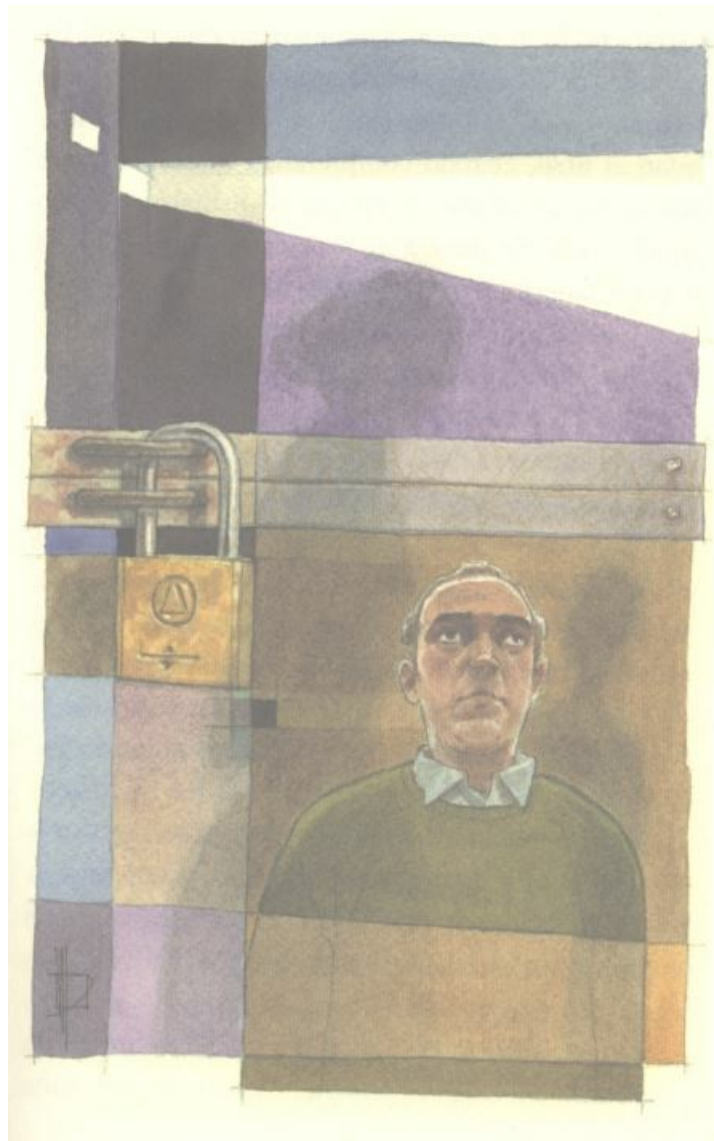
—Después tienes derecho a cobrar el paro durante veinticuatro meses. Acabo de llamar a Aida, la que trabajaba conmigo en Casa y Hogar; ella sabe de esto, tiene un hijo en el sindicato —le informó Marga—. Y también te tienen que dar una indemnización por los años trabajados. ¿Quién te va a hacer todo ese papeleo?

—La secretaria de don Carlos me ha comentado que habrá una gestoría encargada de arreglar

esas cuestiones, que ya me llamarían cuando llegase el momento.

—Pues estate atento, ya ves lo que te puedes fiar de la gente —concluyó Marga, con tono áspero—. Quizá deberías haber aceptado el puesto que te ofrecían en Segurnosa, cuando Ismael terminó el bachillerato.

Damián no dijo nada. Desde que la habían prejubilado, su mujer no era la misma. Le molestaba que reaccionase con aquella rabia, como si él tuviera la culpa de algo. Era cierto que se le habían presentado algunas ocasiones para cambiar de empleo, pero no se arrepentía de haberlas dejado pasar. Su salario nunca había sido nada del otro mundo, lo sabía perfectamente, pero el adictivo placer del cine siempre había compensado todos los demás inconvenientes. «Solo al soñar tenemos libertad; siempre ha sido así, y siempre será así», sentenciaba Robín Williams en *El club de los poetas muertos*. No podía estar más de acuerdo. ¿Dónde iba a vivir mejor que refugiado en aquella fábrica de sueños?



Las siguientes semanas pasaron con rapidez. Como cada día desde hacía tantos años, Damián echaba una breve cabezada después de comer y luego acudía a su trabajo. Una vez en el cine, cargaba las bobinas y ponía en marcha el proyector, pero apenas atendía a la película, le daba igual la que pusieran. Por primera vez, las miserias y alegrías de la pantalla no conseguían emocionarlo; su cabeza solo podía pensar en el drama con el que el destino lo acababa de sorprender.

La última película que proyectó el Cine Soñadores fue *Los otros*, como clausura del ciclo «Las grandes películas del siglo XXI», con el que don Carlos quiso despedir la actividad de las cinco salas que regentaba en la ciudad. Se trataba de una insólita historia de fantasmas, que enseguida captó la atención de Damián. La mujer y los dos niños que habitaban aquella tenebrosa mansión producían pena e inquietud, ternura y extrañeza. Eran personajes que creían estar vivos, ignorantes de su condición de criaturas instaladas para siempre en el más allá. Un destino que solo descubrían al final, cuando comprendían que nunca más abandonarían la prisión en que se había convertido aquella casa. Se trataba de una película triste, en la que los fantasmas no causaban miedo, sino compasión y pena; y más al descubrir la verdad de su naturaleza, condenados a no traspasar nunca las rejas que cerraban la mansión.

De regreso a su casa, ya de madrugada, Damián no podía apartar de su cabeza las imágenes de aquella última película. «A veces el mundo de los vivos se mezcla con el de los fantasmas», le decía la criada a una incrédula Nicole Kidman. «Y el de los fantasmas con el de los vivos», pensó. Pues algo semejante le ocurría a él, que también se sentía como un fantasma expulsado de su territorio, condenado a regresar a un mundo que no se parecía en nada al de la pantalla. Un mundo donde nunca tendrían cabida los personajes que tanto admiraba, pues ellos tampoco eran otra cosa que frágiles fantasmas de luz, devorados por la oscuridad en cuanto el proyector dejaba de funcionar.

## 5

Días después de que el Cine Soñadores cerrase para siempre sus puertas, lo mismo que las otras cuatro salas que Prudesa Films tenía en la ciudad, Damián recibió una carta de Piñeiro&Valdés Consulting, la gestoría encargada de arreglar los papeles de la empresa, en la que lo citaban para gestionar las indemnizaciones que le correspondían.

Tras esa primera hubo varias cartas más, e innumerables consultas telefónicas, y repetidas visitas a la gestoría, pues no resultó fácil tramitar tanto documento. Al final, la indemnización que le correspondió fue mucho menor de la esperada porque, al revisar su expediente de vida laboral, se descubrió que don Prudencio no se había ocupado de hacer efectiva su alta en la empresa entre 1973 y 1982; durante esos nueve años, Damián no existió como trabajador en los documentos oficiales. Había firmado un contrato, sí, pero esos papeles nunca habían salido del despacho de don Prudencio. A pesar de todo, no conseguía guardarle rencor a su antiguo jefe («El odio es un lastre; la vida es demasiado corta para estar siempre cabreado», afirmaba el nazi arrepentido de *American History X*). Don Prudencio había sido muy atento, siempre se había dirigido a él con palabras amables. Bien se le podría aplicar el mismo juicio que al protagonista de *Ciudadano Kane*: «Si no tuviera tanto dinero, podría haber sido un buen hombre». Una cosa son las apariencias y otra, la realidad. Cuánta razón tenía Gregory Peck en *Matar a un ruiseñor*: «Nunca conoces realmente a una persona hasta que no has llevado sus zapatos y has caminado con ellos».

Para poder cobrar el paro era obligado pasar por la Oficina de Empleo, pero transcurrían los días y no acababa de decidirse. Una tenaz depresión parecía empeñada en instalarse en su interior, con la tentadora creencia de que el mundo de fuera era un enemigo que había que evitar. Por fin, sucumbió al insistente discurso de Marga: ya era suficiente con que ella se pasase media vida en casa, no podían quedarse mirando el uno para el otro, mano sobre mano como dos idiotas. Era importante conseguir un nuevo trabajo, no lo iban a llamar de ninguna parte si antes no hacía oficial su situación. Así que un lunes, tras la caminata matutina, decidió acercarse al edificio del INEM.

Cuando entró en las oficinas, comprobó que los periódicos no exageraban nada al hablar de las cifras de parados, pues había una cola de gente que llegaba hasta la puerta. Se colocó al final de la fila y se dispuso a esperar su turno. Entretuvo la espera observando los rostros de tantas personas como allí había. Mujeres, la mayoría jóvenes, y hombres de todas las edades. Unos leían el periódico, otros charlaban, la chica que tenía delante se peleaba con un crucigrama...

Así fue pasando el tiempo, hasta que le tocó a él. Lo atendió una mujer joven, Diana, que lo recibió con una sonrisa rutinaria, como de plástico barato. No llegaba a los treinta años, bien podría tratarse de su hija. Seguramente había ido a la universidad, había aprobado una oposición, cobraría un salario decente... ¿Cómo iba a entender su drama una persona así?

Tras explicarle Damián la relación que lo había unido con Prudesa Films, la mujer lo ayudó a cubrir un extenso formulario que lo mantuvo ocupado un montón de tiempo, porque en muchas de las preguntas no sabía exactamente qué responder. Cuando por fin lo terminó, Diana lo revisó con curiosidad.

—Año de nacimiento, 1954. ¿Está usted seguro? —preguntó, con expresión de asombro.

—Sí, claro que estoy seguro —contestó Damián, molesto—. Ahora tengo cincuenta y tres años, así que haga usted la cuenta.

—¡Cincuenta y tres años! Pues con esa edad...

—¿Qué le pasa a mi edad? ¿Está por ver que otros más jóvenes lleguen a ella!

—No me malinterprete, no era mi intención ofenderlo —contemporizó la mujer—. Es que, con esa edad, va a ser muy difícil encontrar alguna oferta en la que usted encaje. ¡Ahora las empresas prefieren gente joven!

—¿Y qué es lo que tienen contra los mayores?

—Pues un montón de cosas: que enferman más, que tienen obligaciones familiares, que aún creen en el derecho a una jornada de ocho horas, que no están al día en informática, que protestan si hay que hacer horas extras, que ya andan con un pie en la jubilación...

Damián guardó silencio, no ganaba nada indignándose con aquella impertinente. Aceptaba que quizá no hubiera plazas vacantes en los demás cines de la ciudad, pero estaba acostumbrado a trabajar con máquinas, siempre se le habían dado bien. Tenía que haber empleos de sobra para una persona con su experiencia.

—Veremos qué se puede hacer. Usted dice aquí que su ocupación laboral anterior era operador de cabina de proyección, pero no sé en qué apartado colocarlo. ¿En qué consistía exactamente su trabajo? —preguntó Diana.

—Yo era el responsable de la proyección de las películas en el Cine Soñadores. Seguro que ha estado en él más de una vez.

—No crea, no me gusta demasiado el cine —respondió la mujer. Tras consultar durante un rato la pantalla del ordenador, añadió—: De cines no hay nada, ni creo que haya más adelante. Llevo aquí más de tres años y es la primera vez que oigo mencionar su profesión. ¿No tiene usted otras habilidades?

—¿Como cuáles?

—No sé, algo que se parezca más a lo que se pide aquí. Si quiere, le leo las ofertas que han entrado estos días: ensamblador de muebles, manipulador de descargas de pescado, programador de sistemas de riego, experto en la danza del vientre, cuidador de bonsáis, distribuidor de publicidad, montador de vidrios, domador de leones, especialista en relajación metamórfica, peluquero para salón de belleza canino, calibrador de kiwis, limpiacristales profesional, experto en finanzas creativas, técnico podólogo, payaso para fiestas infantiles, cocinero, experto en la colocación vertical de ladrillos, domador de pulgas, analista de sistemas informáticos, adivino del Tarot, guía del Camino de Santiago, catador de aguardientes, especialista en desplazamiento de mercancías, traductor de chino mandarín, dibujante de sueños por encargo, manipulador de castañas...

—¡Pare, pare, es suficiente! Yo no sé nada de todo eso. —Damián se sentía desconcertado; no era capaz de seguir la lectura de la mujer y comenzaba a notar un dolor sordo en las sienas.

—Mire, vamos a hacer lo siguiente —concluyó Diana, que también se debía de aburrir tras



tanta conversación—. Usted llévese estos folletos y mire también el DVD que le doy, son unos materiales muy prácticos. Y dentro de quince días vuelva por aquí y hablamos otra vez. ¿De acuerdo?

Los folletos le parecieron un inútil repertorio de buenas intenciones y el vídeo, una auténtica tomadura de pelo. En él, una mujer joven y muy dispuesta hablaba con aire enérgico sobre cómo elaborar un cuadro donde Damián debía anotar sus debilidades, amenazas, fortalezas y oportunidades con vistas a la búsqueda de un nuevo empleo. El tal cuadro recibía el nombre de DAFO y, por tanto, como lo alababa, parecía poseer virtudes milagrosas. Lo intentó varias veces, siguiendo las indicaciones que se le daban, pero pronto desistió al darse cuenta de que aquel camino no le llevaba a ninguna parte.



Pasaron los días, y las semanas, y los meses. Cada quince días acudía a la Oficina de Empleo y tomaba nota de las ofertas que Diana le había seleccionado. Llamaba a todos los teléfonos e incluso llegó a concertar alguna entrevista personal; pero en cuanto aparecía el dato de los cincuenta y tres años, los interlocutores perdían el interés y todo se quedaba en nada. Revisaba también las ofertas de trabajo que se publicaban en los periódicos, algunas bastante interesantes; pero la edad volvía a ser el gran obstáculo, porque en todos los lugares le colgaban el teléfono sin miramientos.

Se cansó de visitar las oficinas, de llamar a los teléfonos, de recibir siempre las mismas respuestas. La vida había cambiado mucho, ahora tener cincuenta y tres años parecía ser una desgracia. «Hay momentos en los que un hombre tiene que luchar, y hay momentos en los que debe aceptar que ha perdido su destino, que el barco ha partido, que solo un iluso seguiría insistiendo».

Parecían palabras escritas para él, aunque se las había oído a Albert Finney en *Big Fish*, una película extraña que había durado pocos días en la cartelera y que, acababa de comprobarlo, lo había impresionado bastante más de lo que él creía.

Acabó pasando la mayor parte del tiempo en casa, porque cada vez le resultaba más desconcertante andar por la calle. Contemplaba a aquellos hombres que se desplazaban apresurados con sus carteras, a aquellas mujeres que caminaban enérgicas como si el mundo fuese suyo, los coches que iban y venían veloces, apremiados por tareas que no podían esperar... y le parecían tan distintos y alejados como seres de otro planeta. «Aunque quizá —pensaba con amargura—, el que soy de otro planeta soy yo. Del planeta de los parados, quién sabe si ya para siempre».

Un lunes por la mañana, tras pasar encerrado en casa un domingo que se le hizo interminable, Damián decidió que debía salir de aquel mundo de tristeza que parecía querer atraparlo como una telaraña. La tarde anterior había visto en televisión un documental de la serie *Mundo salvaje*, un acercamiento a la vida de los animales que habitan en la sabana africana. En una de las secuencias, unos cuantos antílopes pacían tranquilamente a la orilla de una laguna, después de saciar su sed. De repente, se veían atacados por un grupo de cinco o seis leonas. Los antílopes huían despavoridos, corrían por la alta hierba con todas sus fuerzas. Las leonas los perseguían, pero no se esforzaban en alcanzarlos. Como explicaba la voz narradora, seguían a los antílopes a poca distancia, esperando que el más débil de la manada desfalleciese y se quedase más atrás, como así ocurrió minutos después. Entonces las fieras se arrojaban sobre él, sobre el animal viejo y lento que no podía seguir el ritmo de los más jóvenes. Lo derribaban y clavaban sus colmillos en el delicado cuello, lo despedazaban a conciencia con sus garras y lo devoraban satisfechas, en un festín sangriento que le había dejado con mal cuerpo para el resto del día.

Se había desvelado por la noche por culpa del documental. No se le iba de la cabeza aquel antílope viejo y cansado, no podía evitar sentirse identificado con el pobre animal acosado por las fieras. Se había levantado con la intención de leer en la sala hasta que le viniese el sueño, pero enseguida había abandonado el libro y, movido por un impulso irracional, se había acercado a buscar la caja donde guardaba los papeles y fotos que consideraba importantes. Una caja que había permanecido en el armario durante años sin que nadie la tocase, pero por la que había recuperado el interés tras su despido, quizá porque había llegado el tiempo de volver la vista atrás y reconocer que ya no había futuro. Al abrirla, acudieron a él las palabras que había escuchado en *Amélie*, una reflexión que solo ahora comprendía cabalmente: «Es curiosa, la vida. Cuando eres niño, el tiempo no acaba de pasar. Y después, sin darte cuenta, tienes cincuenta años y de la infancia lo único que te queda cabe en una cajita oxidada».

Revolviendo entre los papeles, descubrió el Libro de Familia, perdido entre documentos y fotografías. Lo abrió por la página donde se certificaba su boda con Marga. Allí estaban los retratos de cuando eran más jóvenes, con la alegría y la esperanza brillándoles en los ojos. Buscó la fecha: 29 de mayo de 1982. Fue en ese momento cuando cayó en la cuenta de que se acercaba el aniversario de su boda. Y, al calcular los años transcurridos, descubrió que no era un aniversario más, sino el de los veinticinco años. ¡Las bodas de plata!

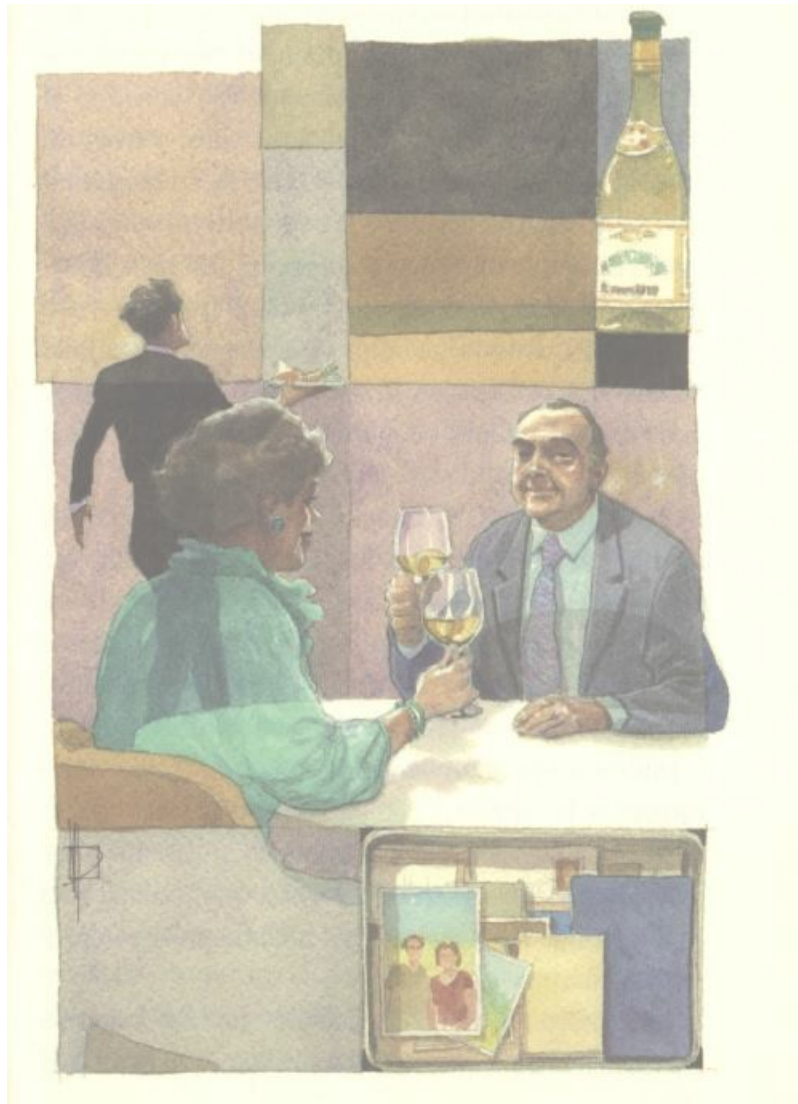
Las primeras veces celebraban el aniversario con entusiasmo, como si fuera la fecha más importante del calendario. Se sentían felices juntos, se reían por cualquier cosa, la complicidad entre ellos era total. No sabría decir con exactitud cuándo comenzó la rutina, cuándo la relación perdió el brillo que había tenido hasta entonces. Tal vez había sido después de fracasar el negocio

de la floristería, cuando Marga se había visto forzada a solicitar de nuevo el empleo en Casa y Hogar y a abandonar los sueños de trabajar en lo que deseaba. Se seguían queriendo, pero era un cariño rutinario y sin ilusión; esa clase de vida gris y monótona que tantas veces había visto en las películas. «El amor: un año de fuego y pasión y treinta de cenizas», decían en *El Gatopardo*, una sentencia que siempre le había parecido demasiado dura y cargada de cinismo.

En los últimos tiempos, parecía haber entre ellos un acuerdo tácito para no celebrar la fecha. Hacía seis o siete años que ni la mencionaban, seguramente desde la marcha de Ismael a la universidad, aunque él sí la seguía recordando, y estaba seguro de que lo mismo le ocurría a Marga. Pero en esta ocasión era distinto, las bodas de plata solo se celebran una vez en la vida, no podían ignorar un aniversario así.

A la mañana siguiente, mientras caminaba a buen ritmo, se le ocurrió una idea magnífica: invitar a Marga a una cena en La Cuchara de Plata, uno de los mejores restaurantes de la ciudad, como hacían a veces en los buenos tiempos, cuando la vida aún no se había vaciado de ilusiones, y acercarse después a bailar a alguno de los clubes próximos a la playa.

Cuando se lo propuso, Marga se abrazó a él emocionada. Se alegraba de que recordase la fecha, y todavía se alegraba más porque eso era un síntoma de que Damián había recuperado las ganas de vivir, tras tantos meses encerrado en sí mismo, como los erizos cuando presienten un peligro. Él la animó a que se comprase un vestido elegante para la ocasión, ella le sugirió que se pusiera el traje azul que tan bien le quedaba. Los dos estarían radiantes, aquel día las penas no encontrarían acomodo en sus vidas.



Cuando entraron en el restaurante, los invadió una sensación de desconcierto. Aunque permanecían parados junto a la puerta, se encontraron con que el *maître* parecía ignorarlos. Situado a dos metros de ellos, actuaba como si no los oyera; o peor, como si no advirtiese su presencia. Por fin, después de varios intentos discretos de llamar su atención, Damián lo sujetó por el brazo y lo sacudió hasta obligarlo a fijarse en ellos. El hombre los miró de un modo extraño, e incluso se frotó los ojos, desconcertado; pero luego se deshizo en disculpas y los condujo hasta el lugar que habían reservado.

Durante la cena, el camarero encargado de su mesa también se comportó de manera inusual. Cada vez que se acercaba con un nuevo plato, abría y cerraba los ojos varias veces, como si tuviera algún problema en la vista y se esforzase en distinguirlos. Damián y Marga, aunque se sentían algo incómodos ante un comportamiento tan singular, procuraron no darle importancia. Incluso comentaron, riéndose por lo bajo, que debería haber una ley que obligase a los camareros miopes a ponerse las gafas en el trabajo, no podía ser que no reparasen en los comensales por pretender estar más atractivos.

Después de la cena, cuando Damián fue a lavarse las manos a los aseos, se encontró con que otros dos clientes que allí había miraron extrañados hacia la puerta cuando entró en el baño. Era como si mirasen el recinto a través de él, pues no parecían advertir su presencia. Incluso uno de ellos lo miró fijamente, asombrado, cuando Damián abrió el grifo y el agua comenzó a salir con fuerza. ¿A qué venía aquella desusada atención? ¿Tendría algo raro en el traje? Se metió enseguida en uno de los servicios y, tras cerrar la puerta, se examinó con minuciosidad el pantalón, la chaqueta, la corbata, la camisa... intentando descubrir la mancha o el descosido que motivaba aquellas miradas. Pero su ropa estaba tan impecable como cuando había salido de casa.

Regresó a la mesa con una rara sensación de incomodidad. Ya sabía que en aquel refinado restaurante no los conocía nadie, hacía años que no lo visitaban. Y sabía también que no estaban acostumbrados a frecuentar lugares tan distinguidos; por fuerza, tenía que notárseles en la manera de comportarse, nunca alcanzarían la clase con la que se desenvolvían Dirk Bogarde o Silvana Mangano en *Muerte en Venecia*. Pero eso era algo previsible, sus molestias no procedían de ahí; lo que lo inquietaba era que durante todo el tiempo había tenido la sensación de que los ignoraban deliberadamente, o que no advertían su presencia, como si su cuerpo y el de Marga no ocupasen ningún lugar en el espacio.

Volvió a experimentar una sensación semejante en el club al que acudieron más tarde, aunque allí era explicable, pues en aquel ambiente de penumbra solo se podía distinguir con una cierta claridad el rostro de quien estuviera a muy escasa distancia. No le comentó a Marga ninguna de estas preocupaciones y se esforzó en mostrarse alegre y conversador mientras bailaban; pero soltó un suspiro de alivio cuando ella comentó que se había hecho tarde y ya era hora de marcharse. Quizá no solo había cambiado el mundo en los últimos años; tal vez el tiempo también los había cambiado a ellos, que ya no encajaban en aquellos lugares caros y elegantes.

A la mañana siguiente, cuando se disponía a afeitarse en el cuarto de baño, Damián descubrió que le costaba trabajo localizar su cara en el espejo. Se frotó los ojos y volvió a mirar, pero no conseguía distinguir con claridad el contorno de su rostro. Asustado, se miró las manos, y después el cuerpo entero: tampoco lo veía con nitidez, también aparecía borroso y difuminado como una pintura desgastada por el paso del tiempo.

«Será de los ojos, —pensó—. La edad no perdona, seguro que ya empiezo a tener problemas con la vista». Lo que no entendía era por qué le había sucedido de un día para otro, y no de manera gradual, como solía ocurrir con la presbicia. Podía ser que se hubiera excedido con el alcohol la noche anterior y no se tratase más que de un efecto secundario que desaparecería enseguida. Pero cuando miró a su alrededor, comprobó que veía las paredes y los objetos del baño con la misma nitidez de siempre.

¿Cómo era posible? ¿Qué ocurría en sus ojos? ¿Por qué le costaba tanto verse? Pestañeó varias veces, pero la visión anormal persistía. Era como si su cuerpo perdiera nitidez, difuminado como un dibujo después de pasarle la goma de borrar. Algo sorprendente le estaba ocurriendo, una experiencia insólita que hizo aflorar una idea absurda en su cerebro: no eran sus ojos; era su cuerpo, que se estaba volviendo extrañamente transparente.

No se atrevió a contarle nada a Marga, no tenía sentido preocuparla, en casa ya había suficientes problemas. Pero pronto intuyó que también ella parecía afectada por el mismo mal, a pesar de los esfuerzos que hacía por disimular en su presencia. Algunas veces la había descubierto mirándolo de una manera extraña, como si la dominase el mismo temor que él luchaba por alejar de sí mismo.

Damián no sabía qué pensar. ¿Serían imaginaciones suyas? ¿Estaría volviéndose loco, tras tanto tiempo sin trabajo? Había oído decir que algunas personas acababan necesitando tratamiento psiquiátrico como consecuencia de un paro prolongado. Pero no podía ser su caso, a Marga no le pasaría inadvertido un cambio así. Lo más probable era que se tratase de algo pasajero; tenían que ser los nervios, todos pasamos por malas épocas. Pero los días siguientes le ocurrió lo mismo, aunque se levantaba cada mañana con la esperanza de que hubiera cesado aquel desajuste en sus ojos y de que todo hubiera vuelto a la normalidad. En la soledad del baño comprobaba con inquietud la persistencia del raro fenómeno.

Dos semanas después, tuvo que rendirse a la evidencia. Se miraba en el espejo, desnudo de arriba abajo, y solo con mucho esfuerzo conseguía identificar el contorno de su cuerpo, una línea difusa e inestable, semejante a la de las pompas de jabón cuando se desplazan por el aire. Incluso alcanzaba a distinguir, aunque fuera de un modo borroso, los objetos situados tras él y que su cuerpo debería ocultar. Era imposible negarlo, no podía disimularlo por más tiempo: ¡el cuerpo se

le volvía transparente! De seguir así, acabaría por hacerse totalmente invisible.

Una mañana, al sentarse a la mesa para desayunar, contempló a Marga con tristeza. Sentada frente a él, se esforzaba en comportarse con normalidad, pero sus ojos delataban un temor difícil de ocultar. Miraba sus manos constantemente, obsesionada, e incluso se levantó en mitad del desayuno para contemplar silenciosa su imagen en el espejo de la sala.

—¿Te pasa algo? —le preguntó Damián, preocupado por la actitud de su mujer.

Marga lo miró fijamente, con una mirada donde se mezclaban la tristeza y el miedo, y rompió a llorar.

—Sí, pero no quiero preocuparte —confesó por fin—. No sé si tendré mal la vista. Me veo borrosa, a veces ni siquiera soy capaz de distinguirme bien en el espejo.

Marga siguió hablando entre sollozos. A lo mejor no era de la vista, añadió; tal vez se trataba de una enfermedad peor que la afectaba desde hacía varias semanas. Cuando iba a comprar al mercado o a los comercios la gente parecía no verla y las personas se sorprendían cuando hablaba, como si hasta entonces no hubieran reparado en su presencia. Le costaba trabajo verse, y también distinguirlo a él. Y ahora ya sabía que de los ojos no podía ser, porque había ido al oculista a principios de semana y no le había encontrado nada anormal. Por cierto, el médico la había atendido muy bien y había sido extremadamente amable con ella, pero le había hecho algunas preguntas inusuales, y su mirada traslucía un profundo desconcierto cuando la había examinado.

Damián se levantó y se acercó a ella. La abrazó con intensidad, abrazó aquel cuerpo que, de no ser por la ropa, semejaba transparente. ¿Qué les ocurría? ¿Acaso eran ellos los únicos contagiados por aquella anomalía? Porque, por la calle, la gente conservaba el mismo aspecto de siempre y nadie aparentaba estar especialmente preocupado. Solo él y Marga parecían ir disolviéndose lentamente en el aire.





Una mañana, al salir de la ducha, Damián tropezó con Marga, que acababa de entrar en el cuarto de baño con la intención de buscar el secador de pelo. La mujer lo contempló de arriba abajo, con una mirada cargada de tristeza. También él la observó en silencio: más allá de la falda y de la blusa, a duras penas conseguía ver los contornos de su cara, ni los de las manos, ni los de las otras partes del cuerpo que no aparecían cubiertas por alguna prenda de ropa.

Damián echó mano de una toalla y limpió con ella el vaho que empañaba el espejo. Agarró a Marga del brazo, y los dos se colocaron frente al cristal, que solo reflejaba con claridad la ropa de la mujer y el espacio situado tras ellos. Sus cuerpos parecían esculturas de aire, ectoplasmas transparentes en los que costaba distinguir las siluetas. Se miraban el uno al otro, y después dirigían la vista al espejo, angustiados ante aquel vacío.

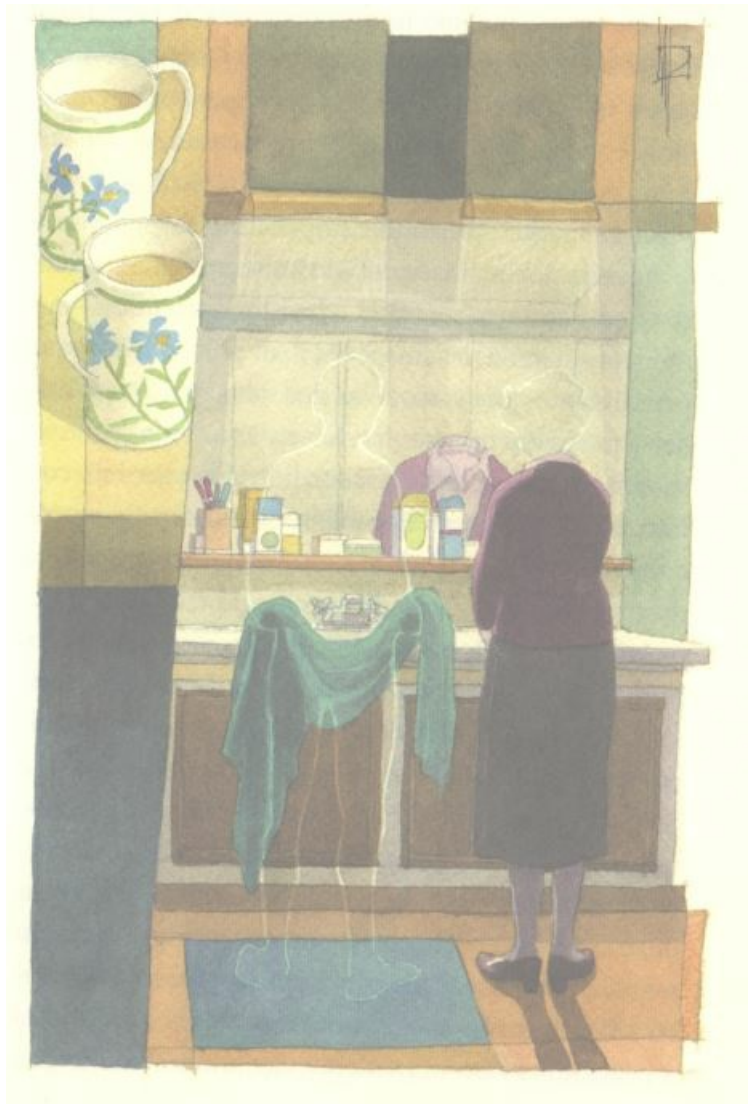
—Esto cada día va a más —dijo Damián—. Mira mi cuerpo; sin ropa, apenas se ve nada. ¡Igual que le ocurría a Christopher Lee en *Drácula, Príncipe de las Tinieblas*!

—No digas esas cosas ni en broma, nosotros no tenemos nada que ver con los vampiros —protestó Marga, enfadada—. Hay que asumirlo, Damián. No sé qué nos ocurre, pero nos estamos volviendo invisibles.

—Invisibles, no —corrigió él—. Si fuerzo la vista, alcanzo a distinguir el contorno de tu cuerpo. Y el del mío también, aunque me cuesta más trabajo. Lo que somos es transparentes.

—Transparentes o invisibles, para el caso es igual —respondió Marga, al tiempo que se separaba de su marido y salía del cuarto de baño, tal vez para que no la viera llorar. A medida que se alejaba por el pasillo, su voz llegaba apagada a los oídos de Damián, repitiéndose como una letanía:

—¿Por qué nos pasa esto? ¿Quién nos podría ayudar? ¿Qué será ahora de nosotros?



Permanecieron encerrados en casa durante todo el día. No se atrevían a salir y enfrentarse con una situación que incluso podría provocar el pánico en las personas con las que se cruzasen. Comieron y cenaron intercambiando solo las palabras imprescindibles, concentrados en sus pensamientos. Actuaban como si, a pesar de compartir el piso, cada uno ocupase un ámbito reservado e impenetrable.

Aquella noche, Marga se acostó temprano. Damián se quedó en la sala, con la televisión encendida, mirándola sin verla; las imágenes iban por un lado y sus pensamientos por otro. A las dos de la mañana consideró que ya era hora de acostarse y se fue a la cama. Se acomodó en su sitio sin hacer ruido y permaneció con los ojos abiertos, con la mirada perdida en la oscuridad. A su lado, Marga le daba la espalda y parecía dormir, aunque permanecía anormalmente inmóvil.

En algún momento debió de quedarse dormido, porque se despertó de repente, con la sensación de que algo extraño sucedía. Encendió la luz de la lámpara: eran las cuatro de la mañana. El lugar de la cama que siempre ocupaba Marga, aparecía ahora desierto y frío. ¿Le habría ocurrido algo?

Damián se levantó, se puso la bata y abandonó la habitación. Como vio luz en la cocina, se dirigió a ella enseguida. Allí estaba Marga, sentada a la mesa, con la tetera delante y con una taza en la mano, de la que bebía a pequeños sorbos. Era sorprendente ver cómo la taza subía y bajaba cada poco rato como si se desplazara mágicamente por el aire, pues solo con mucho esfuerzo conseguía distinguir el rostro y las manos de su mujer.

—¿Qué haces aquí, tú sola?

—Estoy desvelada, casi no he pegado ojo en toda la noche. Me he levantado para hacerme una infusión, a ver si me relaja. ¿Quieres una, tú también?

—Sí, sírveme una taza. Esta noche tampoco yo soy capaz de dormir.

Damián se sentó frente a su mujer y cogió la taza que ella le puso delante. Lo desconcertaba no ver con claridad ninguna de las manos, observar los objetos que se movían como dotados de vida propia. Bebieron en silencio, las palabras parecían no tener sentido a aquellas horas. Solo se escuchaba el tictac del reloj, un ruido monótono que parecía ir creciendo en intensidad. Al cabo de un rato, Marga se levantó y dijo que se iba a la cama, a ver si por fin conseguía dormir.

—No te vayas, Marga —suplicó Damián—. Quédate aquí conmigo; necesito hablar.

Marga retrocedió y volvió a sentarse. Miraba a Damián con curiosidad, no sabía a qué se podía deber aquella urgencia. Esperó en silencio las palabras de su marido, que aún tardaron algún tiempo en llegar:

—Quiero pedirte perdón, Marga. ¡Tengo tantas razones para hacerlo que ya ni sé por cuál empezar!

—¿A mí? A mí no me tienes que pedir perdón por nada.

—Sí, Marga, sí. Empezando por esto que nos sucede. Es culpa mía, seguro, estoy convencido de que comenzó cuando perdí el empleo. —Bajó la cabeza y guardó silencio. Pasado un rato, añadió—: Llevas toda la vida a mi lado y mira cómo te lo pago: contagiándote este mal.

Damián se calló, como si no encontrase las palabras precisas para continuar. Marga también permanecía silenciosa, sorprendida por la confesión de su marido. Una confesión que parecía brotar irrefrenable:

—He pensado mucho todo el día. Hace unos minutos, mientras me bebía la infusión, sentí como si, de pronto, se me iluminasen zonas de la memoria que permanecían ocultas desde hacía años. Me vienen a la cabeza las ilusiones que teníamos al casarnos, lo feliz que me sentía a tu lado. No sé qué nos ha pasado, pero las ilusiones se han marchitado con el transcurrir de los años, he dejado que la rutina me devorase. Me he ido alejando de ti, me he refugiado en un mundo que solo existe en las películas, y también en novelas que me trasladaban a un tiempo que todavía no existe. ¿No lo ves? ¡Siempre huyendo de la realidad y del tiempo presente! —Tras un breve suspiro, añadió—: ¡Cuántos años perdidos! Has tenido que hacerte transparente para que por fin te volviera a ver tal cual eres.

Durante varios minutos permanecieron callados, aunque las últimas palabras de Damián parecían flotar en el aire de la cocina, como negándose a desaparecer. No dejaban de mirarse a los ojos, a pesar de ser conscientes de que solo adivinaban, más que veían, los rasgos de sus rostros.

—También tú tienes que perdonarme, Damián. Yo me di cuenta perfectamente de cómo empezó a abrirse una brecha entre nosotros —la voz de Marga, suave, parecía nacer en algún punto del aire—. Al principio era una grieta tan pequeña que no le di importancia. Tú estabas a un lado y yo

al otro, pero parecía una distancia fácil de salvar a poco que nos lo propusiésemos. Pero pasaron los meses y la grieta fue ampliándose, y llegó un momento en que ya no había manera de tender puentes. Como si cada uno de nosotros permaneciese atrapado sobre uno de esos bloques de hielo que las corrientes marinas van alejando sin remedio.

—¿Nunca me habías hablado así! ¿Por qué no me lo has dicho antes? —había asombro y extrañeza en las palabras de Damián.

—Mientras no me prejubilaban todo fue más fácil. Pasaba fuera casi todo el día, y en casa había siempre cosas que hacer, sobre todo mientras Ismael no se marchó. Y cuando por la noche volvías del cine, ya era tarde y yo casi siempre estaba dormida. Observaba cómo se desvanecían las ilusiones que algún día habíamos tenido, pero tampoco sabía qué hacer, me limitaba a ir dejando pasar los meses con la esperanza de que las cosas se arreglasen por sí solas.

Damián mantenía la vista fija en el rostro de Marga, aunque solo de vez en cuando, cuando ella se movía, conseguía identificar bien sus rasgos. Le dolía el tono de sus palabras, empapadas de desesperanza y amargura, pero esperó en silencio a que Marga continuase:

—¿Qué te iba a contar de mi trabajo en Casa y Hogar? ¿Se puede encontrar algo de interés en pasar el día entero de pie vendiendo platos y cubiertos, copas u ollas a presión? Aguantando el cansancio que se acumula en las piernas hasta hacerse insoportable. Y con la obligación de poner siempre cara amable a los clientes, ¡claro! —continuó Marga—. Cuando en 1993 abandoné mi empleo y monté la floristería con Aida, fue el tiempo en que más viva me sentí. Entonces necesitaba tu apoyo, recuerdo bien que te lo pedí varias veces. Pero tú estabas a lo tuyo, y no le diste importancia. Creo que, en el fondo, te alegraste cuando el negocio no fue adelante y no me quedó más remedio que volver a pedir mi antiguo empleo. Aquellos meses pensé en dejarte, pero pudo más la cobardía. O el cariño que aún te tenía. Porque siempre te he querido, Damián; todavía ahora te sigo queriendo.

—Tienes razón, claro que tienes razón. No sé cómo hemos dejado escapar la vida sin hablar como hoy —concedió Damián, después de un silencio incómodo, que le costó romper.

Vino a su memoria una de las frases inolvidables de *Los puentes de Madison* («El amor no obedece a nuestras esperanzas. Su misterio es puro y absoluto»), pero la rechazó de inmediato. Era mejor hablar con sus palabras, aunque fuesen vulgares e imperfectas:

—Me duele escucharte, no sabes bien hasta qué punto. No sé cuánto daría por volver atrás en el tiempo, por que recuperásemos las ilusiones perdidas.

—Yo no las he perdido, Damián, porque alguna vez aún las siento agitarse en mi interior. Más bien las encerré en un cuarto oscuro, las abandoné allí para que no me doliesen, para poder soportar el paso de los días.

«¿Crees que son solo tus sueños los que no se han cumplido?», argumentaba Susan Sarandon en *Thelma y Louise*. Fueron las primeras palabras que le vinieron a la cabeza, pero pronto las descartó. Damián se levantó y se acercó al lugar donde se sentaba Marga. La ayudó a levantarse y la abrazó con una desconocida intensidad. «Cuando se quiere a una persona, hay que confiar en ella, no hay otra manera, tienes que darle la llave de todo lo que posees; si no, de qué sirve tu amor», pronunció en voz baja. Eran frases de un diálogo de *Casino*, la brillante película de Martín Scorsese, pero también eran las palabras que él deseaba decir. No sabía si Marga las había escuchado o no, pero notó cómo ella incrementaba la intensidad del abrazo y cómo de sus ojos salían unas lágrimas doblemente transparentes que humedecieron las mejillas de los dos.

Damián se despertó temprano, a pesar del escaso tiempo que había descansado aquella noche. Marga aún dormía; era curioso comprobar cómo la almohada estaba hundida por el peso de su cabeza, invisible en la penumbra del cuarto. Se acercó a ella y le dio un beso demorado y tierno, mientras le acariciaba el pelo, que no podía ver, pero sí sentir bajo su mano. «Prefiero oler una vez su cabello, un beso de sus labios, una caricia de su mano, que toda una eternidad sin ella», pronunció en voz baja. Eran palabras de Nicolas Cage en *City of Angels*, una copia mediocre de *El cielo sobre Berlín*, la perturbadora película que Win Wenders había rodado con bastantes menos medios.

Tras ducharse en agua fría para eliminar los restos de sueño, Damián se secó enérgicamente y empezó a vestirse. Mientras lo hacía, comprobaba cómo en el espejo, poco a poco, aquel cuerpo transparente volvía a tomar forma gracias a las prendas de ropa que lo cubrían: los calzoncillos, la camisa, el pantalón, los calcetines, los zapatos... Se contempló en el espejo, que ahora lo reflejaba todo, salvo las partes del cuerpo que permanecían descubiertas. De pronto, se dio cuenta de que él ya había visto en el pasado aquella escena que ahora estaba viviendo. ¿Cómo no se le había ocurrido antes?

Corrió a la sala y comenzó a rebuscar en los estantes donde guardaba los DVD. A lo largo de los últimos años había ido completando una cinemateca muy estimable. Al principio, compraba solo las películas que le impresionaban cuando las contemplaba en el cine, para poder revivir cuando quisiera alguna escena memorable. Con el tiempo, se había ido interesando más y más por los films de los años anteriores a su trabajo de operador, entre los que había joyas maravillosas. Pocos como él podían presumir de conocer tan bien los grandes títulos que marcaban la historia del cine.

Por fin encontró lo que buscaba. Se trataba de un estuche con las tres grandes películas que James Whale había dirigido en la década de los años treinta del siglo XX. La que él buscaba, *El hombre invisible*, se había rodado en 1933. Dos años antes, Whale había realizado *El doctor Frankenstein*; y dos años después, *La novia de Frankenstein*.

El texto que figuraba en el reverso del estuche los calificaba como tres films de terror, aunque Damián estaba en radical desacuerdo con aquella opinión. ¿Cómo se podía hablar de terror a propósito de la criatura creada por el doctor Frankenstein? Para él, las dos películas que Whale le había dedicado estaban cargadas de emoción, hablaban con lucidez de la soledad y de lo que suponía sentirse un extraño entre la multitud. Siempre le había despertado ternura aquel monstruo desvalido que solo ansiaba con desesperación que lo amasen tal como era. En aquel instante, Damián se sentía extrañamente próximo a aquella criatura que anhelaba con intensidad ser humana, tan humana como era su creador.

Sin embargo, solo conservaba un vago recuerdo de *El hombre invisible*. En aquel momento le parecía esencial revisarla, era la película que podía desvelar las claves de lo que les sucedía. Apremiado por su deseo, preparó un poco de café, se acomodó en el sofá de la sala y puso en marcha el reproductor.

Las imágenes lo dejaron clavado en el asiento desde la primera escena. La llegada de aquel forastero misterioso a la posada del pequeño pueblo, vestido con un abrigo largo, guantes y bufanda, con la cara cubierta de vendas sobre las que se había colocado unas gafas oscuras y un sombrero de ala ancha, le pareció extraordinaria. Después, toda la odisea de aquel hombre, el doctor Griffin, resultó ser una historia casi tan amarga como las de la criatura de Frankenstein, muy lejos del género de terror, a no ser que califiquemos de terror la tristeza más extrema.

Como el doctor Frankenstein, Griffin era un científico dominado por una obsesión devastadora; en su caso, conseguir la fórmula para que un cuerpo no absorbiera ni reflejara la luz, lo cual lo volvería invisible a ojos de los humanos. Cuando por fin lo consigue y la experimenta inyectándosela en su propio cuerpo, también a él se le va de las manos aquel descubrimiento. Lo que comenzaba como una obsesión científica se convertía después en algo muy distinto cuando Griffin comprendía que el invento le otorgaba poder para transgredir las normas sociales, para realizar acciones que les están prohibidas a las personas corrientes («Esto me da el poder para gobernar. El mundo entero está muerto de miedo», declaraba en una de las escenas). A lo largo de la película iba cayendo en una locura progresiva, distanciándose del amor de Flora, la mujer que estaba enamorada de él, alejándose de lo que nos hace humanos, alejándose de la vida. La muerte acababa por ser la única salida para su definitiva liberación.

Al final de la película, Damián permaneció sentado en el sofá, meditando sobre la historia que acababa de contemplar. Más allá de los evidentes mensajes éticos y del sugerente juego de luces y sombras, la película le había mostrado la solución idónea para poder salir a la calle y pasar inadvertidos. Solo había que hacer como el doctor Griffin: vestirse con ropa que cubriese la mayor parte del cuerpo. Una peluca sería la solución ideal para el pelo; y, en cuanto al rostro, en vez de las molestas vendas, bastaría con cubrirlo con una espesa capa de maquillaje.

Cuando Marga se levantó, le habló de su descubrimiento y le pidió que viera la película con él. También ella se conmovió con el drama que encerraba aquel film con apariencia de fábula fantástica, también la inquietó la espiral de desatinos que llevaba al doctor Griffin a su amargo final, a pesar de los esfuerzos de Flora y de su mejor amigo. Sin embargo, más allá de la historia, comprendió que Damián tenía razón y que aquel procedimiento podría ayudarlos a salir del laberinto en el que andaban perdidos.

Como ya estaban a mediados de julio y un agradable aire cálido se había instalado en la ciudad, decidieron salir solo en las primeras horas de la mañana o al anochecer; así llamaría menos la atención el hecho de que llevaran cubierta la mayor parte del cuerpo.

En los siguientes días, con el rostro protegido por un amplio fular, unas gafas de sol y un sombrero de paja que le daban un aspecto estafalarío, Damián adquirió todo lo que iban a necesitar: una gran cantidad de tubos de maquillaje, diversos juegos de guantes, medias de colores para Marga, algunos fulares y un par más de gafas... Con todo ello, los dos trataron de llevar su vida normal, o, por lo menos, algo que se le pareciera. Les resultaba imposible continuar con las rutinas de antes, pues corrían el peligro de que cualquiera de los vecinos reparase en lo extraño de su aspecto. La señora que vivía en el piso de enfrente ya los miraba de manera sospechosa, y

más de una vez la habían sorprendido vigilándolos por la mirilla de la puerta.



Comenzaron a comprar en tiendas alejadas del barrio, a salir solo cuando era imprescindible, a escoger las calles menos transitadas, a hacer una vida solitaria entre las paredes del piso. Solo durante la noche se permitían la alegría de caminar con ropa ligera y libres del maquillaje, con el rostro, con los brazos, con las piernas invisibles. Buscaban siempre lugares poco iluminados; su favorito era el Parque de las Tres Fuentes, donde la luz era escasa y los enamorados se refugiaban en los bancos más oscuros para manifestarse su amor. Un amor que también volvía a renacer entre ellos, tras tantos fríos años perdidos. «Qué pacífica sería la vida sin amor. Qué segura. Qué tranquila. Y qué insulsa», sentenciaba un magnífico Sean Connery encarnando al monje Guillermo de Baskerville en *El nombre de la rosa*.

¡Qué agradable era sentir el aire acariciando la piel! ¡Qué magnífico era hablar, y reír, sin temor a que nadie se fijara en ellos! Lástima que fuera tan corto el tiempo de libertad y hubiese que regresar a casa cuando la ciudad se quedaba desierta. Ya en el hogar, mientras esperaba a que



le viniera el sueño, por la mente de Damián desfilaba una caótica sucesión de fragmentos de películas. Muchos días, esa sucesión se detenía en una secuencia de *Terminator*, aquella en la que Arnold Schwarzenegger reflexionaba sobre los seres humanos: «Entráis cada noche en un estado de coma y soñáis; pero ¿de qué os sirven los sueños si nunca se realizan?». Una pregunta para la cual, por más que lo intentaba, tampoco él lograba encontrar una respuesta convincente.

Dos semanas después, cuando ya casi se habían acostumbrado a aquella extraña rutina que se había instalado en sus vidas, descubrieron que aún les esperaban nuevas transformaciones.

Fue Marga la primera en notar el cambio. Una mañana, en cuanto Damián entró en la cocina para desayunar, ella lo miró de arriba abajo y exclamó:

—¿Qué le has hecho a la camisa? ¿Y al pantalón? ¡Si no hace ni un mes que los estrenaste! Se te han decolorado mucho, y eso que eran prendas de buena calidad. Seguro que has puesto la lavadora en un programa equivocado.

—Yo no he tocado la lavadora, ya sabes que de ese trabajo siempre te encargas tú. —Damián observó a su mujer y añadió—: Pues parece que no te has fijado en tu falda, también está completamente desteñida. ¿Has cambiado de detergente?

Marga se examinó la ropa que llevaba puesta. Su blusa seguía siendo blanca, pero tanto la falda como las medias y las zapatillas aparecían con los colores deslucidos. ¿A qué se debía aquello? ¿Se le habría ido la mano con la lejía? Dedicaría tiempo a investigar las causas, no podían estropear una ropa de tanta calidad. Pero en aquel momento era necesario ser práctica:

—Vamos a cambiarnos; no me gusta nada verte así —le propuso a su marido—. Ven conmigo al dormitorio y nos pondremos otra ropa.

Pero, en cuanto los dos se cambiaron, descubrieron con asombro que la ropa desechada, que habían dejado sobre la cama, volvía a lucir sus colores de siempre. Y, al contrario, las prendas que acababan de ponerse, aparecían ahora con los colores desteñidos.

Como si a los dos se les ocurriese de repente la misma idea, corrieron al cuarto de baño y se colocaron frente al espejo. Examinaron minuciosamente todas las partes de su cuerpo. No solo era la ropa, también las pelucas aparecían más claras, como si el color del pelo hubiera perdido intensidad; y la tonalidad de la piel se había vuelto más tenue, casi translúcida, a pesar de aplicarse la habitual capa de maquillaje. ¿Qué les ocurría?

Aquel día no salieron a la calle hasta las horas del anochecer. Sentían una angustia sorda consumiéndolos por dentro, una angustia que nacía no solo de los cambios que habían experimentado, sino también de no saber los que les esperaban en el futuro. Hicieron apriesa las compras más urgentes, tomaron un café situándose en la esquina más en penumbra de la cafetería, caminaron por calles por las que apenas pasaba nadie. Y volvieron a casa como dos prófugos que buscaban ocultarse de las miradas de la gente.

En los días siguientes, aquel proceso de decoloración se fue intensificando. Se ponían maquillaje más oscuro sobre la piel, elegían la ropa de colores más intensos, pero eran esfuerzos inútiles, movimientos sin éxito que los dejaban desolados.

Por si no les sobraban problemas, cada conversación con Ismael añadía un poco más de

angustia. En la primera llamada habían decidido no contarle las transformaciones que sufrían, por nada del mundo deseaban perturbar su vida y su trabajo, ni forzar su regreso. Ya lo informarían si se presentaba alguna urgencia o si en algún momento no podían valerse.

Llegó el día en que cualquier prenda que se pusieran inmediatamente perdía todo el color al entrar en contacto con su cuerpo; y lo mismo sucedía con las capas de maquillaje que extendían inútilmente, en un intento desesperado de hacer visible su piel.

—¿Qué nos ocurre, Damián? —preguntó Marga alterada. Su rostro no podía reflejar mayor abatimiento.

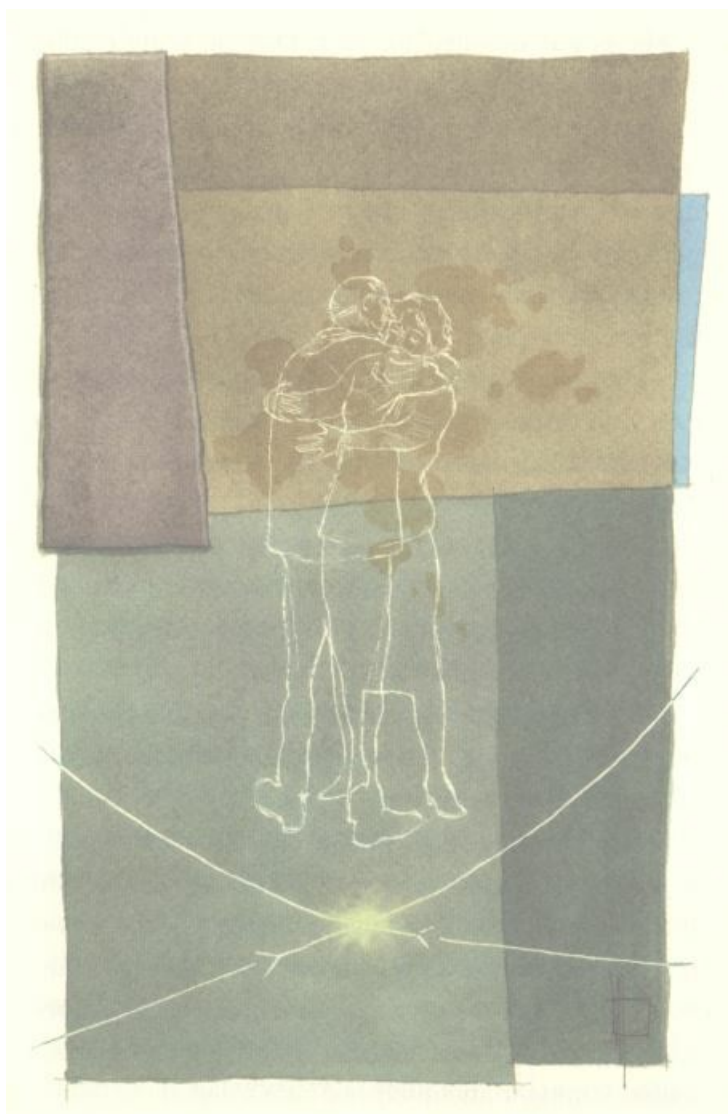
—¿Acaso no lo ves? ¡Ahora sí que somos completamente invisibles! —respondió—. No sé a qué se debe, es evidente que le transferimos nuestro mal a todo lo que entra en contacto con nosotros. Somos transparentes y convertimos en transparente cualquier prenda que nos pongamos. Yo tampoco sé por qué nos ocurre esto.

—¿Y si fuéramos al médico?

—¿Ir al médico? ¡Ni se te ocurra! —Damián reaccionó con nerviosismo, pues acababa de recordar el drama que vivía Griffin, el desgraciado científico de *El hombre invisible*, perseguido por la Policía como un delincuente peligroso—. Recuerda la película del otro día. Nos verían como monstruos, querrían experimentar con nosotros, nos aislarían durante años en algún laboratorio. ¡Yo no podría soportarlo! El tiempo que me quede quiero pasarlo en paz en mi casa. Y contigo, ya lo sabes.

—Pero, tal vez, lo que tenemos es una de esas enfermedades raras de las que a veces hablan los periódicos. Y a lo mejor tiene cura, cada día se producen avances nuevos en algún laboratorio.

—¿Cómo va a ser esto una enfermedad? ¿Acaso te sientes mal? ¿Te duele algo? —insistió Damián—. Comprendo que no tiene explicación, lo que nos ocurre es muy extraño. Pero una enfermedad no es. Quizá, de la misma manera que ha llegado acabará por desaparecer cuando menos lo esperemos.



Marga guardó silencio. ¿Y si Damián tenía razón? Tampoco a ella le agradaba nada ser tratada como un fenómeno de circo, y mucho menos que experimentasen con ellos. Por no hablar de lo que dirían los periódicos y las televisiones, que podían dejarlos marcados para el resto de su vida. Sí, era necesario esperar. Claro que, si iban a continuar igual, debían preocuparse por cuestiones más prácticas.

—¿Y cómo vamos a hacer para movernos por la casa y no tropezar uno con otro? —preguntó—. ¡Solo nos faltaba sufrir un accidente! Podemos quemarnos, o resbalar, o qué sé yo.

—Eso se arregla con facilidad —respondió Damián—. Cada vez que nos movamos de un cuarto a otro, lo anunciamos en voz alta. Así siempre sabremos lo que hace cada uno.

No era una solución maravillosa, pero fue la mejor que se les ocurrió. Así que, desde aquella mañana, a cada rato se escuchaba en la casa «Voy a la cocina», «He entrado en la sala», «Voy al cuarto de baño», «Estoy friendo un huevo», «Tengo abierta la nevera», «Me he sentado en el sofá» y frases semejantes. Eran como dos fantasmas que se movían por la casa siguiendo trayectorias que se cruzaban constantemente, sobre todo cuando se buscaban para abrazarse con desesperación

y mitigar así aquella extraña soledad.

Al tercer día de invisibilidad total, harto de estar metido en casa, Damián decidió salir a la calle. Ya no había que preocuparse de elegir la ropa que debía ponerse ni de perder el tiempo delante del espejo con el molesto maquillaje. Nadie lo vería, así que nada le podía ocurrir. Solo debería tener cuidado de no tropezar con la gente, evitar cualquier contacto imprevisto que pudiese levantar sospechas o asustar a alguien.

Cuando caminaba distraído por la acera, un autobús se detuvo en una parada próxima. Era uno de los buses que iban al centro, ya lo había tomado en otras ocasiones. Damián no se lo pensó dos veces y subió al vehículo. Pasó sin pagar, alguna ventaja tenía que haber en aquella invisibilidad, y se sentó en uno de los escasos lugares libres. Desde allí podía observar bien a las personas que iban en el vehículo, todas con rostro inexpresivo, ignorándose unas a otras, solitarias como islas de un mar distante.

Dos paradas más adelante, subió una señora vestida con un elegante traje de chaqueta de color marrón e intentó sentarse en el lugar ocupado por Damián. Pero no pudo hacerlo, porque en cuanto comenzó a doblar las piernas para acomodarse, él volvió a enderezarla con un ligero empujón en las nalgas. La señora observó el asiento, sorprendida, y lo intentó de nuevo con mayor determinación. Damián la empujó otra vez, en esta ocasión más enérgicamente.

La señora miraba desconcertada el asiento vacío, y luego a su alrededor, pero cada viajero iba concentrado en sus pensamientos o en la música que le llegaba a través de los auriculares, y nadie parecía reparar en ella. Se acercó al conductor y lo interpeló con palabras nerviosas, en demanda de ayuda. Pero no le debieron de servir de mucho, porque no hubo un tercer intento. Frustrada, la mujer se dirigió al espacio vacío que había junto a la puerta y allí permaneció, con expresión de perplejidad, echando de vez en cuando miradas furtivas a aquel asiento que parecía estar embrujado.

Damián se bajó en la parada de la Plaza Mayor y echó a andar por la Calle Real, la más céntrica, la que tenía fama de concentrar los mejores comercios de la ciudad. Las escasas veces que había caminado por ella siempre había experimentado una aguda sensación de malestar. Procuraba evitarla dando un rodeo, pues le molestaba cruzarse con la gente elegante y ociosa que caminaba por ella. Se sentía un intruso en aquel mundo de lujo y de riqueza, un alienígena perdido en un planeta hostil.

Pero la nueva situación lo cambiaba todo. Ahora recorría aquel espacio con una sensación muy distinta, eliminado el temor de que lo observasen con ojos desdeñosos. Podría examinar hasta el detalle más pequeño, sentarse en alguna de las terrazas, mirar a la gente con descaro, con la seguridad de que nadie lo vería a él. Sonrió al darse cuenta de que cualquier cosa le estaba permitida, por En encontraba alguna ventaja a su invisibilidad.

En una terraza, una señora vestida con un elegante traje verde, reprendía con palabras tiernas al *westie* que intentaba alejarse de ella y olfatear un árbol cercano:

—¡Ven conmigo, Tití! ¡No seas malo! ¡Venga, que te llevo en brazos!

El perro, un canijo que no se estaba quieto, le hacía poco caso a su dueña e insistía en querer acercarse al tronco. Damián, que contemplaba divertido la escena, se aproximó a la señora y le susurró al oído:

—¿Pero no ve que se quiere aliviar en el árbol? ¡Lo va a ahogar, concédale un poco de libertad! —Ante la expresión desconcertada de la mujer, que miraba temerosa a su alrededor, añadió—: ¡Y a ver si no escogemos nombres tan ridículos, que el pobre perro no tiene la culpa! ¿Qué es eso de llamarlo Tití? ¡Tití! Póngale Sultán, o Treski, o Argos... Con ese nombre no hace más que avergonzarlo ante los otros perros, no me extraña que la quiera perder de vista.

La señora comenzó a ponerse pálida, como si le faltase el aire. Miró a un lado y a otro, asustada, y soltó la correa de sujeción. El perro, liberado de la atadura, corrió hasta el árbol. Allí pudo levantar la pata y satisfacer su necesidad más urgente. Y Damián, entusiasmado ante las nuevas posibilidades que iba descubriendo, continuó el paseo calle arriba.

Algo más adelante, se detuvo frente al atractivo escaparate de una tienda de ropa masculina. Tras los cristales, colocadas en maniqués de asombroso realismo, aparecían expuestas unas prendas elegantísimas. En una esquina, un cartelito indicaba sus precios: ¡eran estratosféricos, una locura, disuasorios para el noventa y nueve por ciento de las personas de la ciudad!

En condiciones normales nunca se hubiera atrevido a entrar, pero en aquel momento decidió que no tenía nada que perder. Como solo había unos cuantos clientes y los empleados andaban a lo suyo, pudo manejarse por el amplio espacio de la tienda sin que nadie se fijase en él.

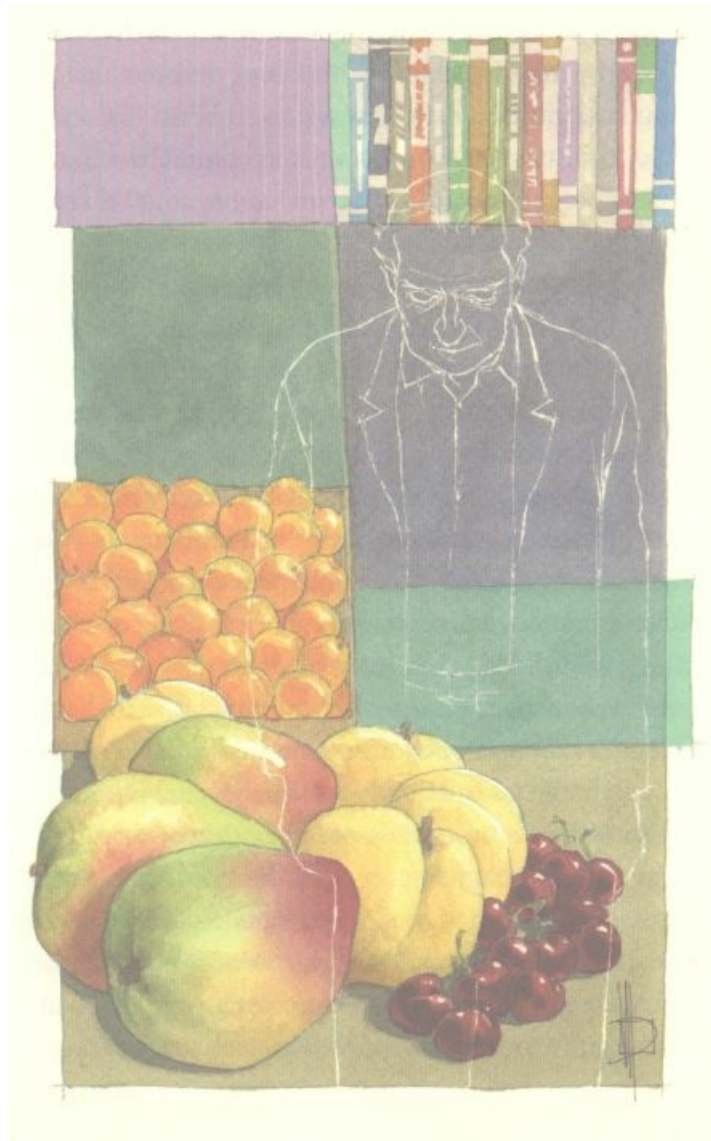
En la sección de americanas, vio una que le había llamado la atención en el escaparate: el tejido era tipo príncipe de Gales, en colores ocres, y maravillosamente suave al tacto. Buscó una de su talla y se la probó. Le quedaba perfecta, ni confeccionada a medida; tal vez habría que meterle un casi nada a las mangas, pero eso era algo que Marga sabía hacer muy bien. Pensó en probarse también un pantalón de un color tostado que hacía juego con la americana, pero desistió porque eso sí que planteaba más problemas. A pesar de la invisibilidad, no le seducía nada el riesgo de que lo descubrieran y verse obligado a huir con las piernas al aire.

Colgó su chaqueta usada en la percha de la que se iba a llevar y se vació los bolsillos para no dejar ninguna huella que lo identificase. Y después salió de la tienda, satisfecho por el cambio y ajeno a cualquier preocupación. La alarma saltó de inmediato con un ruido estridente. Un empleado se acercó a la puerta con urgencia; pero, al no ver a nadie, dedujo que había sido un error del dispositivo de alarma y lo desactivó. Damián, que lo había observado todo desde la acera, se alejó del lugar sonriendo, entusiasmado ante las nuevas perspectivas que acababa de descubrir. La invisibilidad le permitiría conseguir cualquier cosa que le apeteciese: zapatos, discos, bolsos, relojes, libros, vinos... Si actuaba con prudencia, ¡nadie se daría cuenta de nada!

Su caminar errático lo acabó conduciendo a las puertas de unos grandes almacenes. Decidió entrar y, tras unos momentos de vacilación, se dirigió enseguida a la sección de cine. ¡Aquel era un paraíso para cualquier aficionado! Ordenadas en los expositores, había cientos de películas que examinó con avidez, entusiasmado cada vez que descubría uno de esos títulos míticos que

siempre había querido poseer. Hizo además un descubrimiento que lo sorprendió: se trataba de una película, *El hombre sin sombra*, que, según se explicaba en la carátula, era una nueva versión de *El hombre invisible*. La había dirigido Paul Verhoeven en el año 2000, pero hasta aquel momento no había tenido noticia de ella; seguramente la habían estrenado en algún cine de la competencia. Le interesaba mucho, así que se apoderó de ella con el propósito de verla en cuanto estuviera de vuelta en casa.

Eligió diez o doce películas más y las metió en una bolsa, que se apresuró a guardar bajo la chaqueta. Nadie lo notó; casi no había clientes, y las dependientas estaban hablando de sus cosas. También aquí volvió a sonar la alarma cuando salió. Y también un vigilante se apresuró a comprobar lo que ocurría, y la desactivó al no advertir nada extraño. Mientras, despreocupado, Damián caminaba calle arriba con su botín. Se sentía tan optimista y seguro de sí mismo como Cary Grant, el elegante ratero de *Atrapa a un ladrón*, aquel divertido film de Alfred Hitchcock.





Un poco más adelante, en un espacio donde la calle se ensanchaba y formaba una pequeña plaza, encontró una frutería que ofrecía las frutas más atractivas que había visto nunca, colocadas con una armonía de colores que constituía un goce para la vista. ¡Qué maravilla! No pudo resistir la tentación y, tras hacerse con una bolsa en el mostrador, la llenó de melocotones y de cerezas, las dos frutas preferidas de Marga. Además, metió también tres mangos de delicado color rojizo, siempre le habían encantado. Y después se fue, ante los ojos perplejos del frutero, que no acababa de entender cómo se habían descolocado aquellas frutas sin que nadie las hubiera tocado.

Damián decidió que ya era hora de volver a casa. Regresó a pie, cargado con su botín, buscando las calles menos transitadas. Se sentía entusiasmado, ¡en adelante podría poseer todo lo que quisiera! Quizá aquella invisibilidad, más que un castigo, era una bendición que algún dios benévolo les enviaba.

Cuando regresó a casa, Marga recibió con alegría el regalo de aquellas frutas magníficas. Pero las apartó con desagrado a medida que Damián le refería sus aventuras por los comercios de la Calle Real. Disgustada, le recriminó con duras palabras su comportamiento. ¿Cómo había podido robar todo aquello? Porque lo que había hecho tenía un nombre, *robar*, de nada servía disfrazarlo con otras palabras. Además, ¿para qué quería aquella chaqueta, por elegante que fuese, si cuando se la pusiera nadie podría verla? Para contemplarla colgada en el armario, pues para otra cosa no servía. ¿Y las películas? ¿Es que no había ya bastantes por todas las estanterías de la casa?

—Hoy no te reconozco, Damián —concluyó—. Nunca habría imaginado que serías capaz de comportarte así.

Además de disgustarlo, las palabras de Marga introdujeron el desasosiego en el cuerpo de Damián. Se marchó de la sala y se refugió en el dormitorio, necesitaba estar solo para pensar. Se tumbó en la cama e intentó ordenar las ideas que se amontonaban en su cabeza. Lo que su mujer le había dicho le había traído a la memoria, de nuevo, *El hombre invisible*. En la película, la invisibilidad provocaba que aflorase en Griffin su lado oscuro, la maldad interior que habita en cada uno de nosotros; una fuerza que lo iba arrastrando hasta la violencia y el crimen, hasta el inquietante final. «¡Un hombre invisible puede gobernar el mundo! ¡Conoceré todos los secretos! ¡Robaré y mataré!», aseguraba en el film, víctima ya de las fuerzas que había desatado. ¿Podría pasarle a él algo semejante? ¿Acaso los robos eran el primer paso? ¿Estaría transformándose en un Damián que ni él mismo reconocía?

Impulsado por una urgencia repentina, se levantó de la cama y se dirigió a la sala. Marga se había ido a descansar al cuarto de Ismael y parecía dormir, su respiración pausada y profunda así lo indicaba. Nervioso, buscó el estuche de *El hombre sin sombra* y colocó el disco en el reproductor. Excepto en el uso del color y en los espectaculares efectos visuales, el film, aunque estaba ambientado en la época actual, seguía fielmente la versión de James Whale de 1933. Tan solo se diferenciaba por evidenciar aún más la progresiva aparición del lado oscuro del protagonista (le habían cambiado el nombre, ahora se llamaba doctor Caine), que caía en una progresiva espiral de maldad y no dudaba en recurrir al asesinato con tal de satisfacer sus instintos. En una escena, el doctor Caine exclamaba satisfecho: «Es increíble lo que alguien puede llegar a hacer cuando no tiene que mirarse nunca más al espejo». Al escuchar aquellas palabras, un profundo escalofrío recorrió el cuerpo de Damián. ¡Se trataba de la misma idea que él había tenido por la mañana! ¡La misma que lo había impulsado al robo y a la burla!

Disgustado, apagó el reproductor sin esperar a que acabase la película, ya no necesitaba ver más. ¿Habría comenzado a manifestarse su lado oscuro? ¡No podía permitirlo! Marga tenía toda la razón, debía resistir, no dejarse arrastrar por sus instintos.

Abandonó el sofá y, sin avisar a su mujer, abrió la puerta y salió a la calle. Necesitaba tomar el aire, precisaba encontrar la calma necesaria para analizar con detalle lo que le estaba ocurriendo. ¿Qué pensaría de él el Gary Cooper de *Solo ante el peligro* o el Gregory Peck de *Matar a un ruiseñor*? Los dos tan íntegros, tan seguros de la justicia de sus convicciones que no dudaban en arriesgar su vida por ellas. Eran muchas las películas que le ofrecían modelos de comportamiento irreprochable, personajes honestos que le mostraban el tipo de persona que quería ser: ahí estaban Jessica Lange en *La caja de música* o Julianne Moore en *Lejos del cielo*, las dos afrontando la repulsa social y familiar, si ese era el precio por actuar de acuerdo con su conciencia. ¿Tan difícil era estar a su altura?

Caminó hasta el Parque de las Tres Fuentes y se sentó en un banco que vio vacío. A aquellas horas el parque estaba casi desierto, aún tardarían en llegar los niños y niñas que cada tarde lo inundaban de gritos y carreras. Dos sauces extendían sus ramas sobre el banco y ofrecían una sombra relajante.

Poco a poco fue recuperando la calma. Cerró los ojos y dejó que la cabeza se le liberase de pensamientos, ocupado solo en sentir la brisa que acariciaba su cuerpo invisible. Cuando se sintió mejor, cogió una rama seca que había en el suelo y empezó a dibujar en la tierra trazos sin sentido. Mientras, pensaba en su vida, y en Marga, y en lo que el futuro les podría deparar.

—«La vida de un hombre no vale nada si no vive de acuerdo con su conciencia» —reflexionó en voz alta.

La frase acababa de ocurrírsele sin pensar, confirmándole una vez más que siempre había una película adecuada para ayudarle a expresar con palabras lo que sentía.

—Eso lo dice Gary Cooper, en *La gran prueba*. ¡Magnífica película, sí señor! —La voz que le hablaba procedía de su derecha y parecía nacer en algún punto del aire—. A ver si acierta a cuál pertenece esta: «Los viejos sueños eran buenos sueños. No se han cumplido, pero me alegra saber que algún día los tuve».

—¡Cómo no la voy a reconocer! Esa es de Meryl Streep, en *Los puentes de Madison*. ¡Qué maravilla, no me canso nunca de verla! —contestó con voz alegre. Y enseguida, añadió—: ¿Y en qué película afirman: «No olviden que, a pesar de todo lo que les digan, las palabras y las ideas pueden cambiar el mundo»?

—¡Esa es muy fácil! Aún me parece estar viendo al señor Keating cuando habla con sus alumnos en *El club de los poetas muertos* —respondió la voz—. ¿Qué le parece si pasamos a algunas más difíciles? Como esta, por ejemplo: «El pasado es algo que podemos recordar pero no tocar, y todo lo que se recuerda es borroso y vago».

Damián dudó. La cita le traía a la memoria una música sugestiva como pocas, y con ella llegaron también las imágenes:

—¡*Deseando amar*! Tal vez sea la película más romántica de todas las que he visto. —Animado por aquella peculiar partida de tenis, añadió—: Y hablando de memoria, ¿qué me dice de esta?: «Todos los recuerdos son surcos de lágrimas».

—He dicho más difíciles, no tan sencillas. Esa es muy conocida, hasta salió en un libro de relatos publicado hace algún tiempo. Es de 2046, la siguiente película de Wong Kar Wai —respondió la voz—. Y ya que sabe tanto, dígame a cuál pertenece esta otra: «Hasta la persona más insignificante puede cambiar el curso del futuro».

—Me la sé, sí, déjeme pensar un poco —contestó Damián, concentrado como en un examen.

Al cabo de unos segundos, exclamó—: Son las palabras que Galadriel, la reina de los Elfos, le dice a Frodo en la primera parte de *El Señor de los Anillos*. Me fascinaron las tres, aunque esa primera es la más...

De pronto se calló, asustado. ¿Qué estaba haciendo? ¿Cómo se dejaba arrastrar de esa manera? No era normal hablar solo, y todavía menos mantener acaloradas conversaciones imaginarias sobre cine. Rememoró las escenas finales de *Psicosis*, con Anthony Perkins encerrado en la celda del psiquiátrico, manteniendo a dos voces una charla imaginaria con su madre muerta. Desdoblamiento de personalidad, diagnosticaban los médicos. Algo así le debía de estar ocurriendo, era imposible que nadie conociese tantas frases de cine como él. Debía controlarse más si no quería meterse en problemas, no podía dejarse arrastrar así por sus obsesiones. Era invisible, pero sus palabras seguían siendo tan sonoras como antes y podían llamar la atención de cualquiera.

Pasados unos minutos, cuando ya se sentía más sereno, escuchó de nuevo la voz que procedía de su derecha:

—Disculpe que lo moleste otra vez, pero es que lo veo sumamente preocupado. ¿No le apetecería hablar de nuestra invisibilidad?

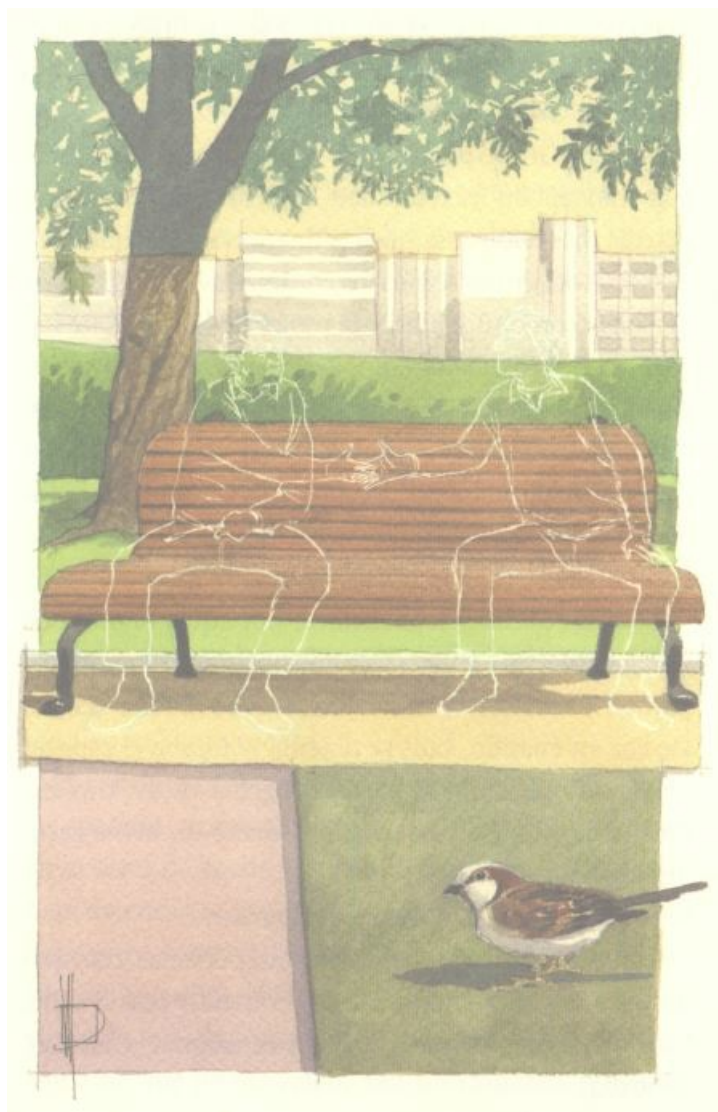
Asustado, Damián miró una vez más a su alrededor. Estaba solo en el banco, no había ninguna duda. ¿De dónde procedía entonces aquella voz? ¿Se encontraría tan mal que ya escuchaba sonidos imaginarios? ¿No era así como dicen que comienza la locura? ¿Qué hacía allí sentado, perdiendo el tiempo, en vez de irse enseguida en busca de un médico? ¿Y a qué médico podría ir, en su estado?

—No se asuste, por favor. Le aseguro que yo también pasé por la misma situación —continuó la voz—. Usted no está ni loco ni enfermo, si es eso lo que está pensando. ¿Por qué no me mira con más atención?

—¿Mirar qué? —se atrevió a responder Damián. Siempre le había dado miedo acabar como esos hombres mayores con los que se cruzaba a veces, hablando solos por la calle, perdidos en un mundo imaginario. Pero aquella voz parecía tan real como la de Marga.

—Pues mirar a su derecha, en este mismo banco.

Entonces Damián, forzando mucho la vista, acabó por distinguir en el otro extremo del asiento los tenues contornos de un hombre que, como él, también tenía el cuerpo transparente. Parecía sonreír, y le tendía una mano que, tras algunas vacilaciones, Damián estrechó con ansiedad. Sintió una alegría inmensa cuando comprobó que no era aire lo que asían sus dedos, sino una mano tan real y sólida como la suya. ¿De dónde había salido aquel hombre?



—Me llamo Luis, disculpa que todavía no me haya presentado. Bienvenido al mundo de las personas transparentes. ¿O acaso creías que tú eras un caso único?

—Mi nombre es Damián. Y sí, tienes razón: creía que mi mujer y yo éramos casos únicos. — Le temblaba la voz, no sabía bien cómo reaccionar ante aquella situación insólita. Aún no estaba del todo seguro de que aquella persona no fuese una alucinación creada por su cerebro. Se sentía ridículo hablándole al aire, menos mal que el parque seguía desierto y no existía el peligro de que alguien se burlara de él—. ¿Cómo me has podido ver? ¿Y qué quieres decir con eso de las personas transparentes?

—Tranquilízate, Damián; piensa que estoy en la misma situación que tú. También yo me sentí perdido y solo cuando me ocurrió. Fue un milagro que Susana diera conmigo antes de hacer algo irremediable.

El hombre parecía real, y sus palabras sonaban tranquilizadoras, pero Damián no acababa de estar convencido. Al cabo de unos minutos, preguntó:

—¿Entonces es contigo con quien he hablado antes? ¿Cómo has sabido a qué películas me

refería?

—Pues porque me encanta el cine, y ya veo que a ti también. ¡Es una suerte, así ya tenemos otra cosa más en común!

Luis se levantó del banco, como si se hubiera cansado de estar sentado tanto tiempo, y se situó frente a él. Damián seguía sin verlo, pero distinguía perfectamente el movimiento del aire que producía al desplazarse.

—Solo quiero ayudarte, ni tú ni tu mujer tenéis por qué estar solos —continuó Luis—. Si me acompañas, descubrirás que las personas invisibles somos muchas, bastantes más de las que nunca te hayas imaginado.

—¿Qué dices! ¿De verdad hay más gente como nosotros?

—¿Cómo no va a haberla! Somos cientos, solo en esta ciudad. Y suponemos que todavía existen muchas más como tú, personas que creen ser las únicas y pueden caer en la desesperación al sentirse solas. Por eso se creó el Grupo de Rescate.

—¿Qué Grupo de Rescate? —Las palabras de Damián aún transmitían incredulidad, aquella conversación le parecía más fantasiosa que las de muchas películas.

—Los del grupo somos los encargados de buscar a las personas como tú. Susana, la mujer de la que te he hablado antes, es quien lo dirige. Recorremos diversos lugares de la ciudad, esta es la zona que yo tengo asignada. Muchos días no conseguimos hablar con nadie, no es fácil distinguimos si no se está cerca. Y también me encuentro personas que, cuando las abordo, huyen asustadas. Por suerte, tú has reaccionado muy bien.

Damián decidió dejarse llevar por aquel hombre de voz amable, no tenía nada que perder. Salieron del parque y echaron a andar hacia las calles del centro. De vez en cuando, Luis se detenía y miraba el espacio más cercano, como si buscara algo; a veces, tras esa búsqueda, sonreía y hacía con la mano un breve gesto de saludo.

—¿Qué haces? —preguntó Damián.

—No somos tú y yo las únicas personas transparentes que caminamos en este momento por la calle. Hay muchas más. Lo que hago es saludar a las que conozco.

—¿Pues yo no distingo nada!

—Tienes que fijarte. Los transparentes dejamos un rastro en el aire al movernos, no es difícil si sabes reconocerlo.

—No sé si creerte o no. Yo no veo a nadie —respondió Damián, que miraba a su alrededor sin ver más que a las personas que caminaban por la calle, todas con el cuerpo bien visible.

—Pues están ahí, igual que estamos tú y yo. Somos tan reales como la materia oscura que constituye la mayor parte de la existente en el universo, a pesar de que los astrónomos sean incapaces de detectarla.

Continuaron caminando a buen paso, Luis parecía saber bien a dónde se dirigían. Cuando llegaron a las puertas del centro comercial en el que había robado las películas por la mañana, le dijo a Damián:

—Tú haz lo mismo que yo, verás como acabas entendiendo algunas cosas.

A continuación, se colocó frente a las grandes puertas, parado en mitad de la acera, y extendió la mano en actitud de pedir limosna. Damián lo imitó y también extendió la mano. La multitud que entraba y salía del centro comercial pasaba a su lado, pero nadie tropezaba con ellos. Todos los esquivaban, aunque desviasen la mirada o agachasen la cabeza para hacer más evidente que no los

veían. Tan solo algunos niños pequeños los miraban con ojos inocentes, como si tuvieran una percepción especial que se lo permitía.

Media hora después, Luis abandonó el lugar, y Damián fue tras él. Necesitaba una explicación que le ayudase a entender aquellos hechos.

—¿Aún no lo comprendes? —le contestó Luis—. Toda esa gente nos ve; no sé de qué modo, pero nos ve. Tiene que ser así, porque si no chocarían alguna vez con nosotros, y ya has comprobado que no lo hacen. Pero no nos miran, porque para ellos no existimos. Quizá su indiferencia es la que nos convierte en transparentes. O invisibles, como prefieras.

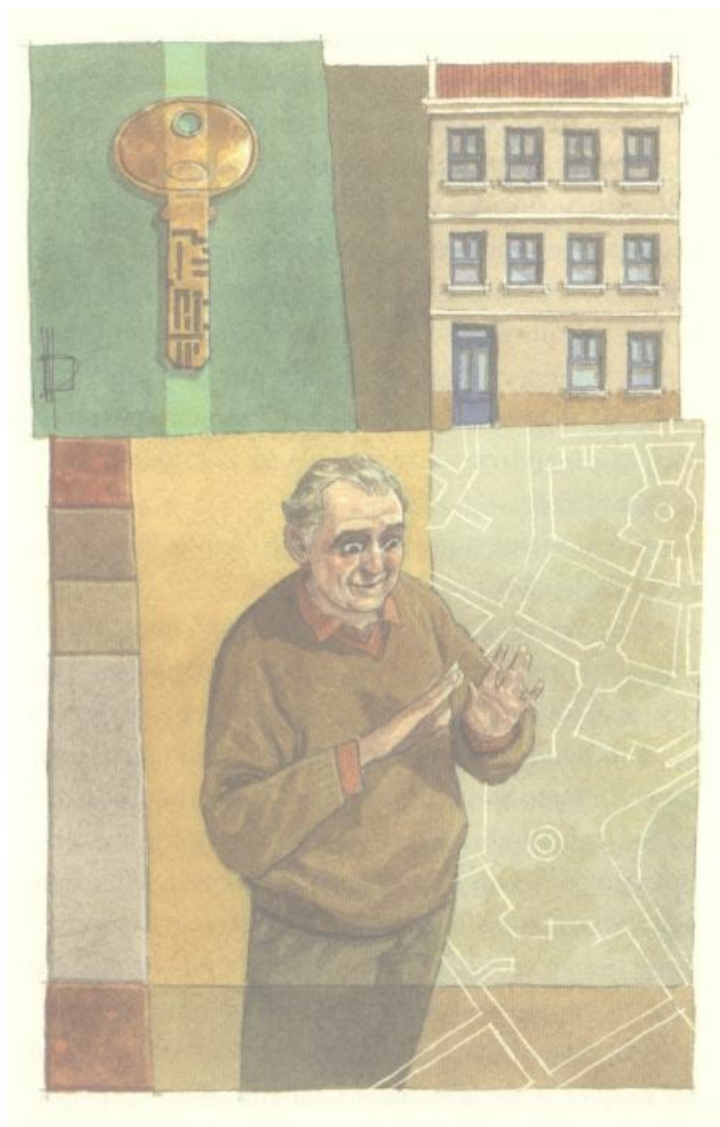
—¿Por qué nos pasa solo a nosotros? ¡Es como si estuviéramos condenados a no existir! —exclamó Damián, que había comprendido a medias los argumentos de Luis—. ¿No te parece terrible?

—Sería terrible si no hubiera un antídoto. Todavía no ha llegado el tiempo de renunciar a la esperanza —contestó su nuevo amigo, esbozando una sonrisa que Damián solo pudo intuir—. Acompáñame, anda; todavía tengo que enseñarte lo más importante.



Después de recorrer varias calles del centro, llegaron a un barrio donde Damián nunca había estado. Se pararon ante una casa de tres plantas que, a primera vista, no se diferenciaba de las otras de alrededor. Luis abrió la puerta con una llave que, en su mano, brillaba como si fuera de oro, y entraron en el edificio. Damián pronto comprobó que aquella no era una casa corriente; lo que tenía ante sí era un amplísimo bajo, ocupado por lo que parecía ser un conglomerado de talleres y despachos separados por paneles de poca altura. Varios grupos de hombres y mujeres se movían por aquel espacio, ocupados en diferentes trabajos. Pero todos eran perfectamente visibles, no parecían tener nada en común con ninguno de los dos.

Fue entonces cuando se llevó la mayor sorpresa de su vida. Junto a él, como si efectuase un improvisado número de magia, Luis acababa de recuperar la visibilidad. Y, al mirarse, Damián comprobó que su cuerpo recobraba también la consistencia de otros tiempos. ¡Volvía a ser visible! ¿Qué misterio era aquel?



—Aquí tienes el antídoto —le dijo su amigo, sonriendo—. Todas estas personas son invisibles fuera de aquí, puedes comprobarlo en cuanto se marche alguna de ellas. Lo que las vuelve visibles es el hecho de estar juntas. ¡Nuestra transparencia desaparece cuando nos unimos!

—¡Eso es magnífico! ¡Cuánto me gustaría que Marga estuviera aquí!

Damián contemplaba atónito su cuerpo, y el de Luis, y el de tantas personas como allí había. Con el paso de los minutos, su inicial entusiasmo fue disminuyendo hasta desaparecer. Después, objetó con tristeza:

—Pero no podemos estar siempre juntos. Cada uno de nosotros tiene su propia vida.

—Es cierto lo que dices. Por eso, necesitamos saber unos de los otros, conocernos todos los que estamos en la misma situación —respondió Luis—. La gente que ves aquí se encontraba tan perdida y aislada como tú, era necesario que alguien la uniera. ¿Entiendes ahora por qué te he abordado en el parque? —Al rato, añadió—: Es mi trabajo, y también el de otra gente: descubrir a las personas transparentes que todavía se encuentran perdidas y no saben de nosotros.

Damián permaneció mudo, fascinado ante el continuo ir y venir de aquella gente, que le

recordaba el movimiento incesante de una colmena. Tantas novedades en un mismo día no eran fáciles de asimilar. Lo que más deseaba en aquel momento era contarle todo a Marga, explicarle que se habían acabado la soledad y el miedo, por fin recuperarían la alegría de vivir. La voz de Luis lo sacó de su ensimismamiento:

—Ven, te voy a presentar a Susana. Es la responsable de los Grupos de Rescate.

Se acercaron a uno de aquellos despachos. En él, una mujer de unos cincuenta años hablaba con otras dos más jóvenes, las tres delante de un plano de la ciudad dividido en múltiples zonas por líneas de colores. Damián se sentía cohibido en su presencia; no estaba acostumbrado a relacionarse, y menos después de tantos meses sin trabajo. Además, le costaba adaptarse a la visibilidad que acababa de recuperar. Pero sus recelos fueron desapareciendo en cuanto comprobó que las tres lo recibían con entusiasmo.

—Eres la novena persona que se incorpora al grupo en lo que va de semana —comentó Susana, tras las presentaciones—. A este paso, vamos a tener que crear un tercer centro en otro distrito de la ciudad.

—Necesitamos reunir a más gente, ya lo ves —añadió Luis—. Este puede ser también tu trabajo de aquí en adelante; precisamos del esfuerzo de todos para encontrarnos. Aunque, si lo prefieres, puedes incorporarte a alguno de los grupos de trabajo que funcionan aquí.

Durante las horas siguientes, Damián conoció a muchas de las personas que allí trabajaban. Hombres maduros, chicos de piel intensamente negra, mujeres jóvenes y de mediana edad... Iba de sorpresa en sorpresa, asombrado ante tantos proyectos como le contaban aquellos nuevos compañeros suyos. Desde allí se atendían las necesidades de la población invisible, les facilitaban la vida diaria a través de una red de servicios que cubría toda la ciudad. Vivienda, ropa, alimentos, libros, medicinas... todo se gestionaba desde aquel lugar. Otros grupos elaboraban planes de futuro, pues contaban con llegar a muchos invisibles más y hacer realidad la red «Rosa Parks», una vasta estructura de centros distribuidos por toda la urbe. Sabían que lo mismo estaba sucediendo en otras ciudades con las que mantenían contacto; algún día la red sería tan extensa como el mundo, esa era la esperanza que los movía.

Al anochecer abandonó el local. Debía volver a su casa, necesitaba contarle a Marga todo cuanto le había ocurrido. Aquella no sería otra noche de tristeza, se les habían abierto las puertas de la esperanza. Mañana tenía que volver con ella al centro, no solo para enseñárselo, sino para poder contemplarla con su cuerpo visible. Ansiaba ver de nuevo su rostro, su sonrisa; comprobar cómo los ojos le brillaban de alegría ante tantos amigos nuevos y la promesa de un futuro compartido.

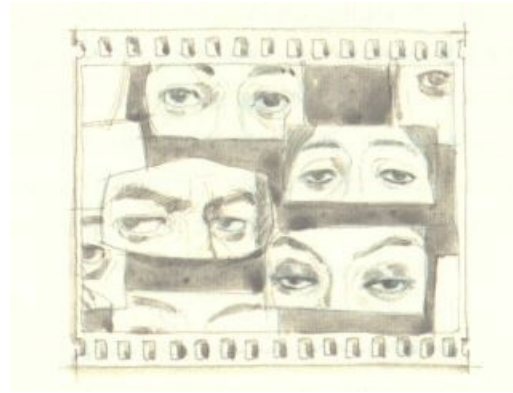
Mientras atravesaba las calles de la ciudad, constató una vez más cómo las otras personas pasaban a su lado sin verlo, pues se había convertido de nuevo en un hombre transparente. Pero ahora no le importaba. Sabía que, algún día, aquellas mismas calles estarían abarrotadas de personas como él, y entonces no tendrían más remedio que fijarse en ellas y hacerles caso. Una vez más, acudieron a su memoria las palabras adecuadas, las que él solo nunca hubiera logrado encontrar sin la ayuda del cine. Como si tuviera la pantalla delante, rememoró los planos finales de *Las uvas de la ira*, una película que había recordado más de una vez en los últimos meses, pues se sentía muy cerca de aquellos campesinos que, tras la Gran Depresión de 1929, la sociedad

expulsaba como si fueran objetos inservibles. Vio a Henry Fonda pronunciando el vibrante discurso que siempre le provocaba las lágrimas y le ponía un nudo en la garganta. Y, emocionado, repitió en voz alta las frases que decía la madre de la familia, Ma Joad, y que cerraban la película: «Nunca podrán acabar con nosotros, ni aplastarnos. Siempre saldremos adelante, porque nosotros somos el pueblo».

Damián se dejó inundar por la ola de emoción y de entusiasmo que le producían aquellas palabras. Y sonrió al imaginar la futura riada de hombres y mujeres que acabarían por reunirse, un número más que suficiente para mantenerse visibles. Marga y él, formando parte de aquel río de personas, unidas codo con codo, llenando las calles y plazas de la ciudad, de todas las ciudades, decididos a construir un mundo nuevo. Un mundo mejor y más justo, que nunca más condenase a nadie a vivir en la invisibilidad.

**TOMAS EXTRA**

## 1. La cabina de los sueños de Damián



Por muchos años que viva, Damián nunca podrá olvidar las sensaciones que experimentó la primera vez que entró en la cabina del Cine Soñadores. Por aquel entonces era un joven sin experiencia al que le fastidiaba tener que dejar el instituto para trabajar en un oficio del que nada sabía. Además, aún no había vencido del todo la timidez, siempre estaba presente el temor a no saber desenvolverse en las nuevas situaciones que la vida le presentaba.

Su padre no entendía aquella pena suya por abandonar los estudios. «Muchos, en tu situación, matarían por este empleo. El horario es bueno, y no tienes que trabajar a la intemperie. Ya verás cómo te gusta», le había dicho. «Mañana estate allí a las cuatro y media; subes a la cabina y preguntas por el señor Alfredo, él ya sabe que vas a ir».

Damián llegó al cine cinco minutos antes de la hora. Sabía que debía entrar por una puerta lateral, por la fachada situada frente al edificio de correos. Ni estaba cerrada ni había timbre para llamar, así que abrió la puerta y se encontró ante unas escaleras empinadas que subió temeroso. Las escaleras acababan en un largo pasillo curvo, en cuyas paredes colgaban sucesivos retratos de los artistas de cine más populares. Tras recorrer una parte del pasillo, se topó con una escalera de estrechos peldaños que terminaba en una puerta de madera. Allí tenía que ser.

Golpeó con los nudillos y escuchó un sonoro «¡Adelante!». Abrió la puerta y se quedó fascinado, pues el mundo de allí dentro no se parecía nada al que acababa de dejar fuera. Un hombre mayor, de bigote y pelo blanco, vestido con una bata de color azul, lo recibió con un gruñido y le indicó que no siguiera allí parado, que cerrase la puerta y esperase un rato mientras ordenaba unas latas (*latas*, así llamó a los recipientes metálicos que guardaban las bobinas; era la primera vez que Damián oía ese nombre que luego le resultaría tan familiar).

Aquel tiempo que permaneció esperando quedaría marcado a fuego en su cerebro. Allí estaba, de pie, contemplando aquel recinto rectangular donde destacaban los dos proyectores situados a

su izquierda. Arrimadas a la pared de la derecha, la que tenía unas ventanas redondas como ojos de buey que daban a la calle, había dos mesas alargadas llenas de herramientas y otros objetos. Una caja, repleta de recortes de película, parecía una rara planta de hojas enredadas y retorcidas.

Desde el primer instante no pudo apartar la vista de la pared que tenía enfrente, ocupada por dos armarios de doble puerta que en aquel momento estaban cerrados. Los armarios no tendrían más de metro y medio de alto, por lo que quedaba libre un amplio espacio de la pared. Ese lugar aparecía cubierto de arriba abajo por múltiples pares de ojos, mirándolo de un modo que lo desasosegaba. Al acercarse, descubrió que se trataba de fotografías pegadas en la pared. Fotos recortadas, a veces de forma irregular, seguramente de primeros planos de rostros, de los que lo único que se conservaba era el rectángulo que contenía los ojos de la persona retratada.

Quien lo sacó de su ensimismamiento fue el hombre, que, tras darle la mano y presentarse, le preguntó con orgullo: «¿Qué, te gusta mi colección de miradas? Cuando nos llegan las fotos que mandan para la promoción de las películas, yo selecciono los rostros que me interesan. Después los recorto desde un poco más arriba de las cejas hasta la mitad de la nariz. Me quedo solo con los ojos, la mirada, la ventana por la que nuestra alma se asoma al exterior».

Ante el silencio de Damián, que contemplaba fascinado aquel arco iris de miradas, Alfredo continuó: «En este oficio pasamos muchas horas solos, así que es una forma de sentirse acompañado». Después, como el joven seguía absorto y mudo, señaló una de las fotos con una sonrisa pícaro: «¿Acertarías de quién son estos ojos?». Damián examinó la foto señalada, pero se sintió incapaz de reconocerla. «Son los de Rita Hayworth, —declaró Alfredo—. Y estos otros de aquí, los de Lana Turner».

El dedo de Alfredo saltaba de una a otra mirada como un caballo de ajedrez. Paul Newman, Marilyn Monroe, Montgomery Clift, Sara Montiel, Anna Karina, Ingrid Bergman, Silvana Mangano, Faye Dunaway, Dominique Sanda, Enrique Irazoqui, Claudia Cardinale... Una retahíla de nombres de los que Damián solo conocía unos cuantos, unas miradas con las que se tendría que acostumbrar a convivir.

Aquel fue el comienzo de la relación con Alfredo, que le enseñaría a manejar los proyectores y le desvelaría todos los trucos para resolver las dificultades que le pudieran surgir. Durante los primeros días, Damián no sospechaba que la cabina de proyección se iba a convertir en mucho más que su lugar de trabajo. Cuando aprendió los secretos del oficio, cuando Alfredo murió y se quedó él a cargo de todo, se asentó en su interior una sensación extraña: allí dentro él no era la misma persona, de alguna manera se convertía en un pequeño dios al poner en marcha los mecanismos del milagro que se producía en la pantalla durante cada proyección. Además, aquel recinto acabó siendo su refugio. En su interior, el mundo real se difuminaba y acababa por desaparecer. Aquel era el reino de las vidas dormidas en los rollos de celuloide, las vidas que él resucitaba cada noche, tal como ocurría en aquella novela misteriosa, *La invención de Morel*, que había, releído tantas veces.

Conservó los ojos que Alfredo había ido recortando, allí siguieron durante muchos años. También él sintió un impulso semejante, y acabó por cubrir la pared de la puerta, la única que quedaba libre, con algunas fotos promocionales de películas que habían dejado huella en él. Como un enorme tablero de ajedrez, solo que cada cuadro era un fragmento de vida. Allí estaban, en blanco y negro o en color, casi siempre en planos enteros o generales, imágenes únicas de películas inolvidables: la pandilla de *West Side Story* recorriendo la calle en una coreografía

magnífica, la lucha a muerte entre los gladiadores de *Espartaco*, los ancianos de la aldea danesa bailando felices en corro sobre la nieve en *El festín de Babette*, el patético Jack Lemmon de *El apartamento* escurriendo los espaguetis con una raqueta de tenis, la marcha de los cuatro camaradas de *Grupo Salvaje* decididos a morir matando, la sonrisa alegre de Catherine con sus dos amigos en *Jules y Jim*...

Extrañas vidas, extraña vida la suya, pensaba Damián a veces. El aroma del celuloide al calentarse, el ruido monótono del proyector, la pálida luz de las ventanas que se iba apagando conforme caía la tarde, las reacciones de la gente en el patio de butacas... eran sensaciones que, muchas veces, provocaban en él un sentimiento muy parecido a la felicidad.



## 2. Fascinación por Julianne Moore



En el gran tablero de ajedrez en que acabó convertida la pared de la cabina, hay dos cuadros que ocupan un lugar de privilegio. En ambos aparece, en un plano medio que permite distinguir todos los detalles de su rostro, una mujer de pelo rojo y ojos verde azulado. En uno de ellos está sentada en un banco de madera, vestida con una camisa blanca y una chaqueta de punto, ropa informal, como de andar por casa. Tiene a su lado a una chica con un vestido estampado, que la observa con ansiedad. Damián recuerda perfectamente la escena, se sabe de memoria los diálogos de esa película mágica, *Vania en la calle 42*, la narración de un ensayo que una compañía de teatro hace de *Tío Vania*, el drama de Chejov. En aquella secuencia, la hija del que ahora es su marido le pregunta si es feliz, casada con un hombre tan mayor. Y ella, con la risa más triste que Damián ha escuchado nunca, con la mirada oscilando entre la pena y la ternura, responde que no, que de la vida esperaba cosas bastante mejores.

En el otro cuadro, la misma actriz aparece con un elegante traje violeta y un abrigo de un azul grisáceo. Tanto el peinado como la ropa que viste nos indican que es una mujer de clase acomodada. Junto a ella, hay un hombre negro con chaqueta de grandes cuadros verdes y castaños. Es otoño, amarillean las hojas de los árboles, y los dos mantienen una conversación que se adivina cálida. No se tocan, por supuesto, pues la película transcurre en los EE. UU. de los años cincuenta, cuando las normas sociales no permitían tal cosa entre un negro y una mujer blanca. La mirada de la actriz abraza al hombre con el cariño más intenso, mientras bebe ansiosa cada una de las palabras. ¡Cuántos sentimientos puede transmitir un rostro!

La mujer de los dos cuadros es actriz, se llama Julianne Moore y nació cuando Damián tenía seis años. Aunque en el cine eso importa poco, porque rodó *Vania en la calle 42* a los treinta y cuatro años y *Lejos del cielo* a los cuarenta y tres. Esas son las edades con las que permanecerá siempre, sin que el paso del tiempo deje huellas en su rostro.

Para Damián, es la actriz más sublime de todas a las que él ha dado vida con el proyector.

Sabe que no es especialmente guapa, sobra quien le gane si nos guiamos por los estándares sociales de belleza. Y, sin embargo, esa mujer lo fascina cada vez que su mirada intensísima aparece en la pantalla. ¿Dónde residirá el encanto? En su cabello pelirrojo, en la expresión que tan bien recoge los matices de la vida, en el hechizo de su mirada... ¡Quién sabe! Tal vez, en la imposibilidad de entrar en su misterio reside el atractivo de esta mujer.

Damián conserva en una carpeta las fotos que ha ido acumulando de ella. Y en una caja, recortes de celuloide de las películas en las que ha trabajado. Sabe que algunas son mediocres, trabajos alimenticios que un actor se ve en la obligación de aceptar, pero no le importa. Si algo las hace valiosas para él es el regalo de su presencia.

Cuando tuvo que abandonar el Cine Soñadores, los únicos cuadros que rescató de la pared fueron los dos de Julianne Moore. Ahora están en la balda superior de su biblioteca, en una carpeta que visita de vez en cuando. Y que seguirá visitando mientras viva porque, a pesar del paso de los años, esa mujer permanecerá tan real y tan cercana como en el momento fugaz en que la cámara inmortalizó su rostro.

### 3. Un empresario ejemplar



Tras varios años de ansiosa espera por parte de don Carlos, su padre, el viejo don Prudencio, que se empeñaba en mantenerse al frente del negocio hasta el último día, abandonó por fin este mundo después de una larga lucha contra un corazón desgastado.

Desde que el notario hizo oficial el testamento del viejo, Carlitos, como lo llamaba su padre, comenzó a poner en marcha el plan que llevaba años madurando. Había estudiado Ciencias Económicas en Londres y Milán, en buena medida por contentar a su padre, que soñaba con verlo al mando de Prudesa Films cuando él faltase. Tanto estudiar no había sido un esfuerzo inútil, porque la carrera le había servido para entender las claves del negocio financiero y, sobre todo, para descubrir un camino que lo llevaría a vivir sin dar golpe, su máxima ambición desde la adolescencia.

El descubrimiento se había producido sin que él moviera ni un dedo. Un día, en las oficinas de la empresa, encontró un gran mapa de la ciudad extendido sobre una de las mesas, en el que alguien había señalado con un rotulador la situación de las cinco salas que regentaban. Se le abrieron los ojos en cuanto lo examinó. Dos de los cines —el Soñadores y el Maravillas— estaban en el mismo centro de la ciudad, en el corazón del pequeño espacio donde el precio del metro cuadrado alcanzaba valores astronómicos. La situación del Roxy y del Paraíso también era envidiable, pero tenían el inconveniente de encontrarse situados en la Ciudad Antigua, considerada ZPE (Zona de Protección Especial). Y el Novedades, que hacía unos años quedaba tan a desmano, ahora se había visto revalorizado por la reciente urbanización del barrio en el que se ubicaba.

¡Aquellos cinco edificios valían un potosí! Y más si se tenía en cuenta que don Prudencio siempre había hecho honor a su nombre en lo que respecta al dinero y había tenido la lucidez de ir comprando con las ganancias diversos pisos de los inmuebles donde se situaban los cines. ¡Un tesoro, tenía entre manos una fortuna! Si jugaba bien sus cartas, Carlitos podría hacerse de oro.

El primer paso fue construirse una sólida posición social, ahora que por fin se podía considerar un empresario. Se hizo socio del Club de Golf, del Club de Tenis, del Club Financiero, del Círculo de Chacales, de Depredadores Unidos... No tardó en ser reconocido en los ámbitos de las finanzas y la especulación; se convirtió en una figura de referencia e incluso llegó a ser nombrado presidente de la Asociación de Empresarios Voraces. Había tenido que esforzarse mucho, pero ya estaba en el centro de la telaraña, el lugar idóneo para deslizar el rumor de proyectos futuros. Ahora solo había que esperar.

No tardaron en aparecer los tiburones. Personas con enormes cantidades de dinero opaco en paraísos Escales o en la caja fuerte de su vivienda, promotores audaces y ambiciosos, ávidos directores de banca... Los múltiples contactos culminaron en una cena secreta en un restaurante de las afueras, a la que únicamente asistieron nueve personas. Entre ellas, el alcalde de la ciudad y el propietario del principal periódico local y de las dos emisoras de radio de mayor audiencia.

Tras los acuerdos que allí se tomaron, el resto no consistió más que en ir moviendo las piezas como en una partida de ajedrez, con la ventaja de que aquí el contrincante ignoraba que había comenzado el juego; lo único que había que hacer era avanzar sin que nadie se diera cuenta de los movimientos.

Tres bancos pujaron por otorgar los créditos que se precisaban. Los medios de comunicación llevaron a cabo una eficaz campaña entre la ciudadanía: «El pasado no puede frenar la llegada del tren del progreso», esa fue la idea reiterada. Las generosas comisiones a las personas oportunas hicieron el resto. Así se produjeron los cambios en el plan de urbanismo, así perdieron dos edificios la categoría de Bien de Interés Patrimonial, así fueron abandonando sus pisos los vecinos que vivían encima de los cines, así se otorgaron los necesarios permisos de demolición y construcción. Solo quedaba cerrar las cinco salas y mandar al paro a los cuarenta y nueve empleados de Prudesa Films. «Así es la vida, o comes o te comen», repetía don Carlos cada vez que el espejo le devolvía su imagen.

Así que toda la pantomima que Damián vivió en aquel despacho (que si modernizar las salas, que si dar la batalla para recuperar el esplendor perdido, que si los cines huían del centro de las ciudades, que si su ocaso era inevitable...) no era más que una sarta de mentiras, pura palabrería para engañar a los empleados y calmar a los numerosos amantes del cine que enviaban cartas furiosas a los periódicos.

En realidad, se trataba solo del último movimiento antes de derrumbar las cinco salas y dejar en el paro a los empleados. Cuando todo acabase, don Carlos reuniría una insultante cantidad de dinero en las cuentas que mantenía abiertas en tres paraísos fiscales. Y entonces su anhelado sueño de vivir sin dar golpe estaría por fin al alcance de su mano.

## 4. Una foto para los días de tristeza



También el cierre del Cine Soñadores fue una catástrofe para Marisa, la taquillera. Lo fue porque ingresar en las listas del paro siempre es un drama, y más con cuarenta y tres años recién cumplidos. Y lo fue, sobre todo, porque aquello significaba dejar de ver cada día a Damián.

Cuando consiguió el empleo en el cine, aún era muy joven. Había entrado a los veintinueve años, le faltaban unos meses para los treinta. Antes había tenido otros dos empleos, de reponedora en un supermercado y de dependienta en una zapatería. Pero el trabajo en el cine, aunque monótono, se adaptaba como anillo al dedo a sus necesidades.

Vivía sola, con la única compañía de su padre; la madre hacía cinco años que había muerto. Y el padre, devorado por la artrosis, necesitaba la ayuda de una persona para valerse. Así que, al dejarle libres las mañanas, el empleo en el Soñadores era perfecto para ella. Aunque esa era la explicación que ofrecía, Marisa sabía perfectamente lo que de verdad la ataba al trabajo: la presencia de Damián, por el que se había sentido atraída desde el momento en que lo conoció, y del que se había enamorado sin remedio la tarde en que subió por primera vez a la cabina de proyección, mediada ya la película, y lo oyó hablar de su oficio con una pasión contagiosa.

Desde aquella fecha, todos sus anhelos amorosos estuvieron centrados en Damián. Lo encontraba muy atractivo, así como elegante y educado. Además, aquel aire de estar siempre con la cabeza en otra parte, como si habitase un mundo muy alejado de la mediocridad de los días, todavía le otorgaba un atractivo mayor.

Enseguida se enteró de que tenía cuarenta y un años, de que estaba casado, de que había un hijo por medio. Y no tardó en comprobar que Damián era extremadamente amable con ella, que le hablaba siempre con palabras cariñosas, pero que no pasaba de ahí. A pesar de la frustración que eso le suponía, verlo cada tarde era una alegría; despedirse de él por la noche, una amarga herida. Le encantaba escaparse para ir a visitarlo a la cabina, aunque solo fuese un cuarto de hora, y

llevarle un poco de café con leche en el termo a cambio de que él la cautivase con alguna de sus historias.

De vez en cuando, como delante de él aparentaba interés por el cine, Damián le prestaba algunas películas en DVD para que las viese en casa. Marisa no dejaba nunca de hacerlo, con la secreta esperanza de que alguna contuviera un mensaje oculto que ella enseguida desvelaría. Le pareció encontrarlo en un film extraño del que poco entendió, obra de un chino de nombre impronunciable, que había tenido la ocurrencia de titularlo con un número: 2046. En una escena que contempló repetidas veces, uno de los personajes pronunciaba unas frases que Marisa anotó excitada en un cuaderno:

*El amor es una cuestión de oportunidad.  
De nada sirve encontrar a la persona idónea  
demasiado pronto o demasiado tarde.*

Sí, enseguida entendió el mensaje contenido en aquellas palabras. No solo la separaban doce años de Damián, sino el hecho de que él estuviera casado y enamorado de su mujer. ¡Demasiado tarde! El destino, esta vez, le había mostrado su rostro más amargo.

Un día, Damián los invitó a ella y a Manolo a tomar café en su casa. Celebraban que su hijo había terminado la carrera, un hecho así bien merecía un poco de fiesta. Tomaron café, se comieron una tarta de moras excelente y brindaron con cava. En un momento dado, Marisa sintió la necesidad de ir al baño y se dirigió a Marga para preguntarle dónde estaba. De camino por el pasillo, pasó por delante del dormitorio de la pareja y no quiso resistir la tentación de echarle un vistazo rápido. Sobre la coqueta, había diversas fotos en sus correspondientes marcos, cuidadosamente ordenadas. Las típicas fotos familiares, nada que le llamase la atención, excepto una de ellas, un retrato de Damián sentado a la orilla de un río, sonriéndole a la cámara con esa expresión de desvalimiento interior que a ella la emocionaba. Tras unos instantes de vacilación, la cogió y se la guardó en el bolso inmediatamente.

Por la noche, cuando llegó a casa después de la última función del día, la sacó del marco y la metió en un estuche que guardaba en la mesilla. El marco, que tampoco era de mucha calidad, lo desencajó con unos cuantos martillazos y tiró los pedazos a la basura. Mientras lo golpeaba con el martillo, le vino a la memoria la canción inicial del Sgt. *Pepper Lonely Heart's Club Band*, aquel disco de The Beatles que tanto le gustaba: «En el club de los corazones solitarios, sí; ese es mi verdadero lugar».

Ahora contempla la foto cada vez que se refugia en su cuarto, sobre todo en los momentos en los que la soledad la inunda, como la niebla a la ciudad en los días invernales. Es lo único que le queda de Damián, el hilo que mantiene tenuemente vivo su amor: una foto para los días de tristeza.

## 5. Frente a la puerta de Brandeburgo, Ismael contempla el cielo de Berlín



Hace frío por la noche en Berlín. Ismael camina por Unter den Linden con Karen, la persona que el azar ha traído a su lado para cambiarle la vida. Se levanta el cuello del anorak y se protege con la bufanda que guardaba en su bolso. Karen viste un jersey rojo y lleva su anorak en la mano. Para ella no hace frío, aquello no es nada comparado con los inviernos en Copenhague, cuando la nieve y el aire helado del Báltico parecen querer apropiarse para siempre de la ciudad.

Los dos caminan a buen paso, agarrados de la mano, pero aminoran el ritmo de su marcha al llegar a la grandiosa Puerta de Brandeburgo, el lugar que sirvió de escenario a tantos momentos trascendentales de la historia, algunos de ellos tan amargos. Aún permanecen en el suelo los rastros del muro que durante tantos años dividió en dos a la ciudad. ¿Cuándo lo derribaron, en el ochenta y nueve? Por aquel entonces Ismael tenía cinco años, mal podía imaginar que algún día se encontraría en aquel espacio, un lugar que sobrecoge por las extraordinarias dimensiones de la plaza, por la puerta de inmensas columnas, por la majestuosa quadriga de bronce que la corona.

Hace frío en Berlín, pero la noche está preciosa. El cielo estrellado cubre sus cabezas como una manta acogedora. Se sientan en un banco de la zona menos iluminada y, casi tumbados, levantan los ojos hacia lo alto. Ismael mira las estrellas y de inmediato recuerda a su abuelo materno y los veranos de su infancia en el pueblo. El abuelo conocía todas las constelaciones y le enseñaba a identificarlas, además de iniciarlo en las maravillas del universo con la ayuda del telescopio que colocaba en la terraza de la parte trasera de la casa. Allí se sentaban los dos, en las cálidas noches del verano de Allariz, y se les iban las horas explorando el mapa del cielo en todas direcciones.

La mayor parte de ellas ya se le han olvidado, pero aún recuerda el nombre de algunas constelaciones y se las va señalando a Karen, que se acerca un poco más a él y extiende el anorak

para que cubra el cuerpo de los dos. Algunas estrellas parecen estar tan próximas que semejan tocarse, pero Ismael sabe que es solo una ilusión; que, en realidad, las separan distancias astronómicas. Cada estrella está sola, a su alrededor únicamente existe el vacío.

Cada estrella está sola... Las piezas de su vida acuden caóticas a la cabeza de Ismael, convocadas por el recuerdo de la soledad. La experiencia de tener un padre que parecía vivir en un mundo paralelo de películas y libros; la infancia sin la compañía de amigos con los que jugar, y la pasión temprana por el ajedrez que le sirvió de refugio; el amor de una madre que, de tanto cariño, le cortaba las alas cuando necesitaba volar por su cuenta; su brillante etapa académica, tan fácil de llevar, porque ni él se explicaba el origen de esa rara facilidad suya para resolver los problemas más complejos. Había estudiado Matemáticas y Física sin esfuerzo, como un juego que le apasionaba y divertía. Pero siempre se había sentido solo.

Ahora estaba en Berlín, en el Max-Planck-Institut, trabajando en su tesis sobre la teoría de las supercuerdas, bajo la dirección del insigne Peter Gruss. Internarse en el único campo de la Física que permanecía inexplorado, afrontar los retos ante los que habían fracasado Albert Einstein y tantos otros científicos; ese era el trabajo apasionante que le ocupaba todas las horas del día.

Haría unos tres meses, de una manera casual, Karen apareció en su vida, y todo cambió de un día para otro. Una semana después de conocerse, Ismael se mudó al apartamento de ella para vivir juntos. Ambos siguen trabajando duro, deben avanzar en las respectivas tesis que los han hecho coincidir en Berlín, pero nada los hace tan felices como disfrutar de los momentos que les deja libres el trabajo.

A Ismael le encanta todo lo que hace Karen. Él no sabe danés, ni ella gallego, y el alemán todavía lo tienen muy verde, así que los dos se entienden en inglés. En el apartamento hay libros en cualquier lugar que se mire, Karen no podría vivir sin la lectura. Como la mayoría son de autores daneses, ella suele traducirle en voz alta los fragmentos que más le agradan. Ahora está con la obra de un poeta, Henrik Nordbrandt, e Ismael ya ha anotado algunos versos que le han parecido bellísimos. Hay uno, en concreto, que parece escrito para él: *Det har vceret nat halvdelen af mit liv* («La mitad de mi vida ha sido noche»).

Durante los meses de su estancia en Berlín, la mayor preocupación de Ismael era la situación de sus padres. Todo se juntaba: la prejubilación de su madre a una edad tan temprana y el cierre definitivo del Cine Soñadores, que había convertido a su padre en un parado más. Cuando hablaba por teléfono, casi siempre con Marga, ella insistía en transmitirle la idea de que todo iba bien por casa y de que no debía preocuparse por ellos. Pero no había que ser muy perspicaz para darse cuenta de lo que se escondía tras el triste tono de su voz, de los silencios, de algunas frases espontáneas... Parecía evidente que algo marchaba mal, quizá también entre ellos.

Claro que esta sensación había desaparecido en las dos últimas llamadas, un cambio que lo había dejado sorprendido y desconcertado. Su madre le había hablado con un tono exultante, animosa, haciendo múltiples planes, confiada en el futuro. Y su padre, en vez de las rutinarias frases de otras veces, le había transmitido tanto entusiasmo que había conseguido emocionarlo. Nunca los había sentido tan cercanos, tan llenos de vida. Algo había cambiado en ellos, algo había sucedido, aunque ninguno de los dos le quisiera dar ninguna pista.

Karen apoyó la cabeza sobre su hombro. Ismael pensó que, quizá por primera vez, los cuatro habían sido tocados por la felicidad. En su caso era evidente. Karen iluminaba de modo intenso su vida, su encuentro había marcado un antes y un después. Ansiaba viajar con ella a Copenhague,



acercarse al castillo de Hamlet en Helsinborg, recorrer las pequeñas islas y los bosques silenciosos... Y aprender también su lengua, con aquellas grafías que ya no le resultaban extrañas, porque eran con las que escribía su amor.

Ismael contempló las estrellas y el cielo infinito que los acogía bajo su protección. Y después abrazó a Karen y la besó como si aquel fuese el primer beso que los humanos se daban bajo el firmamento. Por primera vez en veinticinco años, sentía que todo estaba bien, en casa de sus padres y en la que compartía en Berlín con su amada. Las cuerdas del universo que él se esforzaba en descubrir parecían vibrar con la armonía que siempre había soñado. Sí, como escribió aquel poeta que le había recomendado Lucía, otra gallega nómada que andaba por Berlín, «la fuerza de nuestro amor no puede ser inútil».

## 6. La floristería de Marga



La idea se le ocurrió a Aida, la compañera de sección de Marga en Casa y Hogar. Ya llevaban bastante tiempo trabajando juntas, entre las dos atendían una planta completa de la tienda; se habían caído bien desde el primer momento, no tardaron en hacerse amigas íntimas. Para Marga, además, la relación con Aida supuso una ampliación de horizontes, descubrir que había vida más allá del hogar y del trabajo. Hacía años que Aida había puesto fin a un matrimonio que nunca funcionó; ahora vivía sola y devoraba libros con una pasión contagiosa, disfrutaba contándole a Marga sus lecturas: las historias, si se trataba de una novela, o las ideas, si andaba a vueltas con algún ensayo, sobre todo de carácter feminista.

Una mañana llegó al trabajo visiblemente excitada, ansiosa por hablar con Marga. El día anterior, por una casualidad, se había enterado de que se alquilaba un bajo muy próximo al Hospital Materno Infantil, la institución donde tenían lugar la mayoría de los nacimientos de la ciudad. Era la ocasión propicia para hacer realidad la idea sobre la que llevaban tanto tiempo fantaseando: montar una floristería, dejar de trabajar para otros, hacerse cargo de su propio negocio. Aida ya tenía experiencia, había trabajado de empleada en una floristería durante un tiempo, y afirmaba que en aquel lugar el negocio estaba asegurado.

Marga enfrió el entusiasmo de su amiga, aquel le parecía un paso demasiado arriesgado. Aun así, a la salida del trabajo la acompañó a visitar el local, pues ya había quedado citada con la chica de la agencia que lo llevaba. La excitación de Aida estaba justificada, a Marga no le costó nada contagiarse de ella: el bajo era amplio, daba a dos calles y estaba a menos de treinta metros del hospital. Un lugar excelente, tendrían clientela garantizada todo el año.

Durante los siguientes días no pararon de hacer números. El alquiler mensual, las reformas que necesitaba el recinto, la compra de una cámara de conservación, la elección de los proveedores y el ajuste de precios... La suma de los gastos era cuantiosa, los ahorros que reunían

entre las dos no llegaban a nada. Había que pedir un préstamo.

Las gestiones con el banco le revelaron a Marga una faceta de la realidad de la que nada sabía. Cada visita a las oficinas era para ella como entrar en una piscina infestada de tiburones. El hombre con el que negociaron (el mismo que, años más tarde, ya como director, se apresuraría a prestarle a don Carlos el dinero que quisiera) era un maestro a la hora de crear dificultades. Al final, tuvieron que poner como garantía el piso de Aida, ante la negativa acalorada de Damián con respecto al que poseían en común. El préstamo tenía unos intereses abusivos, pero no había otro camino: cerraron los ojos y se lanzaron al vacío.

Solicitaron la liquidación en la empresa, necesitaban todas las horas del día para atender a las múltiples tareas previas a la apertura de la tienda. En aquel tiempo, Marga leyó todo cuanto libro encontró sobre flores y plantas, sobre confección de ramos y de centros, sobre interiorismo y gestión de negocios. Por fin llegó el día de la inauguración, a la que invitaron a sus amistades. Damián también asistió, fue la primera vez que pisó la tienda. El rótulo con el nombre elegido lucía vistoso en ambas fachadas:

AIMAR  
La Casa de las Flores

Durante las primeras semanas, los clientes crecieron de manera continuada. Tal como Aida había pronosticado, las mayores ventas correspondían a ramos de rosas que acababan en algún cuarto del hospital. Cuando ya llevaba dos meses abierto, comprobaron que el negocio comenzaba a producir beneficios. Tras todos los pagos, alquiler y cuota del préstamo incluidos, aún quedaba un margen de dinero limpio. No llegaban ni de lejos a sus salarios anteriores, pero intuían que estaban en el buen camino.

Medio año después de la inauguración, cuando todo discurría de un modo favorable, descubrieron con inquietud que habían empezado a hacer obras en un bajo situado justo enfrente de la puerta del hospital. Con las primeras indagaciones, llegó la confirmación de sus temores: uno de los operarios que trabajaba allí les aseguró que las obras se hacían por encargo de una floristería.

Semanas más tarde, los temores se hicieron realidad: la nueva tienda, Un Mundo de Flores, abrió sus puertas y comenzó su actividad. El local era tres veces más grande, y el negocio lo atendían cuatro empleados, además de contar con una furgoneta de reparto propia. Lo visitaron, sin decir quiénes eran, y se quedaron desoladas. Los precios de las rosas, de los ramos, de los centros, incluso de los abonos o de los tiestos, eran muy inferiores a los de su tienda. Lo hablaron con los proveedores, que se quedaron igual de extrañados que ellas. «Imposible, —les dijeron—. Con ese precio, forzosamente tienen que perder mucho dinero».

Los clientes empezaron a escasear, los ingresos diarios menguaban de manera progresiva. Desesperadas, fueron a hablar con el encargado de Un Mundo de Flores. Le confesaron quiénes eran y le preguntaron cómo hacía para vender la mercancía tan barata. El hombre fue sincero con ellas: «Miren, no es nada personal. Esta es una cadena de tiendas muy poderosa, y la política de precios la deciden los de arriba: los precios se mantendrán muy bajos hasta que desaparezca toda la competencia en quinientos metros a la redonda». «¡Pero entonces pierden un montón de dinero!», se escandalizó Aida. «Sí, pero ya lo tienen estudiado. Esto lo hacen solo mientras ahogan a la competencia. Después, enseguida suben los precios y las ganancias no tardan en llegar».

Ante aquella competencia depredadora, se vieron en la obligación de cerrar la tienda y reconocer su fracaso. Sacaron algo con la venta de la cámara de conservación y del mobiliario, pero fue insuficiente para liquidar el préstamo. Aún tuvieron que pagar durante varios meses, hasta que la deuda quedó saldada. Marga tuvo suerte y recuperó el trabajo en Casa y Hogar. Aida decidió no volver y encontró empleo en una tienda de material de oficina. Siguen viéndose de vez en cuando, la amistad entre ellas permanece viva.

Con el transcurrir de los días, Marga se dio cuenta de que aquellos meses locos y atareados, a pesar de todas las dificultades, habían dejado en ella una huella positiva. Le dolía el fracaso, naturalmente, pero también reconocía que nunca se había sentido tan libre, tan dueña de los caminos de la vida. Lo había intentado, ahora sabía que era capaz. Y esa idea le daba ánimos en los momentos más duros, cuando se le hacía cuesta arriba compartir su vida con un hombre que parecía vivir más en una película que en la realidad. A veces, cuando Damián no estaba, también ella miraba alguno de los DVD que llenaban los estantes, intentando entender aquella pasión que su marido manifestaba. De una de aquellas películas, *Sombras y niebla*, se le había quedado grabado un diálogo revelador:

«—Todo el mundo adora sus ilusiones.

»—¿Que las adoran? ¡Las necesitan igual que necesitan el aire!».

Sí, el cine no era la vida, claro que no. Pero, de algún modo, aquellas historias y aquellos fantasmas de luz ayudaban a entenderla y llenaban de esperanza el corazón.

# **LAS PELÍCULAS DE LA NOVELA**



EL CREPÚSCULO DE LOS DIOS (*Sunset Boulevard*, 1950).

**Dirección:** Billy Wilder

**Guion:** Charles Brackett y Billy Wilder

**Intérpretes:** William Holden, Gloria Swanson, Erich von Stroheim... *Sunset Boulevard*, título original del film, es el nombre de la avenida que cruza Los Ángeles y Beverly Hills. En ese espacio es donde Wilder sitúa a los personajes de la historia: un guionista sin trabajo, una antigua estrella del cine mudo que se resiste a aceptar el paso del tiempo y el viejo sirviente que la cuida y la mantiene en la creencia de que continúa siendo admirada. Un film amargo, que ofrece una mirada crítica sobre el mundo que se movía en torno al Hollywood de los años

cincuenta. Está considerada una de las películas imprescindibles del cine norteamericano.



AMARCORD (*Amarcord*, 1973).

**Dirección:** Federico Fellini

**Guion:** Tonino Guerra y Federico Fellini

**Intérpretes:** Bruno Zanicchi, Pupella Maggio, Armando Brescia...

*Amarcord* es como se dice «me acuerdo» en la lengua de Reggio-Emilia, la región en la que Fellini sitúa la ciudad recreada en la película, una versión de su Rímìni natal.

La historia se construye mediante una sucesión de recuerdos de un narrador que bien podría ser el propio Fellini. Vuelve a sus años de niño, en la década de los treinta, cuando en Italia gobernaba el fascismo de Mussolini. Una mirada que va del humor cruel a la nostalgia, del descubrimiento del sexo al drama de la vejez, acompañada de la música inolvidable de Niño Rota.

DESPUÉS DE MEDIANOCHE (*Dopo Mezzanotte*, 2004).

**Dirección y guion:** Davide Ferrario

**Intérpretes:** Giorgio Pasotti, Francesca Inaudi,



Fabio Troiano...

Los protagonistas de este film son Martino, un joven que ama el séptimo arte y trabaja en el Museo del Cine de Turín; Amanda, una camarera de un bar de las afueras de la ciudad; y Angelo, su novio, que se gana la vida robando coches. Además de las relaciones que se establecen entre ellos, el gran tema de la película es la importancia que el cine puede tener en la vida de las personas.



SOYLEYENDA (*I Am Legend*, 2007).

**Dirección:** Francis Lawrence

**Guion:** Akiva Goldsman (basado en la novela homónima de Richard Matheson).

**Intérpretes:** Will Smith, Alice Braga, Sally Richardson...

Esta película adapta una famosa novela de ciencia-ficción del año 1954, que ya había contado con versiones anteriores. Un virus creado en un laboratorio infecta a todas las personas y las convierte en vampiros. Un científico, Neville, es el único que se mantiene inmune: el último hombre vivo, que debe evitar los ataques nocturnos de los infectados al tiempo que busca un antídoto que pueda neutralizar el virus.

EL EXORCISTA (*The Exorcist*, 1973).

**Dirección:** William Friedkin

**Guion:** William Peter Blatty (a partir de su propia novela, del mismo título).

**Intérpretes:** Linda Blair, Max von Sydow, Ellen Burstyn, Jason Miller...

Es una de las películas clásicas del cine de terror. Regan, una niña de doce años, comienza a manifestar un conjunto de síntomas para los que no se encuentra explicación médica. La madre, una famosa actriz, le pide ayuda a un sacerdote, ante la posibilidad de que la niña esté poseída por el diablo. La curación pasa por practicar un exorcismo que expulse al Maligno del cuerpo de la



niña. Algo que hará el sacerdote, con la ayuda de otro experto en exorcismos



ALIEN, EL OCTAVO PASAJERO (Alien, 1979).

**Dirección:** Ridley Scott

**Guion:** Dan O'Bannon (a partir de la novela *La línea de sombra*, de Joseph Conrad).

**Intérpretes:** Sigourney Weaver, John Hurt, Ian Holm, Harry Deán Stanton...

Cuando la nave espacial *Nostromo* regresa a la Tierra, recibe una transmisión que el ordenador de la nave interpreta como una llamada de socorro. Se dirigen al planeta del que procede y allí se encuentran con una forma de vida alienígena que, sin que ellos lo sospechen, se introducirá en la nave e intentará matar a toda la tripulación. La teniente Ripley será quien consiga acabar con el monstruo. *Alien* es una película que combina, de forma muy original, los géneros de ciencia ficción y de terror. Posteriormente, se rodaron varias secuelas que no

alcanzaron la calidad de la primera.

EL ESPÍRITU DE LA COLMENA (1973).

**Dirección:** Víctor Erice

**Guion:** Ángel Fernández Santos y Víctor Erice

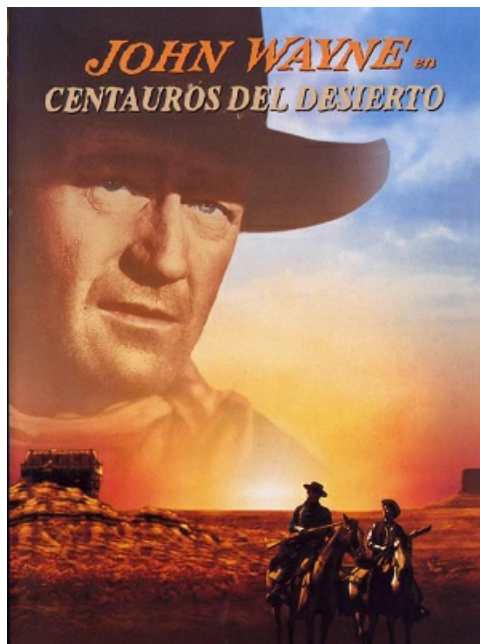
**Intérpretes:** Ana Torrent, Fernando Fernán Gómez, Isabel Tellería, Teresa Gimpera...

En 1940, en la España de posguerra, dos niñas pequeñas, Isabel y Ana, viven con sus padres





en un casona situada en un pequeño pueblo de Castilla. Ana, que tiene seis años, asiste a la proyección de *El doctor Frankenstein* y se queda fascinada por el monstruo que protagoniza el film, que se convertirá en una obsesión para ella. La película, más de sensaciones y sentimientos que narrativa, consigue ofrecer una visión profunda de la infancia y de la vida opresiva de la posguerra. Está considerada una de las grandes películas del cine español.



CENTAUROS DEL DESIERTO (*The Searchers*, 1956).

**Dirección:** John Ford

**Guion:** Frank S. Nugent

**Intérpretes:** John Wayne, Natalie Wood, Jeffrey Hunter, Vera Miles...

La historia transcurre en Texas, en 1868, poco después de acabar la Guerra de Secesión en los EEUU. Ethan, un militar que luchó en el bando sudista, regresa a su hogar y se encuentra con que toda su familia ha sido asesinada por los comanches, excepto su sobrina Lucy, una niña pequeña a la que han raptado los indios. Durante cinco largos años, Ethan y su sobrino Martín Pawley siguen su rastro, hasta dar finalmente con ella.

*The Searchers* es un wéstern extraordinario y uno de los grandes títulos de la historia del cine.

LOS CUATROCIENTOS GOLPES (*Les Quatre Cents Coups*, 1959).

**Dirección:** François Truffaut

**Guion:** Marcel Moussy y François Truffaut

**Intérpretes:** Jean Pierre Léaud, Claire Maurier, Albert Rémy...

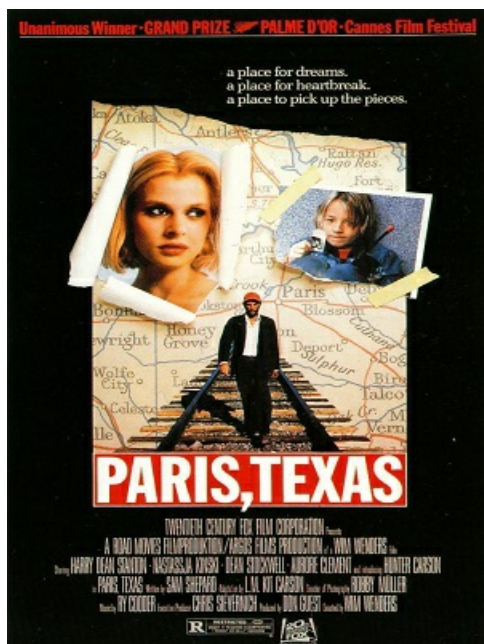
Antoine Doinel es un chico parisiense de doce años, hijo único de unos padres que no se llevan bien. Antoine va mal en el colegio, donde tiene un profesor muy severo, y tampoco se



encuentra a gusto en su casa. Empieza a realizar pequeños robos por la calle y acaba recluido en un reformatorio. Un día se escapa, junto con su amigo Rene, para cumplir su sueño de ver el mar.

La película es, en gran medida, autobiográfica, y constituye un retrato

magnífico de las ansias de libertad y de los males de una educación represiva.



PARÍS, TEXAS (*Paris, Texas*, 1984).

**Dirección:** Wim Wenders

**Guion:** Sam Seppard

**Intérpretes:** Harry Deán Stanton, Nastassja Kinski, Dean Stockwell...

Un hombre vaga por el desierto que se extiende entre México y Texas. Cuando lo encuentran, comprueban que no habla ni tiene memoria de nada. Se llama Travis y lleva cuatro años buscando a su mujer, que abandonó la casa familiar. Mientras, ha dejado a su hijo pequeño en casa de su hermano, que será quien lo recoja y le ayude a reencontrarse con su hijo y con su mujer.

La historia, con ecos de la *Odisea* homérica, aborda temas como el amor entre padres e hijos, el sentido de la vida y la importancia de la memoria. Es inolvidable la banda sonora, obra del guitarrista Ray

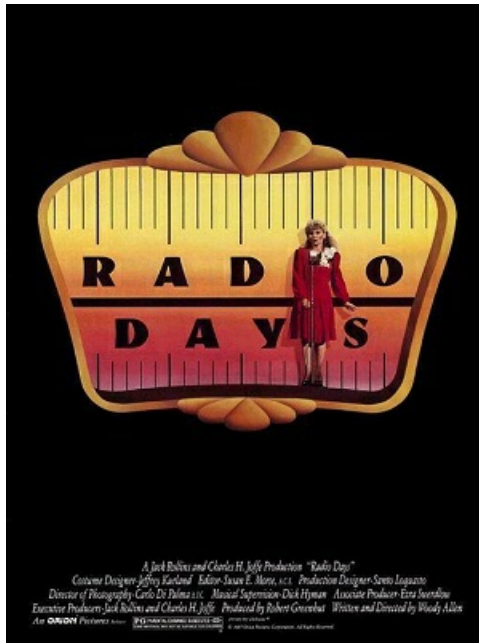
Cooder.

DÍAS DE RADIO (*Radio Days*, 1987).

**Dirección y guion:** Woody Allen

**Intérpretes:** Mia Farrow, Dianne West, Danny Aiello...

A través de los ojos de un niño, hijo de una familia de clase trabajadora que vive en un barrio de Brooklin, se nos ofrece una visión agri dulce y nostálgica de la vida cotidiana en los años



cuarenta, cuando la radio tenía una presencia fundamental en la vida de las personas. La música, los seriales, los concursos y otros programas radiofónicos son el telón de fondo de este film lleno de ternura y humor.



EL HOMBRE QUE PUDO REINAR (*The Man Who Would Be King*, 1975).

**Dirección:** John Huston

**Guion:** Gladys Hill (a partir de un relato de Rudyard Kipling).

**Intérpretes:** Sean Connery, Michael Caine, Christopher Plummer...

En 1880, cuando la India era una colonia británica, dos soldados masones, osados y vividores deciden viajar hasta el alejado reino de Kafiristán, en busca de fortuna. Tras una dura travesía en la que tienen que atravesar las cumbres nevadas del Himalaya, llegan a Kafiristán, donde los sacerdotes toman a uno de ellos por enviado de los dioses y lo proclaman rey. Una de las mejores películas de aventuras, si no la mejor, de toda la historia del cine.

BLADE RUNNER (*Blade Runner*, 1982).

**Dirección:** Ridley Scott

**Guion:** David Webb y Hampton Fancher (sobre la novela de Philip K. Dick, *¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?*).

**Intérpretes:** Harrison Ford, Sean Young, Daryl Hannah, Rutger Hauer... Ciudad de Los Ángeles, año 2019. Los ingenieros de una poderosa empresa han creado unos robots prácticamente iguales a los seres humanos: los Replicantes Nexus-6, utilizados para trabajar como



esclavos en la colonización de otros planetas. Algunos de ellos se rebelan y regresan a la Tierra. Deckard, el policía protagonista, es un «blade runner», que es el nombre que reciben los que tienen la misión de encontrar a los Replicantes y eliminarlos. Una película de ciencia ficción muy loada, con un final merecidamente antológico.



CINEMA PARADISO (Cinema Paradiso, 1989).

**Dirección y guion:** Giuseppe Tornatore

**Intérpretes:** Philippe Noiret, Jacques Perrin, Agnese Nano, Salvatore Cascio...

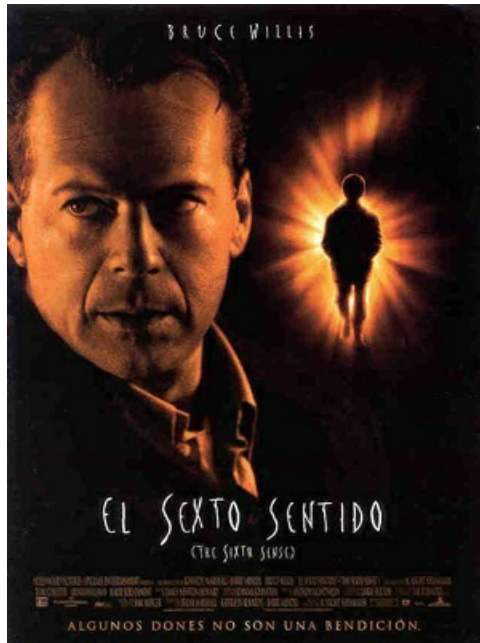
Salvatore, un famoso director cinematográfico, recibe la noticia de la muerte de Alfredo, el viejo operador del cine del pueblo donde transcurrió su infancia y adolescencia. Esto provoca que vengan a su memoria los recuerdos de cuando era niño. Por entonces ya sentía fascinación por el cine y no paró hasta conseguir que Alfredo le permitiera ser su ayudante. La película es un intenso y emotivo homenaje al cine, una historia de amor por el séptimo arte. Al mismo tiempo, ofrece un retrato veraz de la vida cotidiana en la Italia de posguerra.

EL SEXTO SENTIDO (The Sixth Sense, 1999).

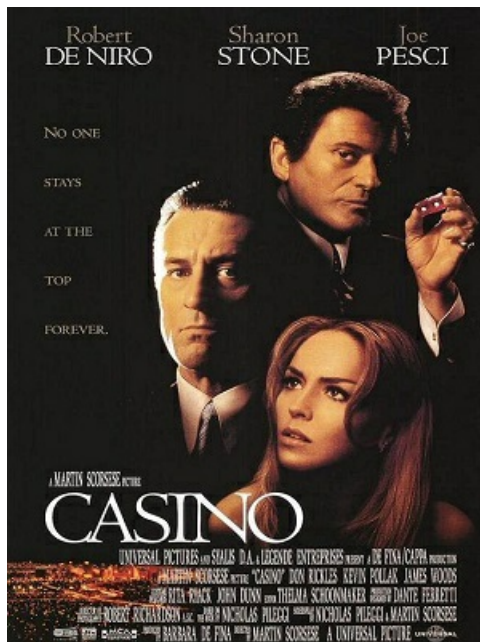
**Dirección y guion:** M. Night Shyamalan

**Intérpretes:** Bruce Willis, Toni Collette, Haley Joel Osment...

Un famoso psicólogo infantil vive obsesionado por el recuerdo de un paciente al que no pudo ayudar cuando era niño y que se suicida delante de él. Encuentra la posibilidad de compensar el fallo ayudando a un niño de ocho años, Colé, que vive obsesionado porque, en ocasiones, es capaz de ver a personas muertas que se le aparecen y hablar con ellas. Extraordinaria película de miedo, profunda y conmovedora a la vez. El final es uno de los más sorprendentes que nos ha



ofrecido el cine.



CASINO (Casino, 1995).

**Dirección:** Martín Scorsese

**Guión:** Nicholas Pileggi y Martín Scorsese

**Intérpretes:** Robert de Niro, Sharon Stone, Joe Pesci...

Sam Rothstein es un corredor de apuestas que trabaja para la mafia. Lo nombran director de un importante casino de Las Vegas, donde conoce a Ginger, una mujer ambiciosa de la que se enamora y con la que acaba casándose. Pero a ella solo le interesan el dinero y el poder. El mundo del juego, de la mafia, de la ambición, de la violencia... se muestran de un modo descarnado en esta película, una de las mejores de Scorsese.

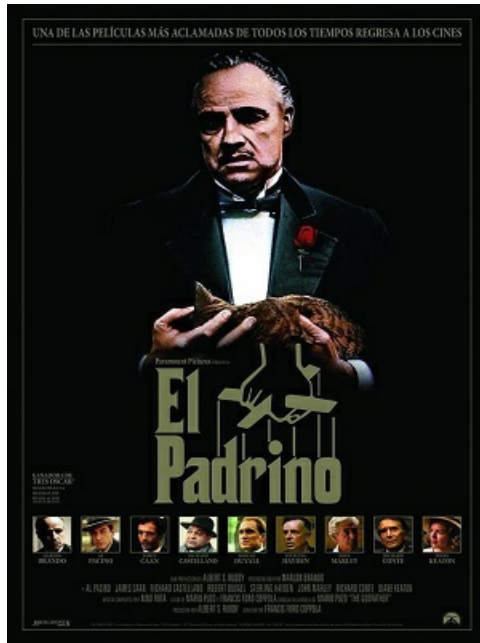
EL PADRINO (The Godfather, 1972).

**Dirección:** Francis Ford Coppola

**Guión:** Francis Ford Coppola y Mario Puzo (a partir de una novela de este último).

**Intérpretes:** Marlon Brando, James Caan, Robert Duvall, Diane Keaton, Al Pacino...

Vito Corleone es el jefe de una de las familias más poderosas de la mafia de New York. Son los años cuarenta y la mafia controla muchos ámbitos de la sociedad estadounidense. Corleone,



«el Padrino», representa a la primera generación de italianos que emigraron a los EEUU, mientras que sus cuatro hijos ya se criaron en América. Los conflictos con otros clanes mafiosos y las relaciones dentro de la familia Corleone son los ejes en torno a los cuales se desarrolla la película. Está considerado uno de los grandes films del siglo XX. Coppola rodó después dos partes más, tan brillantes como esta primera.



CAYO LARGO (Key Largo, 1948).

**Dirección:** John Huston

**Guion:** Richard Brooks (sobre una novela de Maxwell Anderson).

**Intérpretes:** Humphrey Bogart, Lauren Bacall, Edward G. Robinson...

Una banda de gánsteres, aprovechando una dura tormenta, ocupa un hotel de la costa de Florida y toma como rehenes a la dueña, al padre de esta y a un veterano de la Segunda Guerra Mundial, Frank, que estaba allí de visita. Los gánsteres esperan que amaine la tormenta para huir a Cuba. Frank será quien se enfrente a ellos y desbarate sus planes. *Cayo Largo* es uno de los grandes títulos del cine negro norteamericano.

LOS LUNES AL SOL (2002).

**Dirección y guion:** Fernando León de Aranoa

**Intérpretes:** Javier Bardem, Luis Tosar, Nieve de Medina, Celso Bugallo... La película aborda el tema del paro laboral a través de cinco obreros que trabajaban en la construcción naval y, al cerrar el astillero en los años de la reconversión industrial, se quedan sin empleo (como ocurrió en Vigo y en Ferrol en la década de los ochenta). Asistimos a los efectos que el paro produce en sus vidas familiares, en las relaciones sociales, en su autoestima. Y vemos cómo, a pesar de sus esfuerzos por encontrar un nuevo empleo, la sociedad les niega todos los caminos.



MUERTE DE UN VIAJANTE (*Death of a Salesman*, 1985).

**Dirección:** Volker Schlöndorff

**Guion:** Arthur Miller

**Intérpretes:** Dustin Hoffman, Kate Reis, John Malkovich, Stephen Lang... Este film es la adaptación cinematográfica de una de las mejores obras del autor teatral Arthur Miller, considerada como una ácida crítica a los ideales del modo de vida americano. Willy Loman, un hombre ya maduro que trabaja como viajante, se encuentra en una dura encrucijada vital. En la empresa están a punto de despedirle y en su familia las cosas no van como él había soñado: no tiene una relación sincera con su mujer, mientras que sus dos hijos, en los que Willy había depositado muchas expectativas, están lejos de cumplirlas.



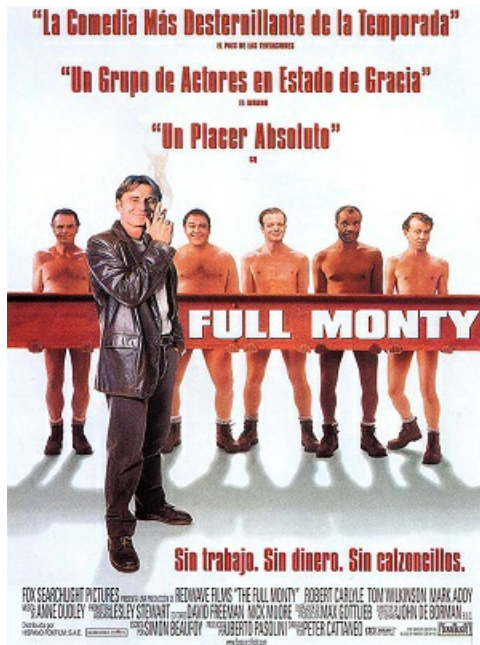
FULL MONTY (*The Full Monty*, 1997).

**Dirección:** Peter Cattaneo

**Guion:** Simón Beaufoy

**Intérpretes:** Robert Carlyle, Mark Addy, Tom Wilkinson...

La historia transcurre en los años setenta, en la ciudad inglesa de Sheffield, cuando la brutal reconversión decretada por el gobierno de Margaret Thatcher acabó con la pujante industria del



acero. Gaz, uno de los obreros desempleados, está separado y tiene un hijo, Nathan, al que tendrá que dejar de ver si no le paga la pensión a su exmujer. Para conseguir el dinero, y también para recuperar la buena imagen ante Nathan, empieza a ensayar, con la ayuda de otros compañeros que también están en paro, un espectáculo de *strip-tease*. Como decía Castelao, «detrás de todo humorismo hay un amargo dolor». *Full Monty* narra una realidad dura y áspera por la vía de la comedia musical.



LLOVIENDO PIEDRAS (*Raining Stones*, 1993).

**Dirección:** Ken Loach

**Guion:** Jim Alley

**Intérpretes:** Bruce Jones, Julie Brown, Ricky Tomlinson... Tomlison...

También en esta película se muestra de una manera directa la pobreza y la dura vida de la clase obrera inglesa, en este caso a través de un desempleado, de religión católica, que desea que su hija haga la primera comunión con todas las convenciones sociales asociadas a este hecho. Ni tiene dinero para el traje blanco ni para otros gastos de la ceremonia. Y todos los caminos que explora para conseguirlo acaban en fracaso.

LAS UVAS DE LA IRA (*The Grapes of Wrath*, 1940).

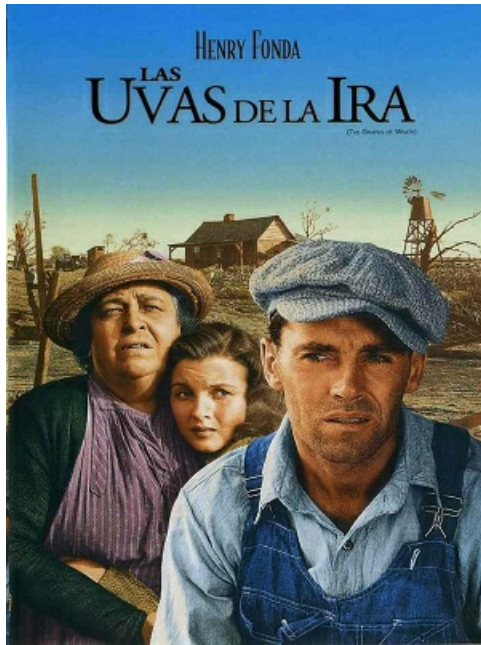
**Dirección:** John Ford

**Guion:** Nunnally Johnson (a partir de la novela homónima de John Steinbeck).

**Intérpretes:** Henry Fonda, Jane Darwell, John Carradine...

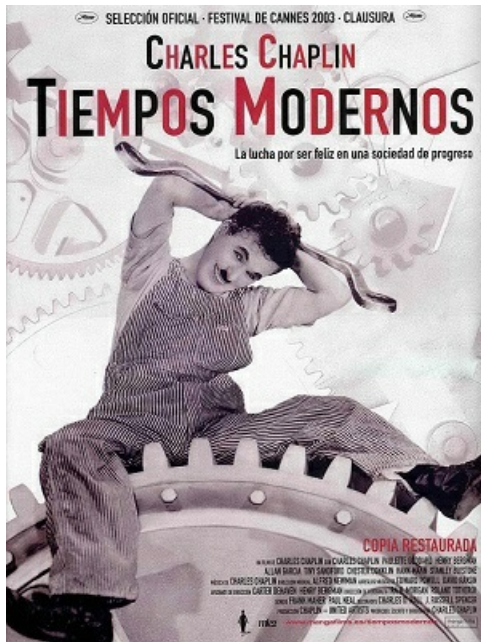
Estamos en los EEUU de la década de 1930, en los años de la Gran Depresión. El joven Tom Joad acaba de salir de la cárcel y regresa a su hogar, en Oklahoma. Allí comprueba que todos los





campesinos de la comarca, ante el estado de pobreza en que se encuentran, están emigrando en masa a los campos de California, con la promesa de que allí conseguirán trabajo. También emigra la familia de Tom, en un largo viaje en el transcurso del cual deben atravesar buena parte de los EEUU. Cuando llegan a California, comprueban que allí solo los espera el desprecio y un trabajo mal pagado, en condiciones de semiesclavitud.

Se trata de una de las grandes películas de siempre, que conserva toda su dureza y actualidad, pues de inmediato nos viene a la cabeza el drama de la inmigración actual a los países ricos.



TIEMPOS MODERNOS (*Modern Times*, 1936).

**Dirección y guion:** Charles Chaplin

**Intérpretes:** Charles Chaplin, Paulette Goddard, Henry Bergman...

Una de las grandes películas de Chaplin/Charlot. Transcurre en los años de la Gran Depresión en EEUU, cuando el paro masivo dejó en la extrema pobreza a una gran parte de la población. Por la vía del humor, Chaplin nos muestra las duras condiciones laborales derivadas del trabajo en cadena, así como la lucha por la vida en esa década de los treinta. Como en otros de sus films, también está presente el amor y la importancia que tiene para mantener la esperanza en tiempos de miseria.

EL SEÑOR DE LOS ANILLOS (*The lord of the rings*, 2001/03/03).

**Dirección:** Peter Jackson

**Guion:** Varios autores, a partir de la novela de J. R. R. Tolkien

**Intérpretes:** Elijah Wood, Viggo Mortensen, Ian McKelly, Liv Tyler, Cate Blanchett, Christopher Lee...

Esta es la extraordinaria adaptación que Peter Jackson realizó de la gran novela de Tolkien.



Para llevarla a cabo, dirigió tres películas, una por cada una de las partes de la novela: *La comunidad del anillo*, *Las dos torres* y *El retorno del Rey*.

La historia que narra, de carácter mítico y fantástico, es extensa y compleja. En ella intervienen personajes de diverso origen: humanos, elfos, hobbits, magos, orcos..., actores de la lucha decisiva entre el Bien y el Mal. La trama gira alrededor del Anillo de Poder (quien lo posea podrá dominar el mundo), que ansía Sauron (el señor del Mal) y que el hobbit Frodo conseguirá destruir tras variadas peripecias.



CON LA MUERTE EN LOS TALONES (*North by Northwest*, 1959).

**Dirección:** Alfred Hitchcock

**Guion:** Ernest Lehman

**Intérpretes:** Cary Grant, Eva Marie Saint, James Masón, Martin Landau...

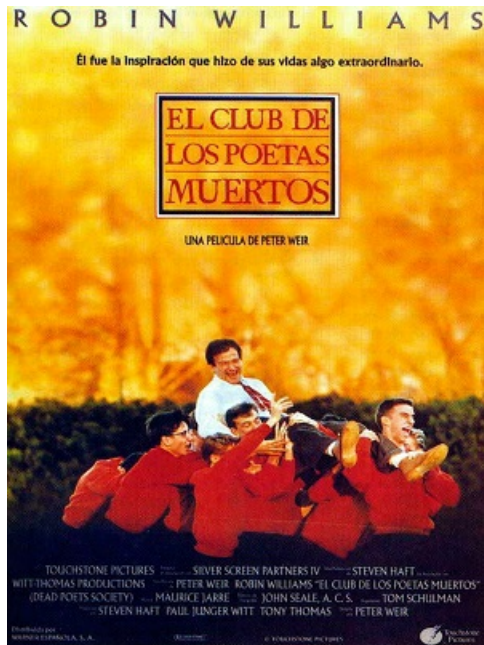
Una organización de espías que trabaja para un país extranjero, confunde a Roger Tornhill, un ejecutivo de Nueva York, con un espía llamado Kaplan que, en realidad, no existe, pues solo es una invención del gobierno. Tras este arranque, la película nos sumerge en una sucesión de intrigas y aventuras resuelta con gran maestría por Alfred Hitchcock. Uno de esos films que atrapan como un imán nuestra atención.

EL CLUB DE LOS POETAS MUERTOS (*Dead Poets Society*, 1989).

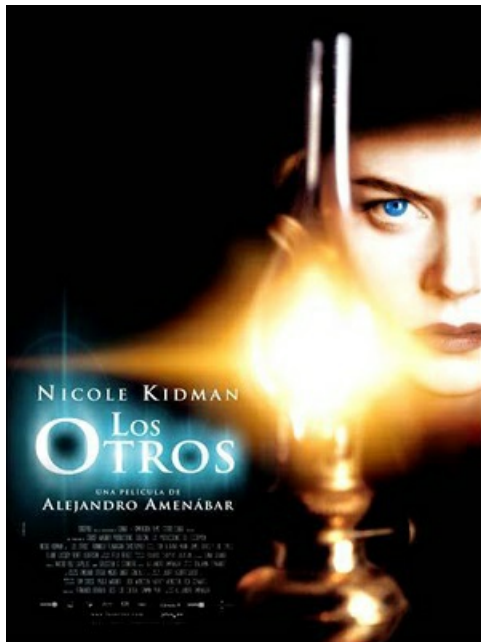
**Dirección:** Peter Weir

**Guion:** Tom Schulman (basado en una novela de N. H. Kleinbaun). **Intérpretes:** Robín Williams, Ethan Hawke, Roben Sean Leonard...

Año 1959. A un colegio privado de élite de los EEUU llega un nuevo profesor de literatura, John Keating. Sus métodos difieren de los usuales, elitistas y reaccionarios. Keating procurará que sus alumnos conozcan la grandeza que atesora la literatura y amen y valoren todas las posibilidades que les ofrece la vida (el «carpe diem» de Horacio es uno de los lemas que les



repite). Por eso centrará su labor en ayudarlos a descubrirse y a pensar por sí mismos. Una película de gran valor educativo y pedagógico.



LOS OTROS (2001).

**Dirección y guion:** Alejandro Amenábar

**Intérpretes:** Nicole Kidman, Fionnula Flanagan, Alakina Mann...

En el año 1945, tras el fin de la Segunda Guerra Mundial, una mujer y sus dos hijos llegan a una mansión situada en la isla de Jersey. Los hijos tienen una rara enfermedad, pues no les puede dar la luz del sol. Al poco de instalarse, llegan a la casa tres personas para trabajar como criados. La educación que la mujer da a sus hijos es muy estricta, con una importante presencia de contenidos religiosos. Mientras esperan a su marido, que debe volver de la guerra, en la casa suceden una serie de fenómenos inexplicables que culminan en un final sorprendente.

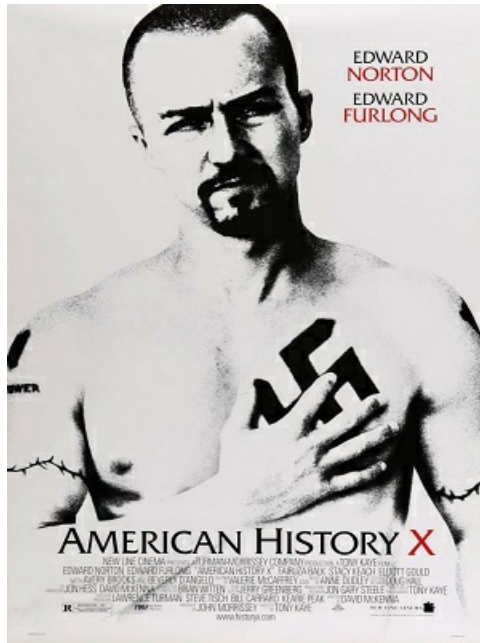
AMERICAN HISTORY X (American History X, 1998).

**Dirección:** Tony Kaye

**Guion:** David McKenna

**Intérpretes:** Edward Norton, Edward Furlong, Stacy Keach...

Un joven de militancia neonazi (lleva tatuada una gran esvástica en el pecho) asesina a un hombre negro que le quería robar la furgoneta. En la cárcel, se va produciendo en él una lenta transformación, que lo lleva a rechazar la ideología racista y violenta que defendía. Al salir, se encuentra con que su hermano pequeño, que lo admira y lo toma como modelo, está integrándose



también en los grupos nazis. Él hará lo posible para alejarlo de ellos y para hacerle ver la maldad del nazismo.



CIUDADANO KANE (*Citizen Kane*, 1941).

**Dirección:** Orson Welles

**Guion:** Orson Welles y Herman Mankiewicz <sub>w</sub>

**Intérpretes:** Orson Welles, Joseph Cotten, Everett Sloane...

Charles Foster Kane, un magnate de los medios de comunicación, muere en su mansión abarrotada de obras artísticas. La última palabra que pronuncia es *Rosebud*. Un periodista intenta conocer qué se esconde tras esa palabra y comienza a entrevistar a una serie de personas que lo conocieron y vivieron con él en alguna de las etapas de su vida, desde sus comienzos como propietario de un pequeño periódico hasta su posición de dominio en los medios, en la política y en las finanzas.

*Ciudadano Kane* revolucionó la forma de hacer cine y está considerada una de las mejores películas

de la historia.

MATAR A UN RUISEÑOR (*To Kill a Mockingbird*, 1962).

**Dirección:** Roben Mulligan

**Guion:** Russell Harían (a partir de una novela de Harper Lee).

**Intérpretes:** Gregory Peck, Mary Badham, Brock Peters, Roben Duvall... Atticus Finch es un abogado que se ha quedado viudo y vive con sus hijos, Jem y Scout, en una pequeña ciudad del



estado de Alabama. Toda la historia está contada desde la perspectiva de Scout, la hija pequeña.

Una mujer blanca acusa a un hombre negro de haberla violado. La acusación es falsa, pero el contexto racista de Alabama hace prever una condena segura. Entonces Atticus Finch asume la defensa del hombre negro, en un ejemplo de valentía y honestidad. El hombre es condenado y Atticus pierde el aprecio de las fuerzas vivas, pero se gana el respeto y la admiración de la comunidad negra y, sobre todo, de sus hijos.



**BIG FISH (Big Fish, 2003).**

**Dirección:** Tim Burton

**Guion:** John August (a partir de la novela de Daniel Wallace).

**Intérpretes:** Ewan McGregor, Albert Finney, Jessica Lange...

Edward Bloom es un hombre que suele contar historias de su vida a todas luces fantásticas. Su hijo Will se enfada con él por ello, pero todo cambia cuando recibe la noticia de que Edward está muy enfermo. Entonces se da cuenta de que en las historias de su padre está recogida su manera de ver el mundo. Siguiendo el juego, Will inventa una última historia para ayudarlo en el momento de la muerte.

Una película de Tim Burton que oscila entre el humor y la ternura, con toques góticos, fantásticos y surrealistas, como suele ocurrir en todos sus films.

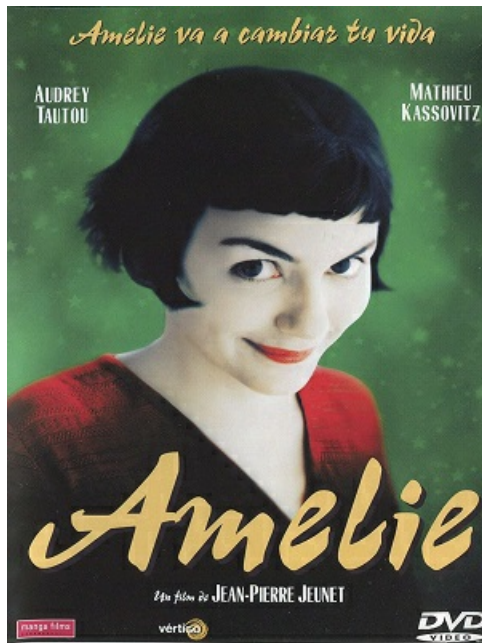
**AMÉLIE (Le fabuleux destin d'Amélie Poulan, 2001).**

**Dirección:** Jean-Pierre Jeunet

**Guion:** Guillaume Laurant y J. P Jeunet

**Intérpretes:** Audrey Tautou, Mathieu Kassovitz, Serge Merlin...

Amélie, una joven parisiense de veintidós años, tiene una extraordinaria imaginación y una curiosa forma de entender la vida: lo que desea es solucionar los problemas de los demás y



hacerlos felices sin que sospechen de su intervención. Un día conoce a Niño, un hombre sensible y muy original. Se enamora de él e idea una estrategia para provocar el encuentro entre ambos. La película desprende humor, optimismo, ternura... y tiene un gran atractivo visual.



EL GATOPARDO (*Il Gallo pardo*, 1963).

**Dirección:** Luchino Visconti

**Guion:** Suso Cecchi d'Amico y otros (a partir de la novela de Giuseppe Tomasi de Lampedusa).

**Intérpretes:** Burt Lancaster, Alain Delon, Claudia Cardinale, Paolo Stoppa... En el año 1860, las tropas de Garibaldi, que tiene como objetivo conseguir una Italia unificada y acabar con los privilegios de la aristocracia, invaden Sicilia. Uno de los nobles de la isla, el Príncipe de Salina, se refugia con su familia en la mansión que tiene en el campo. Pronto comprobará que la población simpatiza con los rebeldes y quiere dejar atrás el mundo semifeudal que el Príncipe representa. Así, el mundo aristocrático se va desmoronando y el Príncipe toma conciencia de que los días de su clase social están contados, pues ha llegado el tiempo del

dominio burgués. Esta película de Visconti, formalmente perfecta, es una de las cimas del cine europeo.

MUERTE EN VENEZIA (*Morte a Venezia*, 1971).

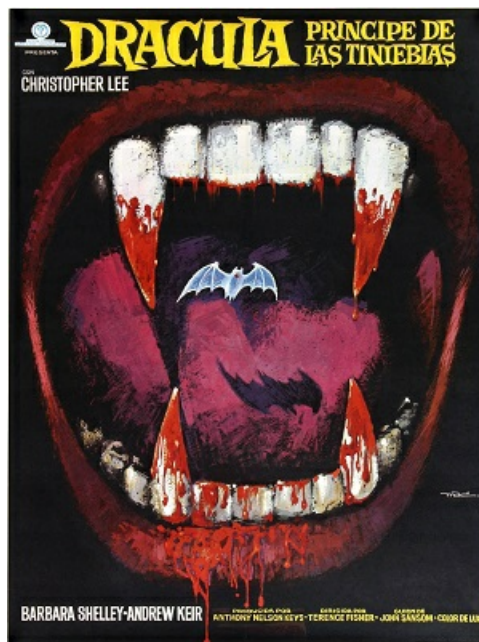
**Dirección:** Luchino Visconti

**Guion:** Nicola Badalucco y L. Visconti (sobre la novela homónima de Thomas Mann).

**Intérpretes:** Dirk Bogarde, Silvana Mangano, Björn Andrésen...



Un compositor alemán, Gustav von Aschembach, viaja a Venecia para huir del fracaso de su última obra y volver a encontrarse a sí mismo. Hospedado en un lujoso hotel del Lido, pronto se siente atraído por Tadzio, un bello adolescente, hijo de una familia de turistas polacos. Mientras tanto, en la ciudad se extiende una epidemia de cólera. Lo lógico sería abandonar Venecia, pero Aschembach permanece allí, aceptando la posible muerte, para estar cerca del joven Tadzio, que para él representa la perfección de la belleza. Una de las grandes películas del italiano Luchino Visconti.



DRÁCULA, PRÍNCIPE DE LAS TINIEBLAS (*Dracula, Prince of Darkness*, 1966).

**Dirección:** Terence Fisher

**Guion:** John Sansom (sobre la novela *Dracula*, de Bram Stoker).

**Intérpretes:** Christopher Lee, Barbara Shelley, Andrew Keir...

Las adaptaciones al cine de la famosa novela de Bram Stoker son muy numerosas; la primera (*Dracula*, 1931), de Tod Browning, tuvo al mítico Bela Lugosi como protagonista. El británico Terence Fisher rodó, entre 1958 y 1966, tres películas que sirvieron para renovar y actualizar el mito del conde vampiro que se alimenta de sangre. Esta es la tercera de ellas, después de *Dracula* (1958) y *Las novias de Dracula* (1960). En las tres, el intérprete del inquietante vampiro es Christopher Lee, que acabó

por convertirse en el icono del personaje.

LOS PUENTES DE MADISON (*The Bridges of Madison County*, 1995).

**Dirección:** Clint Eastwood

**Guion:** Richard LaGravenese (a partir de la novela de Robert James Waller).

**Intérpretes:** Meryl Streep, Clint Eastwood, Annie Corley...

Año 1965, en una pequeña granja de una apartada comarca rural. Francesca, un ama de casa,



se queda sola durante unos días porque su marido y sus hijos se marchan a una feria de ganado que se celebra lejos. Hasta esa granja llega Robert Kincaid, un fotógrafo del *National Geographic*, que está realizando un reportaje sobre los famosos puentes cubiertos del condado de Madison. Entre ambos no tarda en surgir un intenso sentimiento amoroso. Esto hace que Francesca se cuestione la vida que lleva y piense en abandonar a su familia para marcharse con Robert. Una gran película romántica.



THELMA Y LOUISE (*Thelma & Louise*, 1991).

**Dirección:** Ridley Scott

**Guion:** Callie Khouri

**Intérpretes:** Susan Sarandon, Geena Davis, Harvey Keitel...

Thelma es una mujer casada con un marido machista que no hace más que despreciarla. Louise, su mejor amiga, trabaja como camarera y no ve futuro en la relación que mantiene con su novio. Las dos deciden hacer un viaje en coche solas, durante un fin de semana, sin un rumbo fijo. Pero las cosas enseguida se les complican: Louise mata a un hombre que estaba violando a Thelma, y las dos se ven en la necesidad de huir. Todo lo que les sucede hará que vaya cambiando su manera de ver la vida y que decidan romper con su pasado.

EL CIELO SOBRE BERLÍN (*Der Himmel über Berlin*, 1987).

**Dirección:** Win Wenders

**Guion:** Win Wenders (a partir de una novela de Peter Handke).

**Intérpretes:** Bruno Ganz, Peter Falk, Solveig Dommartin...

Damiel y Cassiel son dos de los ángeles custodios de los seres humanos. Sobrevuelan continuamente la ciudad de Berlín, dividida aún por el Muro. Los humanos no pueden verlos, excepto los niños. Los ángeles contemplan a las personas, leen sus pensamientos, reflexionan





sobre los comportamientos humanos. Pero no pueden tocar a nadie, ni saben cómo son los placeres de las personas. Uno de los ángeles se enamora de una trapecista de circo y decide abandonar la inmortalidad de su condición angélica para transformarse en un ser humano y así poder acariciar a la persona amada.



CITY OF ANGELS (*City of angels*, 1998).

**Dirección:** Brad Silverling

**Guion:** Daña Stevens (adaptación de la película *El cielo sobre Berlín*).

**Intérpretes:** Nicholas Cage, Meg Ryan, Dennis Franz...

Esta película es una adaptación de *El cielo sobre Berlín*, de Wim Wenders, para el mercado norteamericano. La historia es la misma, solo cambian los intérpretes y el espacio donde se desarrolla, una ciudad de los EEUU. No tiene la profundidad del original alemán, pues es una versión más comercial, que se centra sobre todo en la historia de amor entre el ángel y la mujer de la que se enamora, una cardióloga en crisis.

EL HOMBRE INVISIBLE (*The Invisible Man*, 1933).

**Dirección:** James Whale

**Guion:** R. C. Sheriff y Philip Wyle (a partir de la novela de H. G. Wells).

**Intérpretes:** Claude Rains, Gloria Stuart, William Harrigan, Henry Travers...

Jack Griffin es un científico que consigue crear una droga para volverse invisible. La prueba en sí mismo con éxito, y entonces decide marcharse a un pequeño pueblo para, con tranquilidad, conseguir elaborar un antídoto. De forma progresiva, Griffin cae en el desvarío al comprobar que la invisibilidad le da poder para hacer lo que desee. Dos científicos amigos, así como la novia de



Griffin, intentarán sin éxito encontrarlo y hacer que recupere la cordura.



EL DOCTOR FRANKENSTEIN (*Frankenstein*, 1931).

**Dirección:** James Whale

**Guion:** Garret Ford (a partir de la novela de Mary Shelley).

**Intérpretes:** Boris Karloff, Colín Clive, Mae Clarke, John Boles...

Aunque no tantas como Drácula, el mito del monstruo de Frankenstein también ha conocido diversas adaptaciones al cine. La historia creada por Mary Shelley en su novela *Frankenstein o el moderno Prometeo* (1818) es bien conocida: el doctor Frankenstein, obsesionado por los avances que se están produciendo en el campo de la medicina, decide crear un ser vivo. Y lo hace a partir de restos de cadáveres, obteniendo una criatura a la que le infunde vida mediante una fortísima descarga

eléctrica. La criatura posee el cerebro de un criminal, por lo que tiene instintos violentos. Tras intentar vengarse del doctor, muere víctima de la violencia a la que lo somete la gente del lugar, decidida a acabar con lo que consideran un monstruo.

LA NOVIADA DE FRANKENSTEIN (*The best of Frankenstein*, 1935).

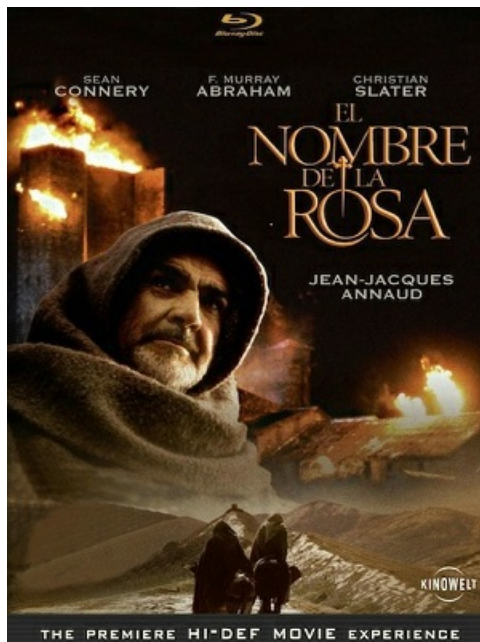
**Dirección:** James Whale

**Guion:** John L. Balderston y William Hurlbut



**Intérpretes:** Boris Karloff, Colín Clive, Elsa Lanchester...

En esta secuela de la primera película, conocemos que el monstruo ha sobrevivido al ataque de la gente y se ha refugiado en el bosque. El doctor Frankenstein, por sugerencia de otro de sus colegas, decide crearle una compañera, para que no tenga que vivir en soledad. Crea esa nueva criatura femenina, pero esta no quiere saber nada del monstruo. Este film es todavía mejor que el primero, más complejo y más gótico, con interpretaciones excelentes de Boris Karloff y Elsa Lanchester.



EL NOMBRE DE LA ROSA (*Der Name der Rose*, 1986).

**Dirección:** Jean Jacques Annaud

**Guion:** Andrew Birkin y otros (a partir de la novela de Umberto Eco).

**Intérpretes:** Sean Connery, Christian Slater, E Murray Abraham...

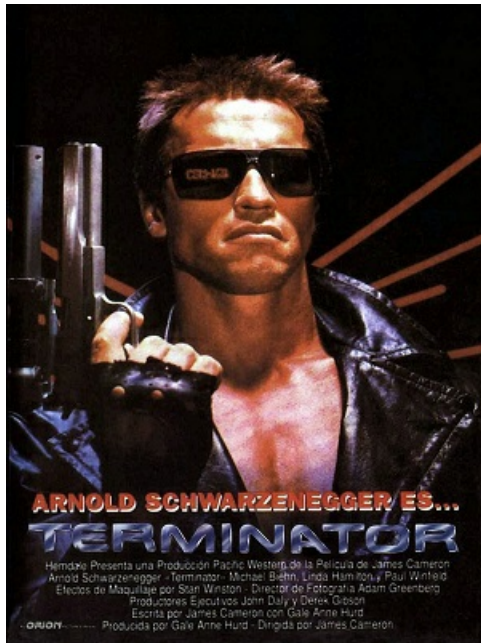
En el año 1327, un monje benedictino llamado Guillermo de Baskerville y su discípulo, el novicio Adso, acuden a una abadía del norte de Italia, famosa por su biblioteca, donde va a tener lugar una importante discusión teológica. Al llegar a la abadía, se encuentran con que se suceden diversos asesinatos, todos terribles, relacionados con textos del *Apocalipsis* de San Juan. Guillermo, inteligente y sagaz, conseguirá descubrir quién es el asesino y cuáles son los motivos que lo guían.

TERMINATOR (*The Terminator*, 1984).

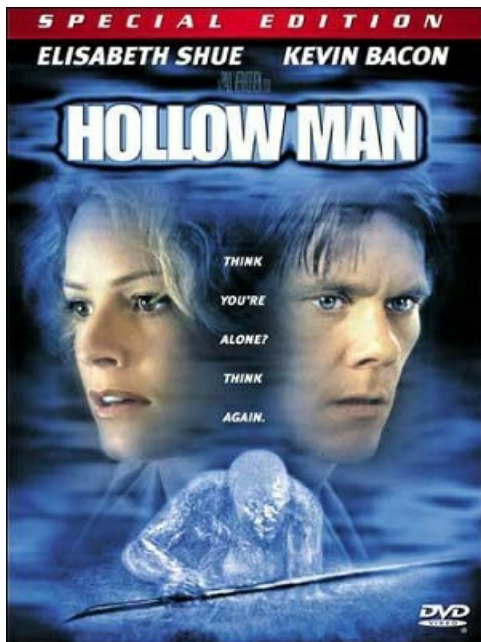
**Dirección:** James Cameron

**Guion:** James Cameron y Gale Anne Hurd

**Intérpretes:** Arnold Schwarzenegger, Linda Hamilton, Michael Biehn... Los Ángeles, año 2029. La sociedad está dominada por las máquinas, que han conseguido imponerse a los humanos. Estos se organizan en una resistencia, que lidera John Connor, un hombre que nació en la década



de 1980, y que amenaza seriamente el poder de las máquinas. La acción de la película transcurre en los años ochenta, pues esas máquinas del futuro envían a un androide al pasado para que asesine a Sarah Connor, antes de que conciba a su hijo John, y así cambie el curso de la historia. Pero la resistencia del futuro envía otro androide, Kyle, para proteger la vida de Sarah. Espectacular film de ciencia ficción, que tuvo varias secuelas.



EL HOMBRE SIN SOMBRA (*Hollow Man*, 2000).

**Dirección:** Paúl Verhoeven

**Guion:** Andrew W Marlowe (inspirado en la novela de H. G. Wells).

**Intérpretes:** Kevin Bacon, Elisabeth Shuen, Josh Brolin...

Se trata de una versión actualizada de *El hombre invisible*. Un científico, Sebastian Caine, descubre un procedimiento para invisibilizar la materia. Como lo quiere probar también en un humano, le pide a su equipo que lo utilicen de cobaya. Así lo hacen, y Caine se vuelve invisible; pero luego no consiguen devolverle la visibilidad. La personalidad del científico se va transformando, al usar su nueva condición para hacer el mal. Excepto los efectos especiales, muy brillantes, la película carece de la hondura que el tema requería.

ATRAPAA UN LADRÓN (*To Catch a Thief*, 1955).

**Dirección:** Alfred Hitchcock

**Guion:** John Michael Hayes

**Intérpretes:** Cary Grant, Grace Kelly, Brigitte Hauber...

«El Gato», un famoso ladrón que lleva varios años retirado, es el principal sospechoso de los continuos robos de piedras preciosas que están sucediendo en los hoteles más exclusivos de la



Riviera francesa. Alguien ha suplantado su identidad. Entonces decide atrapar al verdadero ladrón, para así limpiar su nombre y evitar el acoso de la policía. Conoce a Francés, una mujer millonaria, y se propone utilizarla para llegar hasta el misterioso ladrón; pero, al mismo tiempo, Francés está convencida de que el ladrón es él. Una de las películas «menores» de Hitchcock, que tiene más de comedia romántica que de los *thrillers* que le otorgaron fama mundial.



SOLO ANTE EL PELIGRO (*High Noon*, 1952).

**Dirección:** Fred Zinnemam

**Guion:** Cari Foreman

**Intérpretes:** Gary Cooper, Grace Kelly, Thomas Mitchell, Katy Jurado...

Will Kane, que hasta hace poco ha sido el *sheriff* de un pequeño pueblo, ha abandonado el cargo al casarse con su mujer, Anne. Al pueblo llega la noticia de que Frank Miller, un pistolero que Kane había detenido hacía tiempo, ha salido de la cárcel y regresa en tren para vengarse de él. Kane decide retomar el cargo de *sheriff*. Pide ayuda, pero todos los del lugar lo rechazan. Tendrá que enfrentarse él solo al pistolero y a los tres secuaces que lo esperan en la estación.

Uno de los wésterns más famosos, con una historia de fuerte carga política y ética.

LACAJA DE MÚSICA (*The Music Box*, 1989).

**Dirección:** C. Costa-Gavras

**Guion:** Joe Ezsterhas

**Intérpretes:** Jessica Lange, Armin Mueller-Stahl, Lukas Haas...

Anne Talbot es una abogada de prestigio, hija de un inmigrante húngaro que reside en EEUU desde el final de la Segunda Guerra Mundial. A su padre, Lazlo, lo acusan de ser un colaborador



de los nazis, miembro de un grupo que cometió múltiples asesinatos. Anne, convencida de la inocencia de su padre, asume su defensa. Consigue que lo exculpen de las acusaciones, pero a lo largo del juicio hace un descubrimiento que la llevará a alejarse de su familia para siempre.

Una película admirable, que invita a reflexionar sobre los lazos familiares y la ética personal, y también sobre la necesidad de una justicia que honre a las víctimas y desenmascare a los asesinos.



LEJOS DEL CIELO (*Far from Heaven*, 2002).

**Dirección y guion:** Todd Haines

**Intérpretes:** Julianne Moore, Dennis Quaid, Dennis Haysbert...

Una pequeña ciudad de los EEUU, puritana y clasista, durante la década de los cincuenta. Frank y Cathy Whitaker forman un matrimonio acomodado que ocupa una buena posición social. Aparentemente, son felices. Pero esa máscara de felicidad se rompe cuando se descubre que Frank tiene continuas aventuras homosexuales. Cuando Cathy traba amistad con un jardinero negro, en unos años en los que el racismo estaba muy vivo, descubrirá el aislamiento social con el que se condena a quienes se atreven a transgredir las normas.

LAGRAN PRUEBA (*Friendly Persuasion*, 1956).

**Dirección:** William Wyler

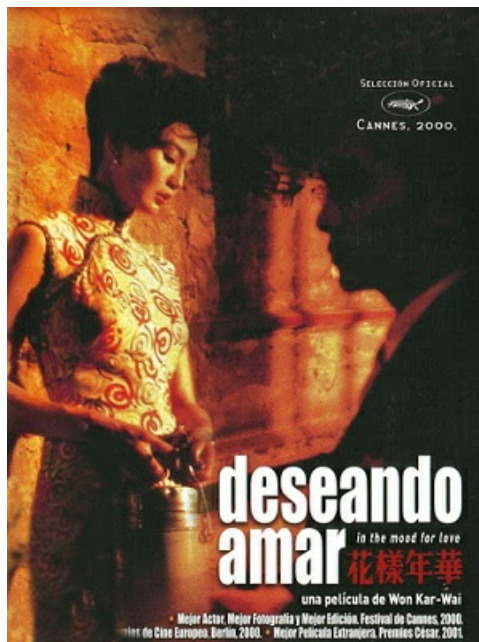
**Guion:** Michael Wilson

**Intérpretes:** Gary Cooper, Dorothy McGuire, Anthony Perkins...

Jess Birewell es un granjero que, como toda su familia, profesa la religión cuáquera, que prohíbe ejercer cualquier tipo de violencia. Su vida queda alterada cuando comienza la Guerra de Secesión, en el año 1861. El hijo mayor, Josh, aunque cree en el ideario pacifista, se alista en el ejército porque teme ser tomado por cobarde. Esto provocará un serio conflicto en el seno



familiar.



DESEANDO AMAR (*In the Mood for Love*, 2000).

**Dirección y guion:** Wong Kar-Wai

**Intérpretes:** Tony Leung, Maggie Cheung, Rebecca Pam, Liu Chum...

Esta película del director chino Wong Kar-Wai es una de las más fascinantes de las últimas décadas, una fiesta visual y musical. La historia, muy sencilla, sucede en Hong Kong, en el año 1962. Chow es un periodista que se muda con su mujer a una nueva vivienda. Allí conoce a Li-zhen, una mujer que también se acaba de instalar en el mismo edificio, junto con su marido. Como este se dedica al comercio y está fuera todo el tiempo, Chow y Li-zhen inician una amistad que acabará transformándose en amor.

2046 (2046, 2004).

**Dirección y guion:** Wong Kar Wai

**Intérpretes:** Tony Leung, Gong Li, Faye Wong, Jikura Takuya...

2046 viene siendo una derivación de *Deseando amar*, con la que comparte varios hilos temáticos y, sobre todo, la estética visual y musical. El mismo Chow que protagonizaba la anterior, está ahora encerrado en la habitación 2046 de un hotel, ocupado en escribir una novela de ciencia ficción protagonizada por una androide, al tiempo que reflexiona sobre las experiencias amorosas que ha tenido en su vida: «Todos los recuerdos son surcos de lágrimas».



PSICOSIS (Psycho, 1960).

**Dirección:** Alfred Hitchcock

**Guion:** Joseph Stéfano (sobre la novela *Psycho* de Robert Bloch).

**Intérpretes:** Anthony Perkins, Janet Leigh, John Gavin, Vera Miles...

*Psicosis* es un film ya mítico, el paradigma de las películas de suspense y terror. La historia comienza cuando Marión, una secretaria de un negocio inmobiliario, huye con 40.000 dólares que acaba de robar. Tras más de un día de huida en su coche, se detiene a descansar en un motel atendido por un joven llamado Norman Bates. Norman le explica que vive con su madre, que se encuentra impedida, en un caserón situado cerca del motel. Marión se instala en la habitación y tras esconder el dinero, decide ducharse antes de dormir. Mientras está en la ducha,

alguien la asesina brutalmente con un cuchillo, en una de las secuencias más famosas de la historia del cine.

WEST SIDE STORY (West Side Story, 1961).

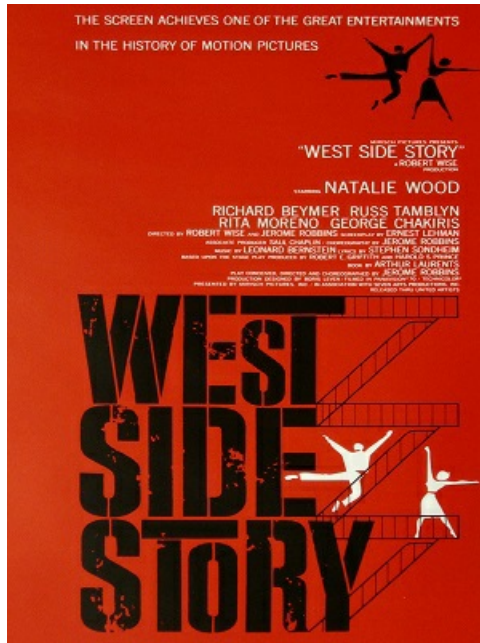
**Dirección:** Robert Wise e Jeromy Robbins

**Guion:** Ernest Lehman (a partir del musical de Arthur Laurens y Jeromy Robbins).

**Intérpretes:** Natalie Wood, Richard Beymer, Rita Moreno, George Chakiris, Russ Tamblyn...







Esta película es la adaptación de un musical de gran éxito en Broadway, con música y coreografía de Leonard Bernstein. Se trata de una versión de *Romeo y Julieta* de Shakespeare, ambientada en el West Side de Manhattan. Dos bandas juveniles, los *jets*, de origen anglosajón, y los *sharks*, hijos de inmigrantes de Puerto Rico, mantienen una fuerte rivalidad, con continuas peleas por el control de los espacios públicos. Los nuevos Romeo y Julieta son Tony, que fue jefe de los *jets* y que ahora trata de llevar una vida ordenada, y María, hermana del líder de los *sharks*, que acaba de llegar de Puerto Rico. Un día, los dos coinciden en un baile y se enamoran sin remedio. La tragedia, como en el drama veneciano, irá marcando sus destinos.



ESPARTACO (*Spartacus*, 1960).

**Dirección:** Stanley Kubrick

**Guion:** Dalton Trumbo (sobre la novela de Howard Fast).

**Intérpretes:** Kirk Douglas, Jean Simmons, Tony Curtis, Laurence Olivier, Peter Ustinov...

En los años de apogeo del Imperio Romano, Espartaco, un hombre de la Tracia, es apresado y vendido como esclavo. Su amo es Lentulio, un entrenador de gladiadores que lo prepara para luchar en el circo romano. Durante el tiempo de entrenamiento, conoce a Lavinia, otra esclava, y los dos se enamoran. En el transcurso de un combate, Espartaco se rebela, junto con los demás gladiadores, y consigue huir. Con el paso de los días llegará a liderar un gran ejército con los esclavos que se le van uniendo. El ejército de Roma era poderoso:

conseguirá sofocar la rebelión, pero no las ansias de libertad de los esclavos.

EL FESTÍN DE BABETTE (*Babettes Gattstebud*, 1987).

**Dirección y guion:** Gabriel Axel (sobre un relato de Isak Dinensen).

**Intérpretes:** Stéphane Audran, Jean Philippe Lafont, Gudmar Wivesson, Jarl Kulle...

En el siglo XIX, una mujer francesa arriba a una aldea perdida de la costa de Dinamarca. Se llama Babette, es una cocinera de prestigio y huye por conflictos políticos que amenazan su vida en París. Se emplea como sirvienta en casa de dos mujeres mayores, hijas del antiguo pastor, que



ejercen de guías religiosas de la comunidad. Una comunidad puritana, que considera pecado cualquiera de los placeres terrenales. Pasado un tiempo, Babette recibe la noticia de que le ha tocado un premio en la lotería y decide gastárselo en ofrecer a los habitantes de la aldea un banquete memorable. En esa cena, los puritanos de la comunidad descubrirán los placeres que proporcionan los platos y bebidas que les ha preparado Babette.



EL APARTAMENTO (*The Apartment*, 1960).

**Dirección:** Billy Wilder

**Guion:** I. A. L. Diamond y Billy Wilder

**Intérpretes:** Jack Lemmon, Shirley MacLaine, Fred MacMurray, Ray Walston...

C. C. Buster es un empleado de una gran compañía de seguros. Para escalar puestos en la empresa, le presta su apartamento a los jefes para que lleven allí a sus ligues. Está enamorado de Fran, una de las ascensoristas, pero ella mantiene una relación con un alto ejecutivo de la compañía, que está casado, y que también le pide a Buster la llave del apartamento para estar allí con Fran. Una noche, al volver a casa, Buster descubre a Fran desvanecida, pues acaba de ingerir unos barbitúricos con la intención de suicidarse. El motivo, la constatación de que, para el alto ejecutivo, solo es

una conquista más. *El apartamento* es una comedia tierna y cruel, amarga y esperanzada: una obra maestra.

GRUPO SALVAJE (*The Wild Bunch*, 1969).

**Dirección:** Sam Peckinpah

**Guion:** Walon Green y Sam Peckinpah

**Intérpretes:** William Holden, Ernest Borgnine, Robert Ryan, Warren Oates...



La historia transcurre en los años de la revolución mexicana, en la segunda década del siglo XX. Un grupo de atracadores, tras un golpe frustrado, huye a México con la intención de dar un último golpe que les permita retirarse. Ya no son jóvenes, están cansados y son conscientes de que la sociedad que conocieron está desapareciendo. Además, los persigue un grupo de mercenarios, comandados por Thornton, un antiguo amigo suyo. En México se verán envueltos en los conflictos de la revolución. Al final, prevalecerán los códigos de amistad y la dignidad, a pesar de conducirlos a una muerte segura.

Una película fascinante, violenta y lírica a la vez, amarga y desesperanzada.



JULES Y JIM (*Jules et Jim*, 1961).

**Dirección:** François Truffaut

**Guion:** Jean Gruault y François Truffaut

**Intérpretes:** Jeanne Moreau, Oskar Werner, Henri Serre...

Francia, segunda década del siglo XX. Jules, que es austríaco, y Jim, que es francés, son grandes amigos. Conocen a una mujer, Catherine, y los dos se enamoran de ella. Como Catherine no desea elegir, deciden vivir los tres juntos, en un trío basado en el amor y la amistad. La relación evoluciona con el paso de los años (la película transcurre entre los años anteriores y los posteriores a la Primera Guerra Mundial), y acaba de manera trágica.

Una película que, en el momento de su estreno, fue muy transgresora; de algún modo, reflejaba la ideología y la nueva concepción de las relaciones

afectivas que acabarían surgiendo en la revolución de Mayo de 1968.

VANIA EN LA CALLE 42 (*Vanya on 42nd Street*, 1994).

**Dirección:** Louis Malle

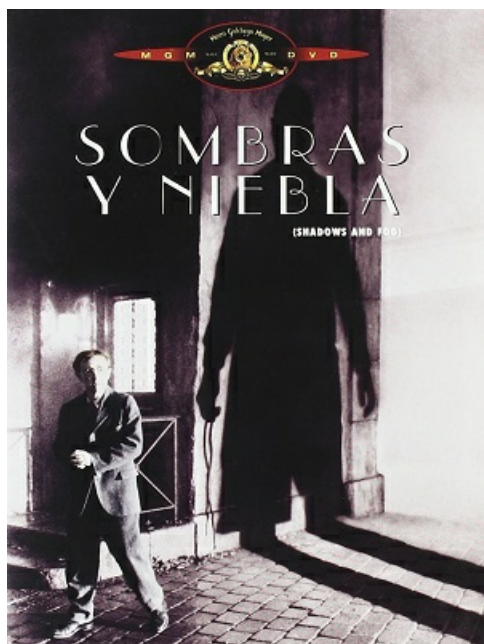
**Guion:** David Mamet (a partir de la obra teatral *Tío Vania*, de Antón Chejov).

**Intérpretes:** Julianne Moore, George Gaynes, Brooke Smith, Phoebe Brand...

En esta película de profunda sencillez, asistimos al ensayo que un grupo de actores realiza en



un viejo teatro de New York. La obra que ensayan es la famosa Tío *Vania*, del autor ruso Chejov. Los actores vienen de la calle y, con la ropa que traen, sentados en bancos y sillas, comienzan el ensayo. Y el drama de Chejov, una reflexión sobre el paso del tiempo y la complejidad de las relaciones humanas, se actualiza con sorprendente naturalidad en la sala. Un film que explora las relaciones entre la realidad y la ficción, con unas interpretaciones excelentes.



SOMBRAS Y NIEBLA (*Shadows and Fog*, 1991).

**Dirección y guion:** Woody Allen

**Intérpretes:** Woody Allen, John Malkovich, Mia Farrow, Madonna, Kathy Bates...

Kleinman, un pobre hombre que vive en una extraña ciudad sumida en la niebla, recibe un encargo por parte de un grupo de vecinos: ir en busca de un asesino que anda suelto por las calles. El hombre no sabe bien qué papel juega en el plan ideado para atrapar al criminal. En su deambular, se encontrará con extraños personajes y situaciones insólitas, que complicarán progresivamente su búsqueda.

Se trata de un film distinto dentro de la obra de Woody Allen. Rodado en blanco y negro, supone un homenaje explícito al cine expresionista alemán de los años treinta y a la obra literaria de Franz Kafka.

## AGRADECIMIENTOS

Al igual que en mis libros anteriores, también en *Fantasmas de luz* necesité de muchas ayudas para darle la forma adecuada. Deseo dejar constancia aquí de las que considero más relevantes.

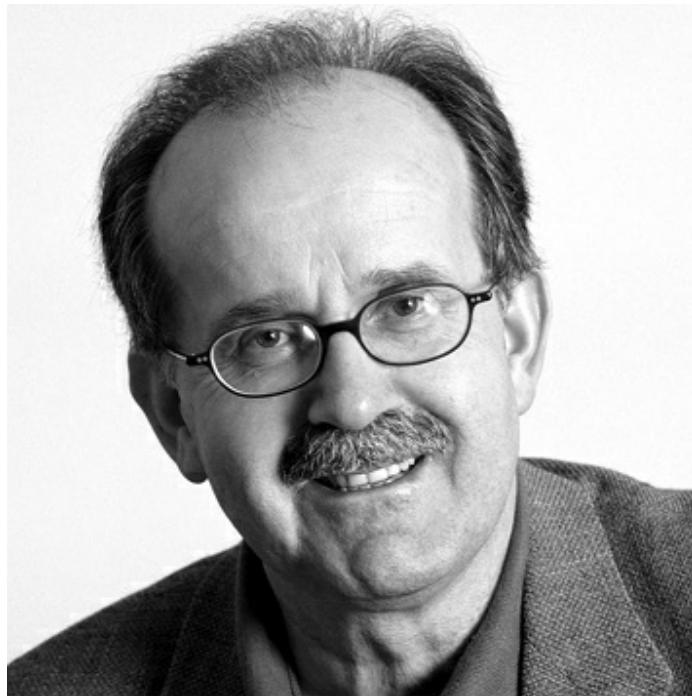
En primer lugar, las personas. Hace ya once años, Xulio Ríos me pidió un relato para un libro colectivo, con la condición de que comenzase por la letra Ñ. El resultado de tan restrictiva petición fue un cuento, «Invisibles», incluido en el libro *Palabras con fondo* (Fondo Galego de Cooperación e Solidariedade, 2000), germen del que acabó naciendo *Fantasmas de luz*. Martín Pawley me facilitó algunas películas necesarias para definir la esencia de esta historia y me animó a adentrarme en ella. María Jesús Fernández me prestó una buena parte de sus recuerdos para que yo los utilizase en mi relato. Isabel Soto y Manuel Bragado me señalaron defectos y ausencias, y ayudaron a que el texto experimentase una mejora significativa. Alejandro Tobar, desde Copenhague, me aconsejó en la referencia al verso original de Henrik Nordbrandt (a quien conocí a través del libro *Nuestro amor es como Bizancio*. Lumen, 2003). Anaír Rodríguez, la eficaz editora del libro en su versión original en gallego, tuvo toda la paciencia del mundo para soportar las múltiples revisiones. Y, por supuesto, Miguelanxo Prado, que me acompañó en el proyecto desde el inicio. Él es el responsable de que *Fantasmas de luz* alcance una altura a la que el texto desnudo nunca hubiera llegado. Las bellísimas imágenes, que iluminan el libro y amplían los horizontes del relato, constituyen un regalo que nunca dejaré de agradecer.

En segundo lugar, los libros. Fueron tantos los títulos sobre cine que consulté que me resulta difícil nombrarlos todos. Pero no puedo dejar de citar *La semilla inmortal. Los argumentos universales en el cine*, de Jordi Bailó y Xavier Pérez (Anagrama, 1977) y *Máscaras de la ficción*, de Román Gubern (Anagrama, 2002). Y, con ellos, toda la información recogida en la Red, especialmente en algunas páginas que visité con asiduidad. Por ejemplo, Film Affinity (<http://www.filmaffinity.com/es>), Cinépatas (<http://www.cinepatas.com/>) o Frases de cine (<http://www.frasesdecine.com/>).

En tercer lugar (aunque, tal vez, tendrían que figurar en el primero), las salas de cine que frecuenté y tantas películas inolvidables como en ellas vi. El Cine Villalbés de mi infancia, con aroma a cacahuetes tostados y con las imágenes fascinantes de los indios cabalgando para siempre en la memoria. El cine de la Universidad Laboral de Gijón, el de mi adolescencia, grandioso en sus dimensiones, donde una tarde asistí asombrado a la proyección de *Ordet*, de C. T. Dreyer, en la versión original danesa con subtítulos en francés que una mujer nos iba traduciendo en voz alta. O los cines de Barcelona, cuando aún había salas por los barrios y eran habituales los programas de sesión doble; cómo no recordar la pequeña sala de Alexis 143, en la Rambla de Catalunya, donde vi tantas películas inolvidables, desde *Jules et Jim* hasta *Mamma Roma*. O los de Bilbao, Gijón, A Coruña, Ferrol, Vigo... Sin olvidar, claro que no, los cineclubs de los que formé parte:

el de la Universidad Laboral, el que algunos entusiastas montamos en Gernika, el Cineclub Coruña (que tanto le debe a Enrique Alonso)...

Las personas de mi generación tenemos el cuerpo empapado de películas, no se nos puede entender sin el cine. No repetiré aquí el poema extraordinario de Antonio Martínez Sarrión, «El cine de los sábados», que figura al comienzo de mi *Amor de los quince años, Marilyn* y que tan bien define la pasión que nos ha acompañado durante toda la vida. Ahora, que podemos ver las películas en cualquiera de las múltiples pantallas que tenemos en nuestras casas, comprendo que el cine ha sido un territorio donde aprendimos la complejidad de la vida y donde, también en los tiempos grises, pudimos mitigar esa sed de historias de la que hablaba Álvaro Cunqueiro. Aunque el tema central de *Fantasmas de luz*, más duro y más actual cada día que pasa, es el paro y la exclusión social, ha sido un gozo acompañar a Damián en su recorrido por las películas que le marcaron, que solo en parte coinciden con las mías. Los dos podríamos cantar con Luis Eduardo Aute («cine, cine, cine / más cine por favor») o firmar las palabras luminosas de Jean Luc Godard: «La fotografía es verdad. Y el cine es verdad veinticuatro veces por segundo».



AGUSTÍN FERNÁNDEZ PAZ (Villalba, Lugo, 1947 - Vigo, 2016) era Perito Industrial, Maestro y Licenciado en Ciencias de la Educación, y trabajaba como profesor de Secundaria en Vigo, la ciudad donde residía. Es autor de una extensa obra en el ámbito de la literatura infantil y juvenil, escrita en gallego y en su mayor parte traducida a todas las lenguas de España. Recibió algunos de los premios más importantes en el ámbito de la LIJ gallega y española (Merlín, Lazarillo, Edebé, Rañolas, Raíña Lupa, Barco de Vapor, Protagonista Jove...). Entre los títulos dirigidos a los jóvenes, destacan *Trece años de Blanca*, *Cartas de invierno*, *El centro del laberinto*, *Aire negro*, *Noche de voraces sombras*, *Fantasma de luz* y *Tres pasos por el misterio*. En la colección Sopa de Libros publicó títulos como *En el corazón del bosque*, *Un tren cargado de misterios* y *Desde una estrella distante*, y en 2008 recibió el Premio Nacional de Literatura Infantil por *Lo único que queda es el amor* (colección Leer y Pensar).



MIGUELANXO PRADO (A Coruña, 1958). Desde muy joven simultaneó su trabajo como autor de cómic con el de ilustrador y diseñador. Es en la actualidad uno de los ilustradores gallegos de más proyección internacional. Fue galardonado en 2013 con el Premio Nacional de Cómic por Ardalén.